



AÑO II.

NÚM. XVI.

LA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONES DEL

ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO : J. LÁZARO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONES DEL

—
ABRIL—1890
—

MADRID

IMPRENTA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL

Flor Baja, 22

—
1890

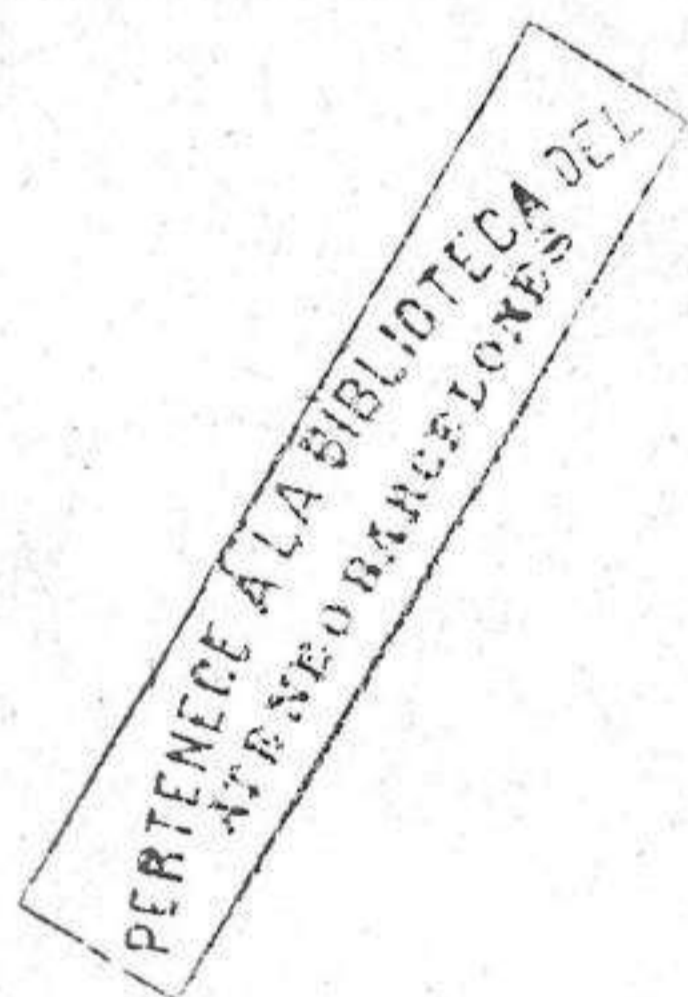
Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director propietario de LA ESPAÑA MODERNA.

Sección Extranjera.

RECUERDOS DE MI INFANCIA

I.

MAMÁ.



MAMÁ estaba sentada en el salón, y preparaba el te. En una mano tenía la tetera, en la otra la llave-cilla del grifo. Desbordábase el líquido, que corría ya por la bandeja; pero aunque mamá miraba fijamente hacia la tetera, ni reparó en esto, ni advirtió que entrábamos.

Cuando intenta uno reproducir los rasgos de un ser querido, surgen simultáneamente tantos recuerdos, que turban la vista, como las lágrimas; son las lágrimas del alma. Siempre que trato de recordar á mamá tal cual era ella en aquel tiempo, solamente veo sus ojos negros que expresaban constantemente bondad y cariño; un lunarcito de su mejilla poco más abajo del sitio en que algunos cabellos rebeldes se rizaban; su cuello blanco y bordado, su mano flaca y delicada que tan á menudo me

acariciaba y que yo besaba también muy á menudo: el conjunto huye de mi memoria.

Á la izquierda del sofá había un piano inglés de cola, ya viejo. Sentada al piano, una muchacha morena, mi hermana Liubotchka, se ejercitaba tocando un estudio de Clementi, con sus dedillos rojos recién lavados con agua fría. Mi hermana tenía, á la sazón, once años, llevaba traje corto y pantalones bordados, y todavía no alcanzaba á la octava. Próxima á ella, un poco ladeada, se halla sentada su aya, María Ivanovna, con su gorro de cintas coloradas, su gabán azul celeste y su semblante rojo é irritado, que adquirió una expresión aún más desapacible cuando apareció el profesor Karl Ivanovitch. El aya lanzó á Karl miradas amenazadoras, y, sin responder á su saludo, levantando la voz y recalcando el tono de mando, prosiguió contando, mientras llevaba con un pie el compás: una, dos, tres; una, dos, tres.

Karl Ivanovitch, según su costumbre, no hizo caso del aya, y fuése derecho á besar la mano á mamá, á la alemana. Mamá entonces salió de su ensimismamiento, movió la cabeza como para desechar ideas tristes, tendió su mano á Karl Ivanovitch, y dió un beso en la frente arrugada y vieja del profesor, en tanto que él le besaba la mano.

—Gracias, amigo Karl Ivanovitch (dijo mamá en lengua alemana); ¿han dormido bien los niños?

Karl Ivanovitch era sordo de un oído, y en aquel momento no oía absolutamente nada por culpa del piano. Inclínose más todavía hacia el sofá, y alzando un pie y apoyando en la mesa una mano, levantó con la otra su solideo, y dijo, sonriendo de un modo que, en aquella época, me parecía la quinta esencia de la cortesía:

—¿Me permite V., Natalia Nicolaievna? Karl Ivano-

vicht nunca se privaba de su solideo rojo, temeroso de enfriar su cabeza completamente calva; pero nunca dejaba de solicitar permiso para permanecer cubierto cuando penetraba en el salón.

—Nada, no se descubra V. (dijo mamá, y siguió preguntando en voz más alta): ¿han dormido bien los niños?

Tampoco entonces la oyó el profesor, que siguió sonriéndose cada vez con más agrado, y tornó á ponerse el solideo.

—Deténganse Vds. un momento, Mimí (dijo mamá á María Ivanovna sonriéndose); no podemos entendernos.

Mamá era muy bonita; pero cuando se sonreía poníase más bonita aún, y hubiérase dicho que el regocijo brotaba enrededor suyo. Si pudiese yo vislumbrar siquiera esa sonrisa en los momentos más amargos de mi existencia, no sabría lo que era un disgusto. Paréceme que eso que suelen llamar la hermosura reside únicamente en la sonrisa: si la sonrisa le embellece, el rostro es hermoso; si no le transforma, es vulgar, y si le estropea, es feo.

Después de haberme dado los buenos días, cogió mamá con ambas manos mi cabeza, la inclinó hacia atrás, me miró muy atentamente, y me dijo:

—¿Has llorado?

No contesté. Ella me besó los ojos, y preguntó en alemán:

—¿Por qué has llorado?

Cuando hablaba familiarmente con nosotros, se servía siempre de ese idioma, que dominaba completamente.

El sueño que había yo inventado surgió en mi memoria con todos sus pormenores, y me estremecí involuntariamente.

—He llorado soñando, mamá (respondí). Karl Iva-

novicht confirmó mi aserto, pero no dijo lo que había yo soñado. Después de una conversación breve acerca del tiempo, conversación en la cual tomó parte Mimí, colocó mamá en la bandeja seis terrones de azúcar destinados á la servidumbre de escalera arriba, se levantó y fuése hacia subastidor de bordar, que se hallaba próximo á la ventana.

—Id ahora (dijo) á ver á papá, y decidle que no se olvide de venir á hablar conmigo antes de bajar al jardín.

El piano, los *una, dos, tres*, y las miradas amenazadoras comenzaron de nuevo.

Atravesamos una habitación, que conservaba desde los tiempos de mi abuelo el nombre de *Sala de los oficiales*, y penetramos en el despacho de papá.

II.

PAPÁ.

Hallábase de pie cerca de su escritorio, y señalaba con el ademán papeles y montoncillos de dinero, y explicaba algo con aire de un poco incomodado á nuestro intendente Santiago Mikhaïlof. Éste, de pie también en el sitio que de ordinario ocupaba, entre la puerta y el barómetro, había echado á la espalda ambas manos y movía los dedos en todas direcciones con extraordinaria rapidez.

Cuanto más se enardecía papá, tanto más de prisa se agitaban los dedos de Santiago; pero cuando éste comenzaba á responder movíanse sus manos desordenadamente. Creo que habrían podido adivinarse sus pensamientos con sólo mirar atentamente sus dedos. Su rostro, en cambio, permanecía impasible. Leíase en él la concien-

cia del propio valer, unida á cierto matiz de sumisión con que parecía decirse :

—Yo soy quien tiene razón; pero haré lo que V. me mande.

Cuando papá nos vió, se contentó con decirnos: « Un momento....; voy en seguida », y nos hizo señas con la cabeza de que cerrásemos la puerta.

—Pero, por Dios, ¿qué tienes hoy, Santiago? (prosiguió diciendo.) Vas á cobrar mil rublos del molino; ocho mil por las hipotecas; vas á vender heno por valor de tres mil rublos, todo esto, ¿no te da un total de doce mil rublos? ¿Sí, ó no?

—Sí, ciertamente, —respondió Santiago.

Por la agitación de sus dedos comprendí que se disponía á presentar objeciones, pero papá no le dejó tiempo para hacerlo.

—Toma (le dijo), ahí tienes un sobre con dinero dentro. Dáselo á la persona á quien va dirigido.

Estaba yo muy cerca de la mesa. Dirigí mis miradas al sobre, y pude leer : «Para Karl Ivanovicht Mayer».

Sin duda papá hubo de observar que leía yo lo que no me importaba, porque me puso la mano sobre el hombro, indicándome con una presión ligera la dirección contraria á la mesa. Á todo evento, y no estando yo muy seguro de que aquella no fuese una caricia, besé la mano robusta y surcada de venas que se apoyaba en mi hombro.

—Está bien (dijo Santiago). ¿Y en lo que respecta al dinero de Khabarovka?

Khabarovka era la propiedad de mamá.

—¡No lo cobres sin orden mía!

Santiago estuvo callado durante algunos segundos. De pronto agitáronse sus dedos con duplicada velocidad; su aire de sumisión estúpida fué reemplazado por una expre-

sión de malicia, y comenzó á expresarse en los siguientes términos :

—Permítame V., Pedro Alexandrovitch ; temo que nuestros cálculos no sean exactos.

Calló un instante y miró á papá con fijeza.

—¿Por qué?

—Permítame V..... El molinero ha venido ya dos veces á verme para solicitar espera. Jura que no tiene dinero. Ahí está ; ¿quiere V. hablarle por sí mismo?

Papá hizo seña de que no.

—De las hipotecas no cobrará V. nada antes de un par de meses, como yo había previsto. El heno.... V. mismo ha dicho que podrán sacarse de él quizá tres mil rublos....

Santiago interrumpió su discurso. Sus ojos decían: V. mismo lo ve. ¿Qué son tres mil rublos?

Era evidente que Santiago tenía de reserva otros muchos argumentos ; por eso, sin duda, papá se apresuró á cortarle la palabra.

—Sucederá lo que ya he dicho ; sin embargo, si el dinero no se recauda inmediatamente, toma el de Khabarovuta.

—Bien está.

La fisonomía y los dedos de Santiago expresaron viva satisfacción.

Santiago era siervo. Era un hombre muy celoso y muy adicto. Como todo buen intendente, trataba con dureza cuanto se refería á los intereses de su amo, acerca de los cuales tenía las ideas más peregrinas. Su pensamiento fijo era enriquecer al señor á expensas de la señora, demostrando la necesidad de gastar todas las rentas de la señora para Petrovrkoë, la hacienda en que habitábamos.

Después de habernos saludado, nos dijo papá que en el campo estábamos llevando vida de holgazanes, que ya íbamos siendo crecinitos y que había llegado el tiempo de trabajar seriamente.

—Ya sabéis, me parece, que parto para Moscov, y que os llevo conmigo (continuó diciendo). Viviréis en casa de vuestra abuela, y mamá se quedará aquí con los pequeños. No pongáis en olvido que su único consuelo será tener noticias de que trabajáis bien y no dáis á nadie motivo de queja.

Aunque algo de extraordinario sospechábamos por los desusados preparativos que habíamos observado hacía algún tiempo, la noticia cayó como un rayo. Mi hermano Volodia se puso del color de la grana, y temblaba su voz al cumplir el encargo de mamá.

—He aquí (pensé) lo que mi sueño me anunciaba. Dios quiera que no ocurra otra cosa peor.

Experimentaba yo grande, muy grande disgusto por separarme de mamá, y al propio tiempo la idea de que empezábamos en efecto á ser mayorcitos me lisonjeaba.

—Si partimos esta noche (pensé también), es muy seguro que hoy no tendremos clase. ¡Qué felicidad! Y, sin embargo, me entristece pensar en Karl Ivanovicht. Le despiden; si no, papá no hubiese dejado ese sobre para él.... Preferiría yo dar siempre lecciones, no separarme de mamaita y no causar pena á ese pobre Karl Ivanovicht. ¡Es ya tan desdichado!

Todos estos pensamientos cruzaron por mi cabeza. Yo no respiraba siquiera, y miraba fijamente á las cintas de mis zapatos.

Cambió papá con Karl algunas palabras acerca del barómetro, que había bajado. Encargó á Santiago que no diese de comer á los perros, porque pensaba salir por

última vez, después de la comida, con los galguillos corredores, y nos envió á trabajar, contra lo que yo esperaba; sin embargo, nos prometió, para consolarnos, que pensaba llevarnos á la cacería.

Al volverme al primer piso, me escapé un instante corriendo por la azotea. Milkita, el lebrel predilecto de papá, estaba tumbado al sol, cerca de la puerta, y con los ojos entornados.

—Milkita (le dije acariciándole y dándole un beso en el hocico): ¡adiós! no volveremos á vernos.

Me enternecí y comencé á llorar.

III.

EN CLASE.

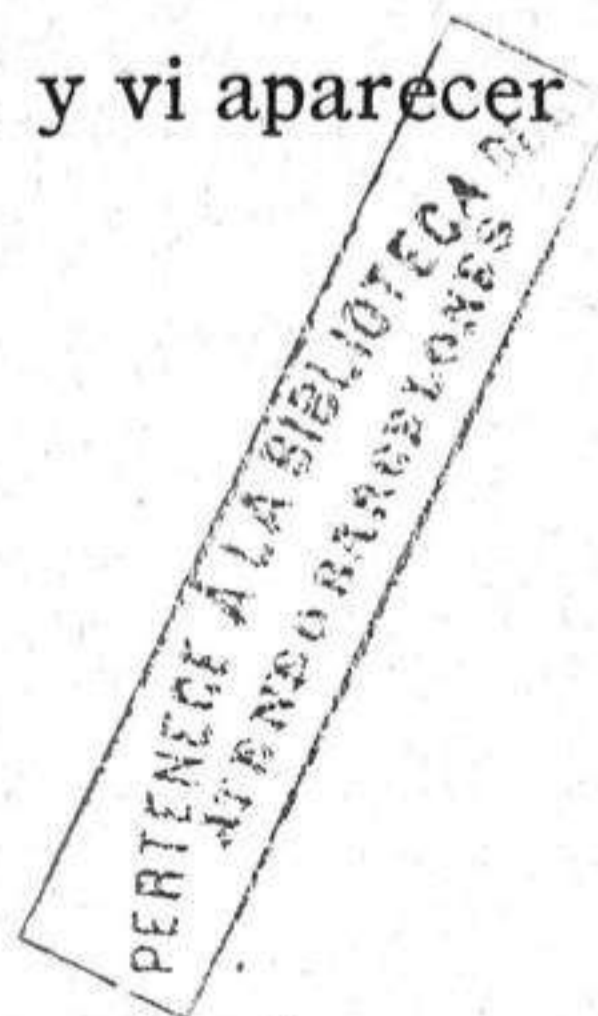
Era ya la una menos cuarto; Karl Ivanovicht no tenía trazas de despedirnos, y seguía dándonos lecciones nuevas. Crecían juntamente el cansancio y el hambre. Acechaba yo con suma impaciencia todos los indicios precursores de la comida. «He ahí (me decía yo á mi mismo) la criada con el paño para limpiar los platos. Oigo que mueven la vajilla en el aparador. Ya ponen la mesa y colocan las sillas. Ahí está Mimí con Lioubotchka y Catalina (la hija de Mimí, doce años), que vuelven del jardín; pero no veo á Foca (el mayordomo Foca es el que anuncia que la sopa está en la mesa). Cuando aparezca Foca será lícito tirar el libro y escapar sin permiso de Karl Ivanovicht; pero antes no.»

Por último, oigo pasos en la escalera. ¡No era Foca! Conocía yo muy bien los pasos del mayordomo y el cru-

jido de sus botas. La puerta se abrió, y vi aparecer una figura completamente desconocida.

IV

EL INOCENTE.



Era un hombre como de cincuenta años, de rostro grande y pálido, algo picado de viruelas, largos cabellos grises y algunos pelos de barba rojos. Era tan alto, que tuvo necesidad de plegarse literalmente en dos para pasar por la puerta. Su vestido andrajoso era de forma indefinible, término medio entre el *caftán* y la sotana. Llevaba en la mano un palo enorme, con el que golpeó fuertemente en el suelo al entrar, después frunció el entrecejo, abrió una boca desmesurada y lanzó una carcajada espantosa. Era tuerto, y su ojo vacío, en constante movimiento, acababa de hacerlo repugnante.

—¡Ah! ¡ah! ¡cogido!—gritó acercándose á Volodia y cogiéndole por la cabeza. Examinó atentamente el cráneo, le dejó, se aproximó á la mesa, sopló con mucha seriedad sobre el tapete de hule, haciendo encima la señal de la cruz.

—¡Ó, ó, ó, daño! ¡ó ó ó hace mal! ¡ó ó ó queridos.... velelán!—siguió diciendo, y entretanto miraba enternecido á Volodia.

Principió á llorar, y se enjugó las lágrimas con la manga.

Tenía la voz áspera y ronca, los movimientos eran precipitados y nerviosos: sus discursos eran deshilvanados y desprovistos de sentido (nunca usaba los pronom-

bres), y con todo eso su tono era tan conmovedor, su ingrata figura tomaba á las veces una expresión de tristeza tan honda, que involuntariamente se experimentaba escuchándole una mezcla de compasión, de espanto y de melancolía.

Era Gricha, el inocente; el viajero perpetuo. ¿De dónde era? ¿Quiénes habían sido sus padres? ¿Por qué había adoptado aquella vida errante? Nadie lo sabía. Todo lo que puedo decir es que en el país era conocido desde treinta años antes, y que se le había visto siempre en estado de inocente. Iba siempre descalzo, en verano lo mismo que en invierno: visitaba los conventos, distribuía objetos piadosos de poco valor entre las personas que le eran simpáticas y pronunciaba palabras enigmáticas, de las cuales muchos aseguraban que eran profecías. Nunca había sido más que el *Inocente*. De cuando en cuando iba á casa de mi abuela. Según algunos, los padres de Gricha eran muy ricos, y él interesante y digno de lástima. Según otros, el inocente era ni más ni menos que un haragán, un mendigo.

Por fin vino Foca, el exacto Foca, con tanta impaciencia esperado. Bajamos, y Gricha nos siguió sollozando siempre y murmurando extravagancias. Con el garrote iba dando golpazos en los peldaños de la escalera.

Papá y mamá, cogidos del brazo, se paseaban por el salón, y hablaban á media voz. Mimí, con aire muy digno, habíase sentado en su sillón colocado perpendicularmente al sofá. Las niñas estaban colocadas á su lado. Mimí les daba sus instrucciones en voz baja pero severa. Cuando entró Karl Ivanovicht, Mimí le lanzó una mirada, y en seguida le volvió la espalda, haciendo un gesto que significaba:

—No conozco á V., Karl Ivanovicht.

Adivinábase en los ojos de las niñas que ardían en deseos de comunicarnos una gran noticia; era inútil que pensáramos en hablarnos, habría sido eso quebrantar la regla de Mimí. Esa regla exigía que nosotros hiciésemos, por de pronto, una reverencia, diciendo: «Buenos días, Mimí»; después de lo cual teníamos el derecho de hablarnos.

¡Esta Mimí era bastante fastidiosa! Imposible pronunciar una palabra cuando ella se hallaba presente; parecía todo mal. Además, ocurríasele siempre interrumpirnos con su: «Hablen Vds. en francés», siempre en el momento, parecía hacerlo adrede, en que nosotros deseábamos con vehemencia charlar en ruso. En la mesa, cuando un plato nos agradaba y deseábamos comerle en paz y sin ser molestados, nunca faltaba Mimí diciéndonos: «Coman Vds. pan; ¿cómo tienen Vds. ese tenedor?» —¿Qué le importa eso á ella? pensaba yo. Que eduque á las niñas. Para eso está aquí. Pero el encargado de nosotros es Karl Ivanovicht.—Participaba yo, en el fondo de mi alma, del aborrecimiento del Karl Ivanovicht contra *ciertas personas*.

Nos trasladamos al comedor; las personas mayores rompían la marcha. Catalina me detuvo, cogiéndome por los faldones del traje, y me dijo muy quedo:

—Pide á tu mamá que nos deje ir con vosotros á la cacería.

—Bueno; lo intentaremos.

Gricha comía con nosotros; pero en una mesita aparte. No levantaba los ojos de su plato, suspiraba, hacía gestos horribles, y hablaba consigo mismo: «¡Daño!.... ¡volado!.... ¡Ah, piedra sobre turba!» Y otras frases por ese estilo.

Desde por la mañana mamá parecía algo agitada, y

la presencia de Gricha con sus desvaríos y sus muecas aumentaba visiblemente su malestar.

—¡Ah! Ya se me olvidaba suplicarte una cosa,—dijo á papá, dándole un plato de sopa.

—¿Qué?

—Te ruego que mandes encerrar á tus horribles perros. Ha faltado muy poco para que mordieran al pobre Gricha cuando entró en el patio. Serían capaces de morder á los niños.

Comprendió Gricha que hablaban de él. Se volvió en su silla, y dijo, con la boca llena, señalando su traje despedazado :

—Quería hacer morder.... Dios no permitió. Cazar con perros, ¡pecado! ¡Mucho pecado! No pegar *anciano* (1), ¿por qué pegar? ¡Dios perdona!

—¿Qué dice?—preguntó papá, mirando fijamente á Gricha, con aire de no muy satisfecho.

—Pues yo lo comprendo perfectamente (replicó mamá). Nos ha contado, que uno de tus cazadores azuzó adrede á su perro para que se arrojase sobre Gricha. El pobrecillo te dice : «Ese ha querido hacerme morder, pero Dios no lo ha permitido», y te ruega que no impongas castigo al cazador

—¡Ah! ¿conque es eso? (dijo papá.) pero ¿cómo sabe él que quiero castigar al cazador? Ya lo sabes: por regla general me gustan muy poco estos señores (contiuuó diciendo en francés); pero éste me desagrada particularmente, y estoy seguro....

—¡Oh!, no digas eso, amigo mío (gritó mamá, interrumpiéndole como asustada). ¿Qué sabes tú?

—No me han faltado ocasiones para estudiar esta casta

(1) Gricha llamaba así á todos los hombres, sin distinción.—*Nota del autor.*

de pájaros. Tu casa está siempre llena de ellos. Todos están cortados por igual patrón. Eternamente la misma historia.

Veíase que mamá no participaba en manera alguna de la opinión de papá y que no quería discutir.

—Alcánzame los pastelillos, te lo suplico (dijo ella). ¿Están hoy buenos?

—¡No! (siguió diciendo papá, al mismo tiempo que cogió el plato de los pastelillos, y los tenía en alto fuera del alcance de mamá); ¡no!; me irrita el ver personas instruidas é inteligentes que se dejan embaucar.

Y al decir esto golpeaba la mesa con su tenedor.

—Te he pedido los pastelillos,—dijo mamá, extendiendo el brazo.

—Tienen razón sobrada los que disponen que estas gentes sean recogidas por la policía (prosiguió papá, retirando siempre el plato de los pastelillos): no sirven para nada, como no sea para mortificar á las personas nerviosas.

Estas últimas palabras las pronunció sonriéndose, y al notar que la conversación disgustaba mucho á mamá, le dió el plato.

—Solamente quiero responderte una cosa (dijo mamá entonces). Es muy difícil admitir que un hombre que va descalzo, lo mismo en verano que en invierno y en su edad; que lleva siempre debajo de su vestido una cadena de sesenta libras de peso; que constantemente ha rehusado cuando se le ofrecía una vida tranquila en que todo se le hubiese costado, es difícil admitir que este hombre haga todo eso por holgazanería. Por lo que respecta á sus predicciones (mamá suspiró y guardó silencio durante un rato), tengo motivos para creer en ellas. Creo haberte dicho ya que Kirioncha había predicho á mi padre el día y la hora de su muerte.

—¿Qué has hecho? (dijo papá sonriendo y poniéndose la mano, como pantalla, al extremo de la boca del lado en que estaba Mimi). Cuando papá hacía ese gesto volvíame yo todo oídos, pues sabía que pensaba él decir algo picaresco.) ¿Por qué me has hecho acordarme de sus pies? Los he mirado, y ya no podré seguir comiendo.

La comida acababa. Liubotchke y Catalina no cesaban de hacernos señas, moviéndose mucho en sus sillas y dando muestras de agitación violenta. Sus señas querían decir: ¿Por qué no solicitáis vosotros que nos lleven á la cacería? Yo daba codazos á Volodia; Volodia me los daba á mí. Por último, él se atrevió. Con voz muy tímida el comenzar, y después bastante firme y bastante alta, expuso que, llegado el momento de partir, deseábamos llevar á las niñas con nosotros á la caza. Después de un conciliábulo corto entre las personas mayores, nos fué concedida la gracia solicitada, y corrimos á vestirnos para la expedición. Yo estaba en extremo impaciente. Por fin, oímos los pasos de papá en la escalera. Pocos minutos después estábamos en camino.



Un poco antes de la cena, Gricha penetró en el salón. Desde el instante en que había puesto los pies en nuestra casa, no había cesado Gricha de lanzar suspiros y derramar lágrimas. Para aquellos que le otorgaban el don de la profecía, era señal aquello de que alguna desgracia amenazaba nuestra casa. Despidióse, y dijo que al amanecer del día siguiente partiría. Hice una seña á Volodio para que me siguiese, y salí.

—¿Qué hay?

—Si quieres que veamos las cadenas de Gricha, vamos á subir corriendo á las habitaciones de los criados. Gricha se acuesta en la segunda; podemos subirnos á la descarga y lo veremos todo.

—Buena idea. Espérame aquí; voy á buscar á las niñas.

Las niñas vinieron; subimos todos, y después de haber disputado un poco sobre quién entraría el primero en el cuarto oscuro, nos sentamos y esperamos.

V.

GRICHA.

No estábamos nosotros muy tranquilos en aquel recinto oscuro. Nos apretábamos unos contra otros sin hablar palabra. Gricha subió muy poco después. Andaba sin ruido, llevando en la mano su estaca y en la otra una vela en un candelero de cobre. Nosotros procurábamos contener hasta la respiración.

—¡Señor Jesucristo! ¡Virgen Santa! ¡Al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!....

Se interrumpió para respirar, y tornó al principio con las entonaciones variadas y las abreviaciones usuales solamente para las personas que repiten muy á menudo esas palabras.

Sin dejar sus rezos, colocó el palo en un rincón, examinó la cama y comenzó á desnudarse. Desabrochó su cinturón negro y viejo, se quitó lentamente su burdo ropón, le dobló cuidadosamente y le colocó sobre el res-

:

paldo de una silla. Su rostro había perdido la expresión inquieta y estúpida que le era habitual. Por el contrario, parecía sereno, pensativo y hasta majestuoso. Sus movimientos eran lentos y reflexivos.

Ya desnudo, sentóse dulcemente en la cama, en la que hizo repetidas veces y por todas partes la señal de la cruz y arregló sus cadenas bajo la camisa, no sin grande esfuerzo, conociéndose el esfuerzo en la contracción de sus músculos. Contempló un momento con aire de pena los agujeros de su camisa, se levantó después, y comenzó de nuevo á rezar; tomó la vela, la elevó hasta la imagen colocada á la cabecera, se santiguó y apagó su vela.

La luna, casi llena entonces, daba en la ventana de la habitación. Sus rayos pálidos y plateados iluminaban por un lado la figura larga y blanca del inocente, cuyo lado opuesto parecía negro, y cuya sombra, unida á la sombra del bastidor de la ventana, descendía al suelo y se encaramaba á lo largo de la tapia y hasta el techo.

En el patio, el vigilante golpeó en su plancha de cobre. Gricha callaba. De pie ante la imagen, con sus enormes manos cruzadas sobre el pecho, con la cabeza inclinada hacia adelante, respiraba con dificultad. Púsose después de rodillas con bastante trabajo y oró.

Recitó primeramente y muy quedo oraciones conocidas, recalcando algunas palabras; después volvió á principiar las oraciones mismas, en voz más alta y animándose un poco; por último, comenzó á improvisar. Intentó expresarse en lengua eslava, y se conocía que esto le costaba trabajo. Era incoherente, pero conmovedor. Rogó por todos sus bienhechores (llamaba así á todos los que le recibían en su casa); entre otros varios por mamá y por nosotros; rogó por él mismo, y pidió al Señor que le perdonase sus grandes pecados; púsose des-

pués á repetir: « ¡Dios mío, perdona á mis enemigos! » Se levantó gimiendo, arrojóse al suelo cuan largo era, repitiendo siempre las mismas palabras, y se levantó otra vez, no obstante el peso de las cadenas, que producían al chocar en el pavimento un ruido seco y metálico.

Volodia me pellizcó en la pierna y me hizo mucho daño, pero no volví siquiera la vista. Me contenté con rascarme la pierna, y continué mirando y escuchando á Gricha, con una mezcla de admiración infantil, de compasión y de respeto.

En vez de divertirme y reir como había yo esperado al entrar en la descarga, sentía estremecimientos de frío.

Gricha permaneció bastante tiempo aún en esta especie de éxtasis, y continuó improvisando oraciones. Ya repetía muchas veces: *Señor, ten piedad de nosotros*, pero siempre con entonación diferente y con más fuerza cada vez; ya decía: *¡Perdóname, Señor; enséñame lo que es necesario hacer....., enséñame lo que es necesario hacer, Señor!*, y hubiérase dicho, por su acento, que esperaba recibir inmediatamente una respuesta; ya no se le oía más que lastimeros sollozos... Levantóse sobre las rodillas, cruzó las manos sobre el pecho y calló.

Adelanté silenciosamente mi cabeza por la puerta, conteniendo la respiración. Gricha no se movía. De su pecho se escapaban suspiros profundos. Su ojo vacío, cuya pupila nublada iluminaba la luna, estaba lleno de lágrimas.

—Sí, hágase tu voluntad,—gritó de pronto con una expresión que no es posible representar, y dejando caer su frente hasta el suelo, sollozó como un niño.

Muchas cosas han pasado después; muchos recuerdos han perdido para mí su importancia y se han convertido en confusas reminiscencias; mucho tiempo hace

que Gricha, el viajero, terminó su último viaje ; pero la impresión que en mí produjo , no se borrará nunca ; jamás olvidaré los sentimientos que despertó en mi alma.

¡Oh, Gricha! ¡Oh gran cristiano! era tan ardiente tu fe, que sentías la presencia de Dios ; era tu amor tan grande, que las oraciones brotaban por sí mismas de tus labios: no pedías á la razón que las analizase.... ¡Y con qué magnificencia cantabas las grandezas del Omnipotente, cuando, no hallando más palabras, te arrojabas á tierra llorando.

El enternecimiento con que escuchaba yo á Gricha no podía prolongarse mucho tiempo, primeramente porque mi curiosidad estaba satisfecha , y después porque tenía yo mis piernas entumecidas de permanecer tanto tiempo en el mismo sitio , y , por último, porque oía ya moverse y cuchichear detrás de mí, y yo deseaba hacer lo que hacían los otros. Alguien me cogió la mano , y me dijo al oído: *¿De quién es esta mano?* En aquel recinto estábamos completamente á oscuras; pero por el tacto y por el metal de la voz reconocí á Catalina. Instintivamente cogí su bracito desnudo hasta más arriba del codo , y le besé. Catalina, asombrada sin duda de mi proceder , retiró su brazo , y al hacerlo tropezó con una silla rota que allí estaba. Gricha levantó la cabeza, miró enrededor suyo y envió la señal de la cruz en todas direcciones, recitando al mismo tiempo una oración. Nosotros nos alejamos de allí precipitadamente y cuchicheando.

CONDE LEÓN TOLSTOI.

EL CHIQUILLO ESPÍA

~~~~~  
CUENTO.

Lo llamaban Stenne ; el chiquillo Stenne.  
Era un hijo de París , pálido y enclenque , que podría tener unos diez años , tal vez quince ; en estos muñecos no es posible acertar las edades. Su madre había muerto ; su padre , que había servido en infantería de marina , era guarda de un jardín del barrio del Temple. Los muchachos , las niñeras , las ancianas que llevan á paseo su silla de tijera , las pobres viejas , todo ese París de menor cuantía que pasea á pie y que para evitar el riesgo de ser atropellado por los carrujes acude á esos jardinillos municipales flanqueados por aceras , conocían á Stenne padre , y lo querían entrañablemente. Sabían todos que bajo aquel bigote áspero , terror de perros y de chicos traviosos , se ocultaba una sonrisa de ternura casi paternal , y que para ver esa sonrisa bastaba decirle :

—¿Cómo sigue su hijo de V.?

¡Stenne padre quería tanto á su hijo ! Considerábase dichoso completamente cuando , al caer la tarde , después de salir de la escuela , venía el pequeño á buscarle y da-

ban juntos una vuelta por los paseos del jardín, deteniéndose delante de cada banco para saludar á los concurrentes asiduos, correspondiendo así á las atenciones de éstos.

Desgraciadamente, con el sitio, cambió por completo casi todo. El jardinillo que guardaba Stenne padre fué cerrado; convirtiéronle en depósito de petróleo, y el pobre hombre, obligado á una vigilancia incesante, pasaba su vida en los bosquecillos desiertos y casi destruidos, solo, sin fumar, y viendo á su hijo solamente en casa y de noche, ya bastante tarde. Por eso eran de ver aquellos bigotes cuando el guarda hablaba de los prusianos.

El chiquillo Stenne, por su parte, no deploraba excesivamente aquella nueva vida.

¡Un sitio es cosa tan divertida para los muchachos! ¡No hay escuela!; ¡no se va al estudio!.... Vacaciones todos los días, y las calles como el real de una feria.

El muchacho permanecía fuera de casa hasta la noche, correteando. Acompañaba á los batallones del barrio cuando iban á las fortificaciones, eligiendo preferentemente á los que tenían buena banda de música; y acerca de este particular, el chiquillo Stenne estaba perfectamente enterado. Podía decirnos con todo conocimiento que la banda del batallón 96 no valía mucho, y que en el 55 tenían una excelente. Entreteníase en otras ocasiones viendo hacer el ejercicio á los movilizados; después, todo esto traía cola.

Con su cesta al brazo, tomaba el chico su puesto en aquellas largas filas formadas en la sombra de las mañanas de invierno á las puertas de los carniceros y de los panaderos. Allí, con los pies metidos en agua, se iniciaban amistades, se hablaba de política, y al muchacho, como hijo del señor Stenne, le preguntaban todos su opinión. Pero lo más divertido de todo eran las partidas de



chito, rayuela y *galocha*, un juego famoso que los movilizados bretones habían puesto en moda durante el sitio.

Cuando el chiquillo Stenne no estaba en las fortificaciones ni en la panadería, era seguro que se le encontraba en la partida de *galocha* de la plaza de Château d'Eau. Él no jugaba, por supuesto; era menester demasiado dinero. Se limitaba á contemplar á los jugadores. ¡Y los miraba con unos ojos!!

Excitaba, sobre todos, la admiración de Stenne un muchacho, grandullón ya, con blusa azul, que nunca ponía moneda menor de un franco. Cuando este muchacho corría, oíanse sonar en el bolsillo de su blusa las monedas de plata.

Cierto día, al tiempo de recoger una pieza que había rodado hasta los pies del chiquillo Stenne, el grandullón le dijo en voz baja:

—¿Te deja bizco el ver esto? Pues si quieres, te diré dónde puede encontrarse.

Una vez concluida la partida, le llevó á un rincón de la plaza, y le propuso que le acompañase á vender periódicos á los prusianos; se ganaban treinta pesetas por viaje. Al pronto Stenne rehusó muy indignado; y por primera providencia permaneció tres días seguidos sin concurrir á la partida. ¡Tres días terribles! Ni podía comer, ni lograba dormir. Veía por las noches multitud de *galochas* á los pies de la cama y monedas de plata muy relucientes que caían una á una sobre su lecho. La tentación era muy poderosa. Al cuarto día volvió á Chateau d'Eau, tornó á ver al de la blusa azul, se dejó seducir....

Ambos salieron al amanecer de un día de nieve: llevaban al hombro sacos de lienzo y algunos periódicos ocultos en sus blusas. Cuando llegaron á la puerta de *Flandres* rayaba el día apenas. El grandullón cogió á

Stenne de la mano, y acercándose al centinela—un valiente sedentario, que tenía la nariz amoratada y aire de buenazo,—le dijo en tono lleno de humildad:

—Bondadoso señor, déjenos V. pasar. Nuestra madre está enferma, papá ha muerto. Vamos mi hermanito y yo para ver si en el campo recogemos algunas patatas.

El mocetón lloraba; Stenne, muy avergonzado, bajaba la cabeza. El centinela los miró durante algunos instantes; lanzó después una ojeada hacia el camino desierto y blanco, y después, separándose un poco, «Á ver si pasáis pronto» les dijo; y cátales en el camino de Aubervilliers. El zagalón se reía con toda su alma.

Muy confusamente, como en sueños, el chiquillo Stenne veía fábricas transformadas en casernas, barricadas solitarias, adornadas con andrajos mojados, chimeneas altísimas, que, rompiendo la niebla, se elevaban hasta el cielo, vacías y descantiladas; de trecho en trecho veíase algún centinela, oficiales abrigados con sus capuchones que miraban hacia abajo con sus anteojos de campo, y tiendecillas de campaña humedecidas por la nieve fundida delante de fogatas que comenzaban á extinguirse.

El mayor de los dos viajeros conocía los caminos, y andaba á campo-traviesa para evitar los cuerpos de guardia. Esto no obstante, llegaron, sin que les fuese posible eludirlo, á una guardia mayor de franco-tiradores. Hallábanse éstos adheridos al fondo de un foso lleno de agua á lo largo del ferrocarril de Soissons. Fué en vano que el compañero de Stenne tornase á referir la historia; no se les franqueó el paso. Entonces, y mientras ambos se lamentaban, de la caseta del guarda salió un sargento, viejo ya, todo blanco y lleno de arrugas, que se parecía á Stenne padre.

—¡Ea, chicuelos! (les dijo.) No lloréis tanto; se os dejará ir á buscar vuestras patatas; pero antes entrad á calentaros un poco.... Ese tunantuelo tiene trazas de estar helado.

¡Ah! Stenne tiritaba efectivamente, pero no de frío; era de miedo y de vergüenza. En el puesto hallaron á varios soldados agrupados enrededor de un fuego casi amortiguado, verdadero fuego de viuda, en cuyas llamas procuraban calentar pedazos de galleta, clavados en las puntas de las bayonetas. Apartáronse para dejar sitio á los dos muchachos. Para matar el gusano, les dieron un poco de café. Cuando estaban bebiendo llegó á la puerta un oficial, llamó al sargento, habló con él en voz muy baja, y se alejó precipitadamente.

—Muchachos (gritó el sargento, al entrar, lleno de satisfacción): esta noche *tendremos baile*.... Han sorprendido el santo y seña de los prusianos. Creo que esta vez vamos á quitarles ese endiablado Bourget.

Estas palabras produjeron una explosión de bravos y de risas. Bailaban unos, cantaban otros, blandían algunos sus bayonetas-sables, y aprovechando aquel tumulto los muchachos desaparecieron.

Salvada la trinchera, no se veía más que el llano y una larga muralla blanca, agujereada por troneras. Hacia la muralla dirigieron sus pasos, deteniéndose de cuando en cuando para fingir que estaban recogiendo patatas.

El chiquillo Stenne no hacía más que decir:

—Vamos á volvernos.... No vayamos allá.

El otro se encogía de hombros, y seguía adelantando. De repente oyeron el *tric-trac* de un fusil que alguien montaba.

—Bájate,—gritó el guía; y al mismo tiempo se echó él al suelo.

Ya tumbado en tierra silbó. Otro silbido respondió al suyo sobre la nieve. Los jóvenes adelantaron arrastrándose. Delante de la muralla, y á flor de tierra aparecieron dos bigotazos amarillos bajo una gorra mugrienta. El grandullón saltó á la trinchera, y en un segundo se halló al lado del prusiano :

—Es mi hermano,—dijo señalando á su compañero.

El pobre Stenne era tan pequeño, que el prusiano al verle soltó la carcajada, y tuvo que tomarle en brazos para que se izase hasta la brecha.

Al otro lado de la muralla había terraplenes extensos, árboles cortados, agujeros negros abiertos en la nieve y en cada agujero la misma gorra mugrienta y los mismos bigotes amarillos que se reían viendo pasar á los muchachos.

En un rincón una casa de jardinero, acasamatada con troncos de árboles. La planta baja estaba llena de soldados que jugaban á los naipes, y que en un fuego hermosísimo aderezaban la sopa; sentíase el agradable olor á berza y á tocino; ¡qué diferencia entre aquello y el *vivac* de los franco-tiradores! Arriba estaban los oficiales; oíaseles tocar el piano y destapar el *champagne*. Cuando los parisienses entraron fueron acogidos con gritos y vítores de contento. Entregaron sus periódicos, y después se les dió de beber y se les hizo hablar. Todos aquellos oficiales tenían aire de vanidosos y malvados; pero el grandullón les divertía con su jerga de arrabal y su vocabulario de carretero. Los oficiales prusianos se reían, repetían aquellas palabras después de él; se revolcaban con delicia en aquel lodo de París que allí les llevaban.

Stenne deseaba hablar también, probar que no era una acémila; pero había algo allí que le producía emba-

razo. En frente de él permanecía, separado de los demás, un prusiano más viejo y más serio que los otros y éste leía, ó , para ser más exactos, fingía leer, porque sus ojos estaban clavados en Stenne. Había en aquella mirada fija ternura y reproches, como si aquel anciano tuviera en su país un hijo de la misma edad que Stenne y estuviese diciéndose á sí mismo:

—Yo prefería morir á ver que mi hijo desempeñaba estos oficios.

Desde aquel momento sintió Stenne como si una mano le oprimiese el corazón dificultando sus latidos.

Para huir de aquella angustia , se puso á beber. Muy luego empezó todo á dar vueltas enrededor suyo. Oyó confusamente, en medio de risotadas groseras, que su camarada se burlaba de los guardias nacionales, de su modo de hacer el ejercicio, imitaba una alarma en el Marais, un alerta de noche en las fortificaciones. Después el muchachote bajó la voz, los oficiales se aproximaron y pusieron serios. El miserable había comenzado á prevenirles acerca del proyecto de ataque de los franco-tiradores. Entonces Stenne, completamente despejado, se levantó furioso, y dijo:

—Eso no, gran.... No quiero.

El otro no hizo sino reirse , y prosiguió. Antes de que hubiese terminado, todos los oficiales estaban de pie. Uno de ellos, señalando la puerta á los muchachos, les gritó:

—Largo de aquí.

Y todos los prusianos comenzaron á hablar entre sí muy rápidamente y en alemán. El mocetón salió, orgulloso como un duque, haciendo sonar su dinero. Stenne fué tras él con la cabeza baja, y cuando pasó cerca del prusiano cuya mirada tanto le había embarazado, oyó

una voz triste que le decía: «*Ni estar pien esto, ....ni estar pien*<sup>1</sup>».

Los ojos de Stenne se llenaron de lágrimas.

Ya en la llanura, los muchachos se dieron á correr, y llegaron pronto á las fortificaciones. Su saco estaba lleno de patatas que les habían dado los prusianos; con esto pasaron sin dificultad á la trinchera de los francos-tiradores. Allí estaban preparándose para el ataque de aquella noche. Llegaban silenciosamente algunas fuerzas que se agrupaban detrás de las murallas. El sargento veterano estaba ocupándose en colocar sus hombres, con aire de gran contentamiento. Cuando los muchachos pasaron, el sargento los reconoció, y les dirigió una sonrisa cariñosa.

¡Oh! ¡Cuánto daño le hizo al pobre Stenne aquella sonrisa! Hubo un momento en que se sintió impelido á gritar: «No vayan Vds. allí...., nosotros les hemos vendido».

Pero su compañero le había dicho: «Si hablas, nos fusilan»; y el miedo lo había contenido.

En la Courneuve penetraron en una casa abandonada para repartir el dinero.

La verdad me obliga á decir que el reparto se realizó equitativamente, y que oyendo sonar en el bolsillo de su blusa aquellas monedas, pensando en las partidas de *galocha* que tenía con ellas en perspectiva, el chiquillo Stenne ya no consideraba tan horrible su crimen.

Pero, ¡ay!, ¡cuando se quedó solo el desdichado chiquillo.... cuando ya pasadas las puertas su cómplice se separó de él, sus bolsillos comenzaron á parecerle muy pesados, y la mano que le apretaba el corazón le apretó

<sup>1</sup> *Bas chólí, ça.... Bas chólí*, aparece en el original, en que se trata de representar con la pronunciación alemana la frase: *Pas jolí ça.... pas jolí*. Para respetar la intención del autor hemos creído conveniente traducir con alguna libertad. (N. del T.)

más fuerte que nunca. París ya no le parecía el mismo. Los transeuntes lo miraban con severidad, como si todos supiesen de dónde venía. En el ruido que rodando producían los carruajes, en el redoblar de los tambores que hacían ejercicios á lo largo del canal, parecióle oír la palabra *espía*. Por fin, llegó á su casa, y muy contento al ver que su padre no había regresado, subió con precipitación á su cuarto para ocultar debajo de la almohada aquellas monedas que le pesaban tanto.

Nunca había estado el padre de Stenne tan cariñoso, ni tan contento como lo estaba al volver á su casa aquella noche. Acababan de llegarle noticias de provincias; las cosas comenzaban á mejorar. Mientras comían, el soldado viejo miraba su fusil colgado en la pared, y decía á su hijo con risa honrada y franca:

—¡Eh, muchacho! ¡De qué buena gana irías tú contra los prusianos si fueras ya hombre!

Á eso de las ocho empezaron á oirse cañonazos.

—Es Aubervilliers.... Se baten en Bourget (dijo el padre de Stenne, que conocía perfectamente todas las fortificaciones). El muchacho palideció, y, pretextando una gran fatiga, se acostó, pero no pudo dormir. Se figuraba á los franco-tiradores llegando de noche para sorprender á los prusianos y cayendo ellos en una emboscada. Recordaba al sargento que les había dirigido aquella sonrisa cariñosa y le veía tendido, allá, entre la nieve, ¡y á cuántos otros á su lado!.... El precio de toda aquella sangre estaba escondido allí, debajo de su almohada, y era él, el hijo del señor Stenne, de un soldado.... Los sollozos le ahogaban. En la habitación inmediata oía á su padre que paseaba y que de vez en cuando abría la ventana. Abajo, en la plaza, tocaban generala, un batallón de movilizados se aprestaba á partir. Indudablemente se

había empeñado una verdadera batalla. El infeliz no pudo contener un sollozo.

—¿Qué tienes?— preguntó su padre entrando.

El muchacho no pudo resistir más; saltó de la cama, y fué á postrarse de rodillas á los pies de su padre. Al movimiento que hizo, las monedas rodaron por el pavimento.

—¿Qué es esto? ¿Has robado?— preguntó el viejo temblando.

Entonces, sin tomar aliento una sola vez, el chiquillo Stenne refirió á su padre que había ido al campamento prusiano y lo que allí había hecho. Conforme iba hablando sentía más desahogado su corazón, consolábale el acusarse.... El padre le escuchaba con un aspecto verdaderamente terrible. Cuando la narración hubo terminado, ocultó la cabeza entre las manos y lloró.

—¡Padre! ¡Padre!— intentó decir el muchacho.

El padre le rechazó sin responderle, y recogió el dinero.

—¿Está aquí todo?— preguntó.

El chico indicó, moviendo la cabeza, que sí era todo. Entonces el viejo descolgó su fusil, su cartuchera, y metiendo el dinero en el bolsillo, dijo:

—Está bien; voy á devolvérselo.

Y sin pronunciar una sola palabra más, sin volver siquiera la cabeza, bajó á mezclarse con los movilizados que partían en la noche. Después nadie ha vuelto á verle.

ALFONSO DAUDET.



## MEMENTO VIVERE

CUENTO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
SEÑOR D. BANCALON DE

CUANDO penetró en la alcoba del venerable anciano duque de Cimay, el señor de Varás, un joven que por primera vez se hallaba en presencia de aquel amigo de su padre, le halló más blanco que las sábanas del lecho, y advirtió en los labios del Duque la sonrisa convulsiva, y en su mirada algo de la serenidad suprema, porque un dulce y vago reflejo del azul infinito brillaba en las profundas pupilas del moribundo.

—Hijo mío (dijo el anciano al vizconde Varás, después de haberle besado en la frente): he recibido la carta de tu padre. El pobre deseaba que fuese yo tu consejero y tu guía en el mundo, y yo habría aceptado de todo corazón este encargo que mi amigo querido me confiaba en sus últimos momentos. Por desgracia, también yo voy á despedirme de ti; pues sólo me queda, á lo más, una hora de vida.

Como el joven, trémulo de emoción, intentase protestar, el Duque le interrumpió, diciendo:

—¿Crees que un Cimay que ha visto precederle, en este camino, á sus hijos y á sus nietos, tiene algo que le

ligue á este bajo mundo? No tengo parientes, y tú eres pobre; te he dejado, pues, por testamento en debida forma, depositado en casa de mi notario el Sr. Ploix, todo lo que me queda; unas tierras en el Bourbonnais, arrendadas en diez mil francos. No me des las gracias; no podemos desperdiciar ni un minuto; acuérdate de que en ningún caso has de vender esas tierras, porque quien tiene su fortuna en obligaciones, cupones ó papel del Estado, vive á la manera de los americanos nómadas, que habitan en casas de alquiler amuebladas y se casan en el camarote de un vapor.

Nos quedan todavía unos tres cuartos de hora. Es más tiempo del que he menester para darte un resumen completo y claro de la sabiduría humana; porque ésta, desembarazada de las niñerías y de los lugares comunes con que la adornan, se reduce á muy poco. Tienes ya diez y ocho años cumplidos, y sabrás, como es natural que sepas, equitación y esgrima; no las olvides nunca, porque el hombre privado del caballo y de la espada es como un animal sin piel, como un pájaro sin plumas. Lo primero que has de hacer es servir á la patria; alístate en un regimiento cualquiera, y procura que te envíen donde puedas batirte. Del hombre no puede afirmarse que existe hasta el momento en que ha mostrado á la luz del sol el color de su sangre. Sé dócil y respetuoso para con tus jefes; bueno y afable con todos; pero no toleres absolutamente nada, y bátete con cualquiera, aunque sea un desertor de presidio; así lo exige el respeto propio en estos tiempos en que ninguna convención social nos protege y en que, diga lo que quiera M. Glais-Bizoin, el verdadero valor consiste en tenerlo.

Educado por una madre como la que has tenido, serás religioso; además, no te creo bastante mentecato para

adorar la razón humana, ese instrumento imperfecto y sin precisión, con el que, sin la rutina y el instinto no se llegaría á cepillar convenientemente una tabla, ó á coser un par de botinas; así, pues, siempre que vayas al templo, lleva en la mano tu devocionario á la vista de todos, y si observas que alguno se sonríe, le invitas á dar un paseíto matutino, y le das, ó recibes, una estocada, un balazo, lo que él quiera, porque tu sangre debe estar siempre dispuesta á salir. Lo cual no ha de ser óbice para que sepas astronomía y matemáticas; para que estudies en las mitologías y en los poemas primitivos la ciencia de las religiones, ni para que consideres el *Cándido* y el *Zadig* como obras maestras.

Entrarás luego en la vida civil; entonces, ¿qué debes hacer? Es sencillísimo; si sientes vocación hacia un arte ó una ciencia, da á esta ciencia ó á ese arte toda tu vida, toda tu actividad y todas tus fuerzas. Si deseas hacerte agricultor, una cláusula de la escritura de arrendamiento otorgada por tu arrendatario determina que puedes rescindir el contrato mediante el pago de una indemnización fijada previamente; pago para el cual hallarás fondos en casa del notario. Pero puesto caso de que así ocurra, debes ser agricultor á la antigua usanza, porque la agricultura explotada científicamente y con sujeción á los progresos modernos exige gastos muy considerables, y se convierte en comercio. Debes evitar lo que sea comercio ó lo parezca. Si vives en el campo, cástate, quiere mucho y respeta más á tu compañera, que debe ser mujer de su casa y no ha de tocar el piano, y educa bien á tus hijos. Esta vida es, en realidad, tan sencilla, que sus reglas son por todos conocidas; supongo, sin embargo, que no te decidirás por ella, y que has de vivir en medio del torbellino parisiense.

:

La cosa entonces presenta más dificultades. Para economizar tiempo, amontonaré *recomendaciones* y preceptos. Ocupa siempre un piso segundo, en un barrio decente y animado, pero no muy ruidoso. Habida en cuenta la humedad de París, son de necesidad tupidas alfombras y pesadas cortinas de damasco de seda; pero desconfía de los muebles como de una epidemia; el mobiliario ocupa inútilmente un sitio, y es además peligroso. Un verdadero diván á la turca, con una cubierta de abrigo y cojines muy ricos, y sillas cómodas; esto en lo principal. Solamente los muebles antiguos, arcas, relojes, etc., son hermosos; pero es necesario que hayan sido comprados en cualquier apartado rincón de una provincia y en perfecto estado de conservación; si un coleccionador, si un comerciante de antigüedades, si un revocador los ha tocado (ó los ha visto solamente), dejan de ser antiguos. Procura tener algunos espejos y alguna palmatoria del siglo xvii con incrustaciones de oro. Un mueble, un libro, un cuadro que pretendan penetrar en tu casa, son enemigos.

El mueble ha sido falsificado; el libro es inútil, porque en vez de leerle, leerás á Homero, ó Dante, ó Rabelais, ó Shakespeare, y harás muy bien: el cuadro será malo, si no es una quimera. Ya no hay cuadros antiguos; todos han sido repintados por vidrieros. Por lo que respecta á los cuadros modernos, es necesario comprarlos directamente en la Exposición ó al mismo pintor, y siempre con la condición de que el artista sea hombre de talento y de que el cuadro no sea fastidioso ó terrible á la vista; pues, ¿por qué ha de encerrarse uno con cosas absurdas ó formidables? Las colecciones de grabados y de porcelanas consumen la vida y llegan á convertir en monomaniaco al hombre más discreto; fuera de que nada hay tan

alegre á la vista como una estampa japonesa que vale cincuenta céntimos, ó cualquier juguete de color de escarlata.

Estudia con atención, con entusiasmo, toda la colección de cartas célebres, Balzac, el viejo, la señora de Sévigné, Voiture, para aprender.... á no escribir cartas. Es muy difícil que escribas á tu zapatero una carta de dos líneas sin que te expongas á la muerte, á la deportación, ó á una causa por adulterio. Te he dicho ya que debes huir de toda profesión mercantil. Ni aun debes permitir que figure tu nombre entre los miembros de una junta administrativa cualquiera, porque nunca se sabe con certeza qué negocios industriales son ó dejan de ser verdaderas asechanzas.

El comercio tuvo su grandeza en cierto tiempo y en determinadas naciones ; pero aunque entre nosotros—tal cual lo hemos falsificado y empequeñecido—sea todavía muy respetable, no debes ser, ni aun en teoría, camarada de un droguero que vende cola de pescado por almíbar, ó de un tabernero que elabora su vino con acoro y palo campeche. Huye de los charlatanes, de los que presumen de maestros que siempre parecen estar enseñando, y sobre todo de los necios, que, recordando el aforismo «comprender es igualarse», fingen descaradamente por Rafael, por el Veronés, por Beethoven, por Molière, por La Fontaine, una admiración extraordinaria é incompatible con lo reducido de sus respectivas inteligencias.

Haz que te sirva un solo criado ; á ser posible, licenciado del ejército, que haya sido herido en campaña, con lo cual habrá demostrado que no tiene el corazón miserable ; procura que te tema, que te respete, y sobre todo que te quiera. No comas en casa más que una chuleta. En ninguna parte se come mejor que en un *restaurant*,

cuando se ha aprendido á comer en él, asunto que debe constituir el primer estudio de un parisiense, porque no hay casi una cocina de casa particular donde sepan cocer bien la carne ó confeccionar esmeradamente una salsa blanca. Si comes en casa de algunos amigos, que sea en las de amigos por los cuales te encuentres dispuesto á dar hacienda y vida ; y devuelve centuplicados los obsequios que hayas recibido.

Pero es necesario que te hable también algo de mujeres. Todas las desgracias que en este punto pueden sobrevenir proceden de que se confunde muchas veces el amorío con el amor ; son dos cosas distintas. Para cualquier compromiso serio, seas soltero ó casado, no te enamores de una mujer con la que no consentirías en casarte y desde el primer momento hazle el sacrificio de cuanto eres, de cuanto tienes, hasta de tu vida. En las relaciones ligeras, calcula previamente lo que quieres gastar en ellas de tu tiempo, de tu dinero y de tus juguetes, y una vez hecho ese presupuesto, procede, como suelen proceder con los suyos los arquitectos : duplícalo y agrega otra cantidad para imprevistos. En estos pasatiempos, procura ser siempre joven, seductor, alegre, infatigable, ingenioso ; agrada como Romeo y paga como Turcaret ; sé fiel y espera á que te engañen, y haz como si no comprendieses, que no merece aquello la pena de incomodarse. Por lo que se refiere á otra clase de *señoras*, porque no te prohibo nada en este ramo, es todavía más sencillo. En las pausas de sus *ritornellos* de locura ensayada, esas hembras son serias como notarios, pues siempre están atormentadas con el recuerdo de una deuda que han de pagar ó de algún asunto de dinero ; por consiguiente, si has de perder cinco minutos con una de *esas*, procura hallar un eufemismo para hacerle comprender, lo más

pronto posible, con cuánto piensas contribuir á sacarla de sus ahogos. Nada de niñerías : la preocupación contra los actores no es preocupación. La comedianta más enamorada de ti, te picaría en pedacitos menudos, como carne para rellenos, á trueque de obtener un papel, y cuando está á tu lado piensa en el público, en los aplausos y en los trajes. Por lo que respecta á los cómicos, hay entre ellos algunos muy decentes y dignos de todos los respetos ; pero, por regla general, el comediante es el macho de la comedianta, esto es, de una mujer que para enriquecer á su honrado director representa obras que son la sátira del vicio, y está obligada á costear trajes de á mil escudos la pieza, pagados por el vicio.

Resumiendo, todo lo que se reduce á unos amoríos no merece, de ningún modo, que un hombre honrado se detenga con exceso. Ya no hay hermosura ni en la aristocracia encogida y envuelta por sus estrechas miras, ni entre la burguesía estúpida llena de innoble avaricia de riquezas. Las mujeres más guapas de nuestro tiempo son las que sirven de modelos en los talleres y bailan después en la calle de *Le Verrerie* y las fruterías del muelle de Rapée, con quienes es muy difícil entablar conversación. Hay también algunas princesas, pero cuya hermosura no existe, sino con la condición de aparecer idealizada por la pintura y por la poesía, y no es raro que algunas de ellas pertenezcan á familias de burgueses y de advenedizos.

Para concluir : amar á una mujer digna, honrada, noble, que sea un alma; leer, estudiar, ser caritativo, servir á todos, vivir sin una sola mancha en la conciencia, elevar el corazón, y si uno es padre, ser buen padre, he ahí todo lo que hay de razonable en este bajo mundo y todo lo que me ha enseñado la vida. Témele todo de la

medianía, de la necedad, del piano y de los artistas aficionados; sé casto en cuanto puedas serlo; valiente y generoso hasta la locura; sobre todo, sé bueno y que Dios te bendiga.

Después de hablar así, levantó el duque de Cimay su cabeza, contempló un instante el cielo, y después espiró. Pedro de Varás, arrollándose respetuosamente, besó la mano helada del que acababa de legarle su sabiduría.

TEODORO DE BANVILLE.



## GUSTAVO DORÉ



**E**L artista cuyo nombre acabo de escribir, es seguramente una de las más curiosas y más simpáticas personalidades de nuestro tiempo. Si no tiene la profundidad, la solidez de los maestros, posee la vida y la intuición rápida de un discípulo de genio. Su sitio es tan amplio, que no temo disgustarle, estudiándole tal cual es, en la verdad de su naturaleza. Tiene sobrados amigos officiosos que le abruma bajo el peso de exageradas é indigestas alabanzas, para que uno de sus admiradores sinceros le analice con toda franqueza, hable de su talento, sin romperle el incensario en las narices.

Gustavo Doré, para juzgarle en una palabra sola, es un improvisador; el improvisador de lápiz más prodigioso que ha existido nunca. No dibuja ni pinta, improvisa; su mano halla líneas, sombras y luces, como hallan algunos poetas de salón rimas y estrofas enteras. En su obra no hay gestación; Doré no acaricia su idea, no la labra, no lleva á cabo ningún estudio preparatorio. La idea llega de pronto; hiere con la rapidez y el deslumbramiento del relámpago, y el artista la recibe sin discutirla,

y obedece al rayo llegado de las alturas. Además, Gustavo Doré no ha esperado nunca; desde que tiene el lápiz entre los dedos la musa bondadosa no se ha hecho de rogar; siempre está allí, cerca del poeta, llenas las manos de resplandores y de tinieblas, prodigándole las visiones, ya dulces, ya terribles, que el artista traza con mano rápida y calenturienta. Doré tiene la intuición de todo, y dibuja sueños como otros esculpen realidades.

Acabo de pronunciar las mismas palabras que un gran crítico de *Gustavo Doré*. Ningún artista se curó nunca menos que él de la realidad. Doré ve solamente sus sueños; vive en un país ideal, cuyos enanos, cuyos gigantes, cuyo cielo esplendente y cuyos paisajes inmensos nos dibuja. Aloja en la fonda de las hadas, allá en la comarca del ensueño. Nuestro mundo le importa poco; él necesita las regiones infernales ó celestes de Dante; el mundo loco de Don Quijote, y en nuestros días el viaje al país de Canaán enrojecido con sangre humana y blanqueado por auroras divinas.

El mal de todo esto es que el lápiz no profundiza, que apenas desflora el papel. La obra no es sólida; no tiene debajo el armazón poderoso de la realidad para mantenerla firme y de pie. No sé si me equivoco: Gustavo Doré ha debido de abandonar muy temprano el estudio del modelo vivo, del cuerpo humano en su verdadero poder. El buen éxito llegó demasiado pronto; el artista joven no ha tenido que sostener esa lucha sin tregua, durante la cual se analiza con encarnizamiento la naturaleza humana. No ha vivido ignorado en el rincón de su taller, enfrente de un modelo, cada uno de cuyos músculos se estudian desesperadamente.

Doré desconoce, es indudable, esta vida de padecimientos, de vacilaciones que os hace amar, con amor

profundísimo, la realidad viviente y desnuda. El triunfo le sorprendió cuando estudiaba, cuando otros buscan todavía con paciencia lo justo, lo verdadero. Su imaginación rica, su naturaleza pintoresca é ingeniosa hanle parecido inagotables tesoros en los cuales hallaría él siempre espectáculos y efectos nuevos, y se ha lanzado resueltamente en medio de la victoria; no tenía más base que sus ensueños, sacándolo todo de él mismo; creando de nuevo, en el delirio y la fantasmagoría: á Dios, y al cielo y á la tierra.

Lo real, es menester decirlo, se ha vengado á veces. No puede uno impunemente encerrarse por completo en sus imaginaciones; llega un día en que falta fuerza para representar así el papel de creador. Demás de esto, cuando las obras son demasiado personales se reproducen fatalmente; el ojo del visionario se llena siempre con la misma visión, y el dibujante adopta determinadas formas, de las que no puede desembarazarse. La realidad es, por el contrario, madre bondadosa que nutre á sus hijos con alimentos siempre nuevos; les ofrece, á cada hora, aspectos distintos; se presenta á ellos profunda, infinita, llena de vitalidad que incesantemente renace.

Gustavo Doré se halla en este caso: ha utilizado, agotado su tesoro como hijo pródigo; ha dado con vigor y con relieve todos los ensueños que tenía dentro de su mente, y hasta los ha repetido en muchas ocasiones. Los editores han asaltado su taller; se han disputado sus dibujos, que la crítica en masa ha recibido con admiración. Nada falta á la gloria del artista; ni el dinero, ni los aplausos. Ha establecido una cantera espaciosa en que produce sin descanso; allí están tres, cuatro publicaciones para las que trabaja al mismo tiempo, con idéntico vigor; el dibujante pasa de una á otra sin debilitarse, sin madu-

rar sus pensamientos, confiado en su musa cariñosa, que en el momento propicio le inspira la palabra divina. Tal es el colosal trabajo, la tarea gigantesca que su envidiable éxito ha impuesto á Gustavo Doré, y que la peculiar naturaleza de éste le ha obligado á aceptar con un valor temerario.

Doré vive cómodamente en esta producción aterradora que haría enfermar á cualquier otro. Ciertos críticos se maravillan de ese modo de trabajar, y elogian en el artista joven la formidable cantidad de dibujos que ha producido.

El tiempo nada importa para el negocio, y por lo que á mí respecta, siempre he temblado por este pródigo que de ese modo se entregaba y que agotaba sus admirables facultades en una especie de improvisación continua. La pendiente es resbaladiza; el taller de un artista en boga se convierte á veces en almacén de manufacturas; los comerciantes están allí, á la puerta, dando prisa al lápiz ó al pincel, y poco á poco se llega hasta crear, colaborando con ellos, obras exclusivamente comerciales. No impulsemos, pues, al artista para que nos admire publicando cada año una obra que exigiría diez años de estudio; procuremos, por el contrario, moderar su afán de producir; aconsejarle que se encierre en el fondo de su taller para componer allí, con la reflexión del trabajo, las grandes epopeyas que su mente concibe con intuición tan admirable.

Gustavo Doré, á los treinta y tres años, creyó que debía consagrarse al gran poema humano, á esa colección de relaciones terribles y risueñas que se nombra *La Sagrada Biblia*. Habría yo preferido que reservase esta obra para su trabajo último, para el trabajo grandioso que hubiese consagrado su gloria. ¿Dónde podría hallar un

asunto más vasto, más digno de ser estudiado con cariño; un asunto que ofreciera más espectáculos dulces ó aterradores para su pincel creador?

Pero, por otra parte, no tengo para qué preguntar al artista acerca de lo que ha tenido por conveniente hacer. Su obra está ahí: mi deber se reduce á estudiarla.

Ante todo, me pregunto á mí mismo cuál ha sido la grandiosa visión del artista cuando, después de resolverse á emprender tan rudo trabajo, cerró los ojos para ver cómo se desarrollaba el poema en espectáculos imaginarios. Dada la naturaleza maravillosa y peculiar de Gustavo Doré, no es difícil asistir á las operaciones que han debido de elaborarse en esa inteligencia: las leyendas se han sucedido unas otras; las unas, luminosas, claras, completamente blancas; las otras, sombrías y aterradoras, enrojecidas por la sangre y por el fuego. Doré se ha abismado con esta inmensa visión; hase elevado á la región del ensueño; ha experimentado supremo regocijo al sentir que abandonaba la tierra, que dejaba en ella las realidades, y que su imaginación iba á esferas en que le sería dado vagar por los delirios y las apoteosis. Toda la gran familia bíblica se ha levantado ante él; el artista ha contemplado á esos personajes á quienes el recuerdo ha engrandecido y colocado fuera de la humanidad; ha vislumbrado aquella tierra de Egipto, aquella tierra de Canaam, países maravillosos que no parecen de este mundo; ha vivido en intimidad con los héroes de los cuentos antiguos, en paisajes llenos de tinieblas y de maravillosas alboradas. Después, la historia de Jesús, más dulce, tierna y severa, ha abierto á su vista horizontes escogidos, en los que sus ensueños se han ensanchado y han adquirido una serenidad profunda. Allí estaba el inmenso campo que había menester la audacia del artista. La tie-

rra le enoja, la tosca tierra que ahora pisamos; y solamente se agrada de las tierras celestiales, esas que puede alumbrar él con luces extrañas y desconocidas. Por eso Doré ha exagerado el ensueño; ha querido escribir con el lápiz una Biblia mágica, una serie de escenas que pareciesen integrar un drama gigantesco desarrollado no se sabe dónde, en cualquier esfera apartada.

La obra tiene dos notas; dos notas eternas que suenan unidas: la blancura de las primeras purezas, de los corazones tiernos, y las espesas tinieblas de los primeros asesinatos, de las almas negras y crueles. Los espectáculos se suceden; son, ó todo luz, ó sombras todo. El artista ha creído que debía cimentar su obra sobre esa duplicidad de caracteres, y ha resultado que, en efecto, su talento se prestaba muy singularmente á representar las puras claridades del Edén, y las oscuridades del campo de batalla invadido por la noche y por la muerte; las blancuras de Gabriel y de María en los resplandores de la Anunciación, y los lívidos horrores, los sombríos relámpagos, la siniestra piedad infinita del Gólgota.

No puedo seguirle en su visión demasiado larga. Para soñar ese mundo, Gustavo Doré ha empleado solamente dos ó tres años, y el artista ha necesitado improvisar, al día, las mil escenas distintas del drama. Cada grabado es, lo repito, el sueño particular que ha tenido el artista después de haber leído un versículo de la *Biblia*; no puedo dar á esto más nombre que el de sueño, porque ese grabado no vive la vida que nosotros vivimos; es demasiado blanco ó demasiado negro; es el dibujo de una decoración teatral, tomada cuando la magia termina entre los resplandores brillantes de la apoteosis.

El improvisador ha trazado en las márgenes sus impresiones, fuera de toda realidad y de todo estudio, y su

prodigioso talento ha dado á ciertos dibujos una especie de existencia extraña, que no es vida, pero que, cuando menos, es movimiento.

Tengo todavía delante de los ojos el dibujo que se titula: *Acham lapidado*. Acham aparece tendido y con los brazos abiertos en el fondo de un barranco; las piernas y vientre están destrozados, magullados bajo enormes piedras; y del cielo oscuro, de las profundidades horrorosas del horizonte, llegan lentamente, una á una, en fila interminable, las aves carnívoras que van á disputarse las entrañas que las piedras han hecho relucir. Todo el talento de Gustavo Doré está en este grabado, que es una pesadilla maravillosamente concebida y puesta en relieve. Mencionaré también la página en que el *Arca*, detenida en la cima del monte Ararat, se proyecta sobre el claro horizonte en una enorme silueta, y aquélla otra página que representa á la hija de Jephté en medio de sus compañeras, llorando en una aurora dulce su juventud y sus hermosos amores, que no tendrá tiempo de gozar.

Debía yo mencionarlo todo, analizarlo todo, para hacerme entender mejor. La obra parte de las dulzuras del edén; su primer grito de dolor y de espanto es el diluvio; grito que es apaciguado muy pronto por la voz serena de los patriarcas, cuyas blancas hijas van á las fuentes con su dulce sonrisa y su tranquila virginidad. Viene después la extraña tierra de Egipto, con sus monumentos y sus horizontes; la historia de José y la de Moisés nos son presentadas con inusitado lujo de trajes y de arquitecturas, con toda la humildad infantil del hijo de Jacob y todos los horrores de las doce plagas y del paso del mar Rojo. Comienza entonces la historia ruda y conmovedora de aquella tierra de Judea, que ha bebido más sangre humana que agua llovediza: Sansón y Dalila, Da-

vid y Goliat, Judit y Holofores, los gigantes brutos y las mujeres crueles, los terrores de la traición y del asesinato. La leyenda de Elías es el primer rayo divino y profético que rompe esta noche sangrienta; vienen después los dulces cuentos de Tobías y de Esther, y aquel sollozo de dolor, aquel sollozo tan profundamente humano en su desaliento que lanza Job raspando sus llagas en el estiércol de su miseria. Alzarse después los vengadores, llena la boca de lamentaciones y de amenazas, esos vengadores de Dios, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Baruch, Daniel, Amós, sombrías figuras que dominan á Israel, maldiciendo de la humanidad corrompida y profetizando la redención del hombre.

La redención es ese idilio austero y dulce que va desde los resplandores de la Anunciación hasta las lágrimas del Calvario. Aquí aparecen el Pesebre, la huida á Egipto, Jesús en el templo predicando sus primeras verdades, Jesús en las bodas de Caná realizando su primer milagro. Esta segunda parte de la obra me gusta menos; el artista necesitaba combatir contra la vulgaridad de asuntos tratados por más de diez generaciones de pintores y de dibujantes, y no parece sino que se ha complacido, no sé por qué sentimiento, en amenguar su originalidad dándonos el Jesús, la Virgen María, los Apóstoles de todo el mundo. Su *mujer adúltera*, su *Herodías*, su *Transfiguración*, todas esas escenas y todos esos tipos conocidos aparecen ante nosotros como grabados antiguos que nos gustaron en la infancia, que volvemos á ver ahora, que reconocemos y acogemos con agrado. Doré no se ha emancipado lo bastante de la tradición. Cuando comienza el drama de la Cruz, torna el artista á sus grandes sombras, á sus negruras espantosas atravesadas por lívidos relámpagos. En el desenlace, el artista



presenta las visiones de San Juan, y hasta el sonido solemne y terrible de la trompeta del Juicio final, con lo que termina la obra, cuyo principio ha sido la gestación infinita de Jehová, llenando de luz el universo.

Tal es la obra. Creo que este rápido resumen basta para darla á conocer á los que están familiarizados con el talento de Gustavo Doré. Este talento consiste más principalmente en las condiciones pintorescas y dramáticas de la visión interna. El artista, en su intuición rápida, se apodera siempre del punto más interesante del drama, del carácter dominante, de las líneas sobre las cuales es conveniente insistir.

Esta especie de visión tiene á su servicio una mano hábil, que traduce con *valentía* y vigor el pensamiento del dibujante en el momento mismo en que ese pensamiento se formula. De aquí ese movimiento, ya cómico, ya trágico que presta animación á los grabados; de aquí ese hermoso contraste, esas bellas líneas que se salen del fondo, esa apariencia extraña y seductora de los dibujos, que se ahuecan y se agitan en una especie de peregrino ensueño lleno de grandeza.

De aquí también los defectos. El artista tiene solamente dos sueños: el sueño pálido y tierno que cubre el horizonte de nieblas, borra las figuras, atenúa las tintas, anega la realidad en las visiones de la semi-vigilia; ó el sueño pesadilla, todo negro con relámpagos blancos, la noche profunda iluminada por efímeros resplandores de luz eléctrica. En algunos momentos, ya lo he dicho, se creería asistir al quinto acto de una comedia de magia, cuando brilla la apoteosis con los resplandores de las luces de Bengala. Negro y blanco en tablas; un mundo de cartón, siniestro en sí, y animado por alucinaciones espantosas.

El efecto es terrible; los ojos quedan encantados ó se aterran, la imaginación queda conquistada; pero no aproximéis mucho el grabado á la vista, no lo estudiéis, porque veríais entonces que allí no hay sino perspectiva y novedad; que aquello se reduce á sombras y reflejos. Aquellos hombres no pueden vivir, porque no tienen huesos, ni músculos; aquellos paisajes y aquellos cielos no existen, porque solamente el sueño tiene esos horizontes peregrinos poblados de figuras fantásticas, esos países maravillosos cuyos árboles y cuyas rosas poseen, ora una majestuosa amplitud, ora un estrechez siniestra. *La loca de la casa* lo domina todo; ella es la bondadosa musa que con su varita mágica crea esos mundos que sueña el artista frente á los poemas.

Gustavo Doré ha sido, á no dudarlo, uno de los artistas más singularmente dotados de nuestra época; podía ser uno de los más vivos si se decidiese á recobrar fuerzas en el estudio de la naturaleza verdadera y potente; grande, más que todos sus sueños y con otro modo de grandeza.

Tal es la opinión de un realista acerca del idealista Gustavo Doré.

Tengo que tributar más elogios todavía. Otro artista ha tomado también parte en la ilustración de la Biblia, dibujando letras de adorno, ornamentos y flores de exquisita delicadeza. M. Giacomelli no es precisamente un desconocido; ha publicado en 1862 un estudio acerca de Raffet, en el que ha hablado con entusiasmo de este dibujante de una verdad tan original; posteriormente ha ilustrado de una manera primorosa una obra de M. de la Palma. Hay un contraste muy extraño entre la pureza del dibujo de Giacomelli y la línea calenturienta y tormentosa de Gustavo Doré. Los dibujos de Giacomelli

no son, ya lo sé, otra cosa que simples adornos; pero revelan un verdadero sentimiento artístico lleno de buen gusto y de gracia. Muy de veras celebraré yo verle hacer una obra aparte. El gran visionario, el improvisador que ha hablado la lengua de Dante, la de Cervantes, y la de Dios, le aplasta con la grandiosa tempestad de sus ensueños.

EMILIO ZOLA.



# FLORES IMPURAS

(TRADUCCIÓN DE FRANCISCO COPPÉE).



¡Hermoso día! En la calle  
Vi, claudicantes y trémulos,  
Con un ataúd de niño,  
Pasar dos sepultureros.

Llevábanlo como un fardo  
Cualquiera; sin ningún séquito:  
¡Ni un ramo, ni una corona  
Sobre el blanquecino lienzo!

¡Qué cuadro! Espantoso drama  
Soñé: sobre infame lecho  
De un hospital, la culpable  
Madre llorando y rugiendo,

Sin comprender que la muerte  
Evita mayores duelos  
Al lastimoso bastardo  
Que va al hoyo antes de tiempo.

De pronto, alegre mozuela,  
Agarrada á su cortejo,  
Con sus cintas y sus gasas  
Rozó el miserable féretro.

Cual suelen estas muchachas,  
Iba charlando y luciendo  
Labios demasiado rojos,  
Párpados sobrado negros;

Y en la diestra juguetona  
Un ramillete de esos  
Que en Abril, á cada esquina,  
Venden por algunos céntimos.

Al ver la fúnebre caja,  
Sus ojos se humedecieron,  
Y compasiva á su modo,  
Fué á dar sus flores al muerto.

Pero detuvo su mano  
Involuntario respeto;  
Cayó á tierra el ramillete;  
Pasó adelante el entierro.

Mujer que en el lodo vives,  
He visto bien lo que has hecho:  
Al mundo tu honrado escrúpulo  
Quisiera dar como ejemplo.

Alma encierras casta y digna  
En tu mancillado pecho:  
Para el párvulo inocente  
Juzgaste impuro tu obsequio.

El ramillete ofrecido  
Retiraste: hubiste miedo  
De que lastime á la madre  
Sospechoso ofrecimiento.

Hasta en la muerte respetas  
Á la infancia. Valen menos  
Muchas dudosas virtudes  
Que tu amargo y triste esfuerzo.

Y el niño, á quien tu alma púdica  
Negó un don de poco aprecio,  
Es, ¡pobre mujer!, un ángel  
Que tu perdón pide al cielo.

TEODORO LLORENTE.

# Sección Hispano-Ultramarina.



## LA DEMOCRACIA EN EUROPA

Y AMÉRICA.

### III.

LA democracia de los Estados Unidos es en no pocos puntos igual á la helvética. Forma republicana, federalismo, autónomos Estados particulares, soberanía nacional partida en dos, sistema representativo y no parlamentario, ni de *gabinete*; todo esto es común, y no hace el *referendum* excepción, aunque menos practicado por los anglo-americanos que por los suizos. Las diferencias al pronto más visibles entre una confederación y otra, son dos. Consiste una en el creciente carácter de superioridad que su participación directa en el Gobierno da al Senado, ó representación de los Estados anglo-americanos, sobre el otro cuerpo limitado á votar leyes, y sin intervenir por derecho propio en las resoluciones del poder ejecutivo jamás; mientras que el Consejo de los Estados ó alta Cámara en Suiza, tiene iguales facultades que la que puede llamarse baja, y su prestigio mengua cada día. La otra diferencia se cifra en la respectiva posición de los presidentes; pues la del de

los Estados Unidos, todo el mundo ve que no es, como la del de Suiza, insignificante. Repítense ambas entre la peculiar organización de los Estados y la de los cantones, con dos Cámaras y un poder ejecutivo unipersonal, armado del veto aquéllos, cuando éstos tienen Gobierno colegiado y Cámara única. Con su absorbente *referendum* y todo, no ofrece Suiza, por las diferencias dichas, mejor modelo democrático que los Estados Unidos. Dales su Senado á éstos un elemento de consistencia, que la democracia helvética, con su marcada tendencia al directo predominio popular, muy bien puede envidiarles. Cuanto á la mayor autoridad del Presidente, siempre ha de serle menos sensible la diferencia á Suiza, supuesto que entre los atributos cardinales de su Estado no aspira á poseer el de potencia exterior. La república anglo-americana, por el contrario, ni se ha amparado nunca de una neutralidad más ó menos forzosa, ni por sistema se habría obligado á guardarla jamás. Rehusaron desde el principio aquellos colonos altivos reducirse á la condición subalterna de los pueblos que, por falta de naturales fuerzas ó de organismo potente, siguen las sendas que otros abren en la Historia universal. Por eso la voz de Suiza sólo suena en defensa propia, mientras que la de los Estados Unidos siempre es oída, en los mensajes constitucionales de su Presidente, con alguna zozobra por parte de otras Naciones; y hasta aquellos de sus compatriotas malcontentos con el presente régimen, reconocen, por ejemplo, «que el derecho de ésta á proteger el Nuevo Mundo de las intrusiones del despotismo extranjero, se ha afirmado en los últimos años» (1). No prejuzgo lo que la diplomacia anglo-americana pueda intentar á veces, par-

(1) Palabras citadas en *The Government Year Book*, 1889.



tiendo de este derecho contestable ; consigno sólo que para pretenderlo no bastaría, de seguro, un poder ejecutivo al modo helvético.

Fuera de esto, que toca á la soberanía exterior, el buen ejercicio de la interior también tuvo gran parte en el hecho de que los constituyentes de Filadelfia pusiesen á su cabeza un Presidente con los atributos que detallaré después. Vese en todo que la Convención aquella se propuso, menos asegurar las libertades de los ciudadanos, sin duda porque las gozaban por hábito, que dar al federativo Estado base durable. Harto claro lo dicen los Ensayos publicados por Alejandro Hamilton, John Jay y James Madison en el *Federalist* (1), obra al principio periódica, reunida y clásica ahora, de que corren ya veinticinco ediciones, y constituye un *Comentario perpetuo* de aquella insigne obra constitucional. La Convención no redactó, en resumen, lo que en Francia y otras muchas partes se ha llamado luego una Constitución liberal, porque, fuera de desatar los lazos con la madre patria, de constituir federativamente un gran Estado con todas las condiciones de tal, y de procurar el mantenimiento de éste, nada puso en la suya que alterara la situación de los particulares Estados en sí ni la de sus habitantes. Y aquí conviene recordar que el *pueblo americano*, de que al tiempo de la Independencia se hablaba, lo era de Estados, que no de ciudadanos particulares, porque, fuera de aquéllos no poseían estos últimos valor alguno federal. En cambio, aunque en Filadelfia no se definieran ni decretaran los derechos individuales ó el *Self-government*, á nadie se le ocurrió que en las franquicias reconocidas

(1) *The Federalist a commentary on the Constitution of the United States, reprinted from the original text of Alexander Hamilton, John Jay and James Madison* : London, 1888.

por la *Common Law* inglesa cupiese la menor alteración. Por esta combinación de conceptos, nunca entendieron por *voluntad nacional* los padres de la Independencia la directamente popular, así como tampoco concibieron la igualdad de funciones entre las personas, por manera que el sufragio público, verbigracia, correspondiese á todo varón mayor de edad. Partiendo de hechos tales, pudo decirse con razón después, que de Filadelfia salió la Confederación con la menor cantidad posible de democracia. De aquí también que lord John Russell haya escrito en sus *Memorias* «que, así como posee Inglaterra una especie de monarquía republicana, pudieran los Estados Unidos titularse una república monárquica» (1). No hay que atribuirlo todo á la prudencia, aunque los primeros hombres de Estado de la nueva Nación la tuviesen grande: la casi declarada anarquía que amenazó en su cuna á la Confederación, paralelamente obligada á organizarse y defenderse de un formidable enemigo, da también razón, en mucha parte, del singular espíritu conservador que informó el trabajo de los constituyentes de Filadelfia.

Á todo esto, es claro que los Estados suizos, muchísimo antes que los anglo-americanos, poseyeron repúblicas, celebraron entre sí alianzas, conocieron y practicaron, según se ha visto, la absoluta democracia, motivos por los cuales he tenido que comenzar mi estudio por sus instituciones peculiares. Mas, hoy por hoy, los copiados no son ellos, sino los copistas, bien que no hayan aceptado las dobles Cámaras locales, ni la forma del poder ejecutivo de los anglo-americanos. Dos cosas de igual modo fundamentales han tomado de ellos, ya que esas

(1) COMTE JOHN RUSSELL : *Mémoires et Souvenirs*; 1813-1873. Traduit de l'anglais par Charles Bernard Derosne: Saint-Germain, 1876.

no: la primera, el actual Consejo de los Estados, con que han sustituido la Dieta antigua; la segunda, el sistema de representación igual de todo Estado ó cantón. Llévase esto en los Estados Unidos hasta el extremo de que gozan representación idéntica que los más antiguos Estados, los territorios ó países provisionalmente constituidos, no bien se elevan á aquella categoría. Y no hay ya que decir, por tanto, que una gran minoría de población, representada por cualquier mayoría de Estados, decide en la Confederación anglo-americana, como en la suiza, sobre toda cuestión común. Aun tratándose de enmiendas á la Constitución federal, obliga á mayor desproporción la anglo-americana, porque, no sólo pide mayoría de dos tercios en los votantes del Congreso, sino que exige la aprobación luego de tres cuartas partes de las Cámaras legislativas de los Estados, particulares. Mediante este método, el de Nevada, que en 1880 contaba sólo 62,266 habitantes, pesa tanto en la Confederación como New-York, que poseía 5.082,871 á la misma fecha. Difícil fuera investigar, en tanto, hasta qué punto haya influido en los progresos del *referendum* suizo el ejemplo de la Constitución francesa de 1793; pues, bien que las ideas alemanas preponderen allí hoy, así en la enseñanza como en la ciencia, los principios políticos de la Revolución francesa, siempre han informado, según ya he expuesto, sus reformas políticas; pero lo que de cierto se sabe es que tiene origen propio el *referendum* en los Estados Unidos. Ejercitáronlo allí, cual en toda corta población rural, los primeros colonos; y no tuvo que ser esta de las cosas que imitaran de Inglaterra, aunque, con el nombre de *Local-option*, exista en ella ahora parecida institución, que, como su denominación indica, aplícase á asuntos de policía local. De todas suertes, está el *referendum* en uso en

ambas Confederaciones, aunque no sólo con más extensión, sino con mucha mayor fe entre los suizos que entre los anglo-americanos. No acuden á él sus Estados particulares, sino cuando se trata de cuestiones constitucionales y algunas otras especialísimas, siendo obligatorio en las primeras, y facultativo para las demás. Pero más generalmente lo convocan las Cámaras locales, sin otro objeto que echar de sí la responsabilidad de asuntos arduos ó con exceso controvertidos. Así nos lo dice el insigne historiador y publicista, catedrático á la par de Oxford, James Bryce, en su magistral y reciente obra sobre los Estados Unidos (1).

Inclínase éste á que esa directa intervención popular en las cuestiones constitucionales es un elemento conservador, por cuanto hace más larga y complicada la tramitación de las enmiendas ó reformas, lo cual entra en la teoría democrática, que podríamos titular obstrucciones útiles, casi recomendadas al pueblo sobre un edificio público de Zurich. El caso es que, más veces aún que en Suiza, según parece, responde que *no* el *referendum* á lo que se le pregunta. No diré que convenga esto tanto á las mujeres como á los hombres, porque nada menos que cuatro ó cinco de las enmiendas constitucionales desechadas por el *referendum* les concedían el sufragio; reforma que, después de triunfar en los cuerpos legislativos locales, hasta aquí ha sucumbido ante el voto masculino universal. Verdad es que el sumo intérprete de la Constitución, ó sea el Tribunal federal, se opone asimismo á los deseos del sexo, realmente bello en su generalidad, de los Estados Unidos, fundándose en que, si bien posee, como quienquiera, todos los derechos naturales

(1) *The American Commonwealth*, by JAMES BRYCE: London, 1888.

ó individuales, ser ciudadano de los Estados Unidos y elector, son cosas que en derecho nada tienen que ver. Por donde consta cuánta fuerza conserva allí aún el antiguo derecho constituido. Para el bien enterado escritor que últimamente he citado, el *referendum* es menos peligroso de todos modos en los Estados Unidos, que pudiera serlo en otras muchas partes, con excepción, sin duda, de Suiza, mediante la mayor instrucción y facilidad de recursos con que vivir que en ambos países reina entre los habitantes, aunque en el uno prepondere la medianía de las fortunas, y exista sobre esto en el otro una suma desigualdad. No llega su preferencia por el *referendum* hasta el punto que pretenda Bryce que leyes votadas sin previa discusión, ante los electores, cuando se refieren á asuntos que pocos entienden, ofrezcan probabilidad alguna de ser excelentes. No: por más que admire poco á las actuales Cámaras legislativas de los Estados, apresúrase á decir que si suelen ser ellas ignorantes, lo son de cierto más, con su relativa instrucción y todo, las turbas electorales anglo-americanas. Mas como ninguna lucha ha costado en el ínterin el *referendum* á los ciudadanos de los Estados Unidos, su ejercicio no significa allí, cual en Suiza, revolucionarias victorias. Hácelo esto menos controvertido, más natural ó normal, y no legislando al propio tiempo sino en lo peculiar de los Estados, bajo ningún concepto parece tan ocasionado á excesos como el de Suiza.

Por de contado, que en esto ya se observa, cual en todo, que la repugnancia á la democratización del país de los legisladores de Filadelfia se ha modificado profundamente durante los últimos cincuenta años. Aunque permanezca la Constitución federal casi íntegra, dentro de ella han hecho los Estados particulares una revolu-

ción legal en sentido democrático; revolución decididamente inspirada por las ideas francesas, tan poco simpáticas en el fondo á sus progenitores. Verdad es que, desde sus primeras reformas constitucionales, iniciaron la empresa los Estados, encabezándolas á veces con declaraciones de derechos, antes informadas por los principios de 1789 que por el *bill* de derechos inglés. Pero eran aquéllos entonces superficiales alardes, cual se prueba por los muchos años que ha tardado en penetrar después formalmente dicha tendencia, que hoy da lugar al falseamiento práctico del concepto del Estado con que la independencia se estableció. Las elecciones, por ejemplo, al tiempo de ella, estaban, y han continuado largo tiempo, en manos de los que poseían algo, no de los que nada tenían que perder, y de los ignorantes, sin que esto empeciese á la esencia del régimen republicano, ni aun del democrático, según la opinión de los legisladores de Filadelfia, como tampoco en sentir del gran jurista y publicista inglés lord Brougham (1). Hoy ya el sufragio universal impera generalmente, y á los partidos anglo-americanos, de que hablaré luego, les va mejor con él que con el propio *referendum*, porque éste no toca á la elección de personas, que es su fuerte. Lo que en el conjunto de las instituciones anglo-americanas contraría aún el despotismo del número, es la complicada graduación por donde los negocios ascienden desde abajo á arriba, ó sea del pueblo al Gobierno, sobre todo si se trata del supremo federal. Algunos que toman origen en cualquier municipio, villa ó ciudad, nunca sin cierta autonomía, suelen tener que proseguir su camino á través del condado y de las dos Cámaras legislativas de cada Estado,

(1) LORD BROUGHAM: *De la Démocratie et des Gouvernements mixtes*: Traduit de l'anglais par Louis Regis: París, 1872.

hasta llegar á veces á los dos federales y al Presidente, camino larguísimo, en que la precipitación y el violento empuje del número no pueden menos de ir rebajando su impulso. Y aquí tenemos de nuevo la dificultad del movimiento, la *obstrucción*, como interesantísimo elemento conservador en las democracias reinantes. Aunque el doble municipio americano todavía conserve en su espíritu algo de aquel principio de la *Common Law*, de que ninguna personalidad jurídica ó cuerpo moral puede vivir sin participar en cierta medida de la soberanía, no iguala, por supuesto, ni con mucho, al suizo, como elemento de poder público, pues al fin está sujeto á la reglamentación arbitraria de sus Estados respectivos. Los condados son, por su parte, ó ciudades populosas, ó conjunto de medianas y pequeñas poblaciones agrupadas, y no alcanzan importancia grande; pero de todas suertes constituyen generalmente un trámite más. Los Estados, como tales, son los que disfrutan tanta y más autonomía que sus semejantes de Suiza, y con sus intereses diversos, y á veces encontrados, pudieran oponer altos diques á la desbordada corriente popular, si no fuese porque, como se verá luego, vienen ellos mismos á parar al cabo en otro poder, que es el de los partidos.

Por lo demás, después del movimiento reformista de que hablé antes, el parecido de las constituciones de los Estados es extremo. Las tres maneras de gobernarse que al tiempo de la independencia poseían, según el distinto origen de cada colonización, hanse ido asimilando, y además posee cada Estado ahora, como antes, un Gobernador, en quien reside el poder ejecutivo, con la prerrogativa del veto suspensivo, y un poder legislativo de dos Cámaras, con sola una excepción recientísima. El convencimiento de que este poder debe estar en dos, ha per-

sistido de suerte, que, allí donde se ha suprimido una de las Cámaras con pretexto de democratizar más el régimen, se ha vuelto hasta ahora á restablecer, y otro tanto sucederá probablemente en adelante. Añádase que los jefes del poder ejecutivo en los Estados, los jueces mismos, en la gran mayoría de ellos, y todos los funcionarios, son directamente elegidos por el pueblo, cuando en Suiza no lo son siempre, ni las corporaciones todas que desempeñan el poder ejecutivo, y se formará idea clara de la estructura constitucional de las semi-independientes repúblicas, por encima de las cuales representa á la Nación entera el sistema federal. Mas si no he de abandonar mis ordinarias comparaciones, quédame que decir que lo mismo que el poder federal, encuentro mejor constituido que en Suiza el de los Estados, en la Unión anglo-americana, porque el nombramiento del poder ejecutivo por las Asambleas mismas, con cuyo concurso administran, paréceme el menos perfecto de todos; y fuera ocioso añadir que dos Cámaras legislativas son también, á mi juicio, indispensables. En cambio, no ha admitido Suiza nunca el nombramiento de la magistratura por el pueblo, como no lo admitió la Convención de Filadelfia tampoco para su constitución federal; y débese, sin duda, á eso que todos los tribunales en la Confederación europea y los puramente federales en la americana permanezcan libres de descrédito.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.



## DE LA LITERATURA MALLORQUINA EN 1889

---

CADA vez que me propongo exponer ó—usando de una frase moderna—reflejar la producción literaria de Mallorca, indefectiblemente me acuerdo de una curiosa novela rusa, titulada *Oblomoff*. El *oblomovismo*, esa pereza eslava ó como tedio de la estepa plomiza y uniforme, saltando por encima de razas y de fronteras, viene á encontrar su parentesco en la somnolencia semi-árabe del carácter mallorquín. Aquí se cierran los ojos, adormecidos, no por la monotonía de las grandes superficies desiertas, sino por el parpadeo fatigoso de nuestra luz implacable, que se descompone en el prisma de una naturaleza variada y polícroma. Todos los excesos perjudican igualmente. El cielo brumoso y oscuro enturbia las imágenes y es como una falsa noche continua que infunde en el espíritu un sueño imperceptible, pero tenaz. El sol ardiente del mediodía deslumbra muchas veces, y no pocas consigue la acción narcótica de los puntos luminosos. El artista mallorquín, abstraído en la contemplación de esta naturaleza florida y perennemente hermosa, da rienda suelta á su «perezoso ima-

ginar», aunque en raras ocasiones logra esa inhibición absoluta del mundo exterior, esa concentración total del esfuerzo necesaria para sentir de nuevo y con intensidad sus emociones.

Sugíereme tales ideas la desaparición, acontecida durante el último año, de la revista *Museo Balear*, publicación que ha recogido y circulado en sus páginas, todo el caudal literario—en su acepción más lata—que salía de las inteligencias insulares: historia, metafísica, lulismo, crítica, poesía y literatura propiamente tal. Resentíase, sin embargo, el *Museo* de falta de interés inmediato. Los trabajos que publicó, casi en su mayor parte no versaban sobre los puntos y los aspectos que impone á la verdadera revista la evolución incesante de las ideas.—Insertó notables artículos históricos de D. José María Quadrado; trabajos numismáticos de D. Álvaro Campaner; estudios filológicos de D. Tomás Forteza; novelitas mallorquinas (por el lenguaje ó por el asunto) de D. Antonio Frates y de D. Pedro de Alcántara Peña; exposiciones de doctrina científica de D. José Monlau; artículos y disertaciones académicas de D. José Luis Pons; refundiciones de los más conocidos dramas shakespeareanos del mismo Sr. Quadrado; artículos ó cuentos y poesías de muchos de los indicados y de toda la generación más joven, desde las más inspiradas composiciones de Miguel Costa, hasta las más ingeniosas y sustanciales de Juan Alcover. Pero esta misma variedad de asuntos y de materias no hacía más que darle el carácter de extensa miscelánea. Raras veces asomaban en sus páginas los chispazos dispersos de la fragua donde se forja el hierro candente de la novedad intelectual. Tenía más de la estantería donde se ordenan y exhiben objetos ya labrados, aunque con frecuencia añejos. Diríase que

los números del *Museo Balear*, dentro de la segunda mitad de este siglo, carecen de fecha. Desde sus apartadas estancias no se perciben los gritos de la lucha, ni en sus hojas se advierte el violento latido de la arteria que conduce el jugo vital recién elaborado.

Durante la segunda época de su publicación (1884-89), se ha desarrollado en España la gran controversia literaria sobre el naturalismo. Causará extrañeza si afirmo que esta pelea no ha tenido un solo eco, que nadie ha entrado en la liza, que nadie ha combatido directa ó indirectamente la nueva doctrina, ni siquiera la ha extractado. Durante el mismo tiempo se ha enardecido la cruzada catalanista. La tendencia regional expresada en todas sus fases por la poesía inmediatamente de la restauración del habla catalana (en la cual fueron de los primeros y de los más afortunados muchos mallorquines, Aguiló, Rosselló, Pons, Amer), ha pasado desde las formas caóticas del sentimiento poético á conglomerarse alrededor de núcleos filosóficos tomando las formas definidas del sistema.

Desde las manos del vate ha pasado la señera regional á las del publicista, del sociólogo y del orador. Lo que no fué más que un suspiro romántico, más que un adiós lacrimoso al viejo ensueño desvanecido, se convirtió luego en grito de reconquista, apareciendo el regionalismo, el particularismo y hasta el filibusterismo. Hay que ser consecuentes, y reconocer que de aquellos polvos nacen estos lodos. Hay que ser lógicos, y no asustarse aturdidamente de la planta social que sembró aquella semilla literaria. Hay, por último, que ser imparciales, y notar que estas escuelas, pacatas y tímidas las unas, prudentes las otras, exageradas y ultra-hiperbólicas la mayor parte, tienen, si así puede decirse, un máximo

:

común divisor en que todas concurren y se interceptan. Á depurar este común divisor y este fondo general de verdades y de reivindicaciones necesarias debieron dirigirse los comunes esfuerzos. Y el renacimiento mallorquín, casi unánimemente partidario de la unidad de la lengua catalana según la pedía el amenísimo D. Juan Valera desde estas mismas hojas, ha vuelto las espaldas á la cuestión, encerrándose en el silencio y en su lirismo platónico, que á estas horas ha perdido todos los encantos de la novedad, si no se convierte, como creo, en mera convención retórica.



No hay, pues, en Mallorca regionalismo militante de ninguna especie. Por más doloroso que sea confesarlo, los hechos son inflexibles y no se esconden. Mallorca, si ya no ha llegado, camina rápidamente á una absorción total de su fisonomía histórica y etnográfica, no en la resultante de la unidad nacional, que en ella noblemente fundida y hasta absorbida estuvo siempre, sino en el uniformismo más igualitario y geométrico. Las personas de mejor inteligencia, y hasta muchos escritores, consideran aquí casi como un delito de traición el discutir la legitimidad real de las más leves imposiciones administrativas. Parece que viven sugestionados por la influencia centrípeta, ó que respiran el aire de toda suerte de preocupaciones burocráticas. Cierta ejemplo que no falta en ningún tratado de química, nos habla de la *gruta del perro* y del *valle de la muerte*, donde una capa de ácido carbónico extiende su acción letal hasta determinada al-

tura. Dentro de esta capa, la asfixia y hasta la muerte; fuera de ella, el aire puro, la agilidad, la lucidez. Del mismo modo se extiende sobre las inteligencias la atmósfera del prejuicio. Casi toda la actividad intelectual de Mallorca se consume en las luchas de la política al uso ó en el bufete del abogado, que más que profesiones ligadas parecen inseparables. Á muchos talentos dignos de no tener su criterio enajenado á esta política casera, los vemos convertidos en otros tantos girasoles vueltos constantemente de cara á los rayos del favor central, del que todo lo aguardan. Devóranse con sin igual avidez periódicos y discursos, chascarrillos y ocurrencias de personajes agrandados por los espejismos de la distancia y por las ampliaciones de la prensa de partido, inmensa lente puesta sobre la pequeñez del infusorio. De esta admiración sin límites se origina un vicio funesto y casi inconsciente: el menosprecio de la vida local y la tendencia de estos talentos débiles á volar hacia el centro como leves partículas de acero atraídas por la punta imantada. El procedimiento que forma las oligarquías de la gran capital no es siempre una selección certera y justa. Hay hombres que no sirven para la lucha; hombres de mérito que no encuentran jamás el primer peldaño para encaramarse, y que, irradiando su luz sobre la comarca en que ahora vegetan tristemente, podrían fertilizarla y embellecerla en todos sentidos, si muchas veces no se creyesen desterrados en su propia casa y bajo su propio techo.

Considérase la provincia ó el territorio como algo secundario que no tiene valor por sí mismo, y la máquina gubernamental como objeto y no como instrumento de la vida toda de la nación. Vano es decir á los que respiran dentro de esta atmósfera que la tendencia regional moderna no es una planta nacida al calor de los antojos

de cualquier comarca, sino un movimiento iniciado por los estudios positivos de la ciencia política, por el examen inductivo del cuerpo nacional contra las concepciones abstractas y *a priori* de los pensadores geómetras que han trazado nuestras constituciones rectilíneas; que estas constituciones, en el afán de una artificiosa simetría, no respetan el natural *polimorfismo* de la nacionalidad, que á menudo prescinden de entidades realísimas y casi palpables (el carácter de raza, la lengua, la legislación, la costumbre, el clima) para hacer divisiones arbitrarias, y que así en la fisiología humana como en la nacional no se puede suprimir ó mutilar ninguno de los órganos esenciales sin graves trastornos en su economía. En suma: que la variedad es la ley de la naturaleza, y que las variedades existentes y los hechos específicos se subordinan *naturalmente* á una unidad superior, como las diversas ramas de un árbol se unifican en el tronco robusto; no como el tronco privado ciegamente de sus ramas, llenas de lozanía y de savia interna, y reducido á la sequedad del mástil. Pues bien: exponed tales razones, ligerísimo y superficial compendio de las muchas que pueden comprobarse experimentalmente; repetídselas á los que se compadecen bien con todo lo establecido, que respiran en la *gruta del perro*, que viven influidos por la atmósfera del prejuicio político ú oficinista, y os oirán, ó con desdén ó con la indignación patriótica de D. Pelayo en las montañas de Asturias. Ante esa revisión mental de las modernas constituciones, los veréis más prontos á batirse por una abstracción ó por una vaguedad, que por un pedazo del territorio, y se comprenderá que dentro del ideologismo templado de esta época alientan todavía los soñadores de repúblicas platónicas y de ciudades del Sol, de Icarías y de falansterios, que falsean la naturaleza y la so-

meten al encasillado previo de sus teoremas ó de sus rutinas como á un verdadero lecho de Procusto.

En esa corriente extrema y viciosa se precipita el común de las inteligencias mallorquinas, con grave daño de todos los intereses y de todos los órdenes. Faltando el sentimiento particular y distintivo dentro de la madre patria, falta la emulación de sus hijos para mejor honrarla y enaltecerla. La gloria ó el esplendor de una nación no es cosa indivisible de por sí; es, tan sólo, la suma de los esfuerzos particulares y hasta individuales que á ella concurren. En este sentido debieron luchar los redactores del *Museo* contra la obra de la política desnaturalizadora ó escéptica, contrarrestando su acción archiuniformista y de imitación del centro, que conduce á la esterilidad y á la insignificancia. Ahora ya resultaría difícil, pues no habiendo explotado los filones recién alumbrados, han perdido las letras mallorquinas mucha parte de la atención pública, distraída por los que de hecho dirigen el país. Conservan hoy escasa influencia social para impedir que los caracteres diferenciales de su pueblo se sumerjan para siempre, no en un espíritu colectivo debidamente ponderado, sino en cualquier hegemonía que se proponga absorberlos ó destruirlos.

\* \* \*

Resulta sensible, sin embargo, bajo el aspecto artístico, la desaparición del *Museo Balear*, ya que cuando menos conservaban las tradiciones literarias y cierto colorido locales, dando puesto holgado á la nativa lengua catalana. Hoy sólo persevera en este cultivo y en el de las

costumbres locales el semanario *La Roqueta*, escrito en dialecto mallorquín, que reapareció en Agosto último, Empero, su carácter festivo y popular reduce considerablemente su esfera de acción. Y pasando á dar cuenta bibliográfica de las publicaciones aparecidas durante el año pasado, mencionaremos en primer lugar el estudio sobre *Fray Luis de Granada* (1), debido al joven erudito D. José Ignacio Valentí. Se había dado á conocer por diferentes artículos de biografía, tales como *El Abate Moigno* y *Fray Juan Pérez de Marchena*, sorprendiendo á todos sus lectores con la copiosa erudición ascética, patológica y escrituraria que demostró. El libro indicado no desmerece de aquellas condiciones. Contiene la vida del excelso autor del *Símbolo de la Fe*, un juicio de sus principales obras, insertándose bien elegidos fragmentos, y después la opinión de los escritores más famosos que se han ocupado de aquel príncipe de las letras sagradas. El libro en su conjunto resulta como el entusiasta epinicio de una admiración ardiente y devota. Á pesar de estas condiciones, ya se ha tenido ocasión de manifestar al Sr. Valentí que su última obra, con ser muy apreciable, no trae ni para la investigación ni para la crítica ningún punto de vista nuevo. Fray Luis de Granada es de nuestros autores ascéticos tal vez el más conocido. Infinidad de asuntos oscuros de nuestra historia literaria puede recoger el Sr. Valentí aplicando su laboriosidad á rastrear en el almacén de lo inédito. Con esto, y con dar á su estilo la soltura de que le priva su extremoso pulimento arcáico en mengua de la natural *porosidad* de la frase, se reconocerá que es un escritor útil y de valía, como ya se reconocen ahora sus buenas aptitudes.

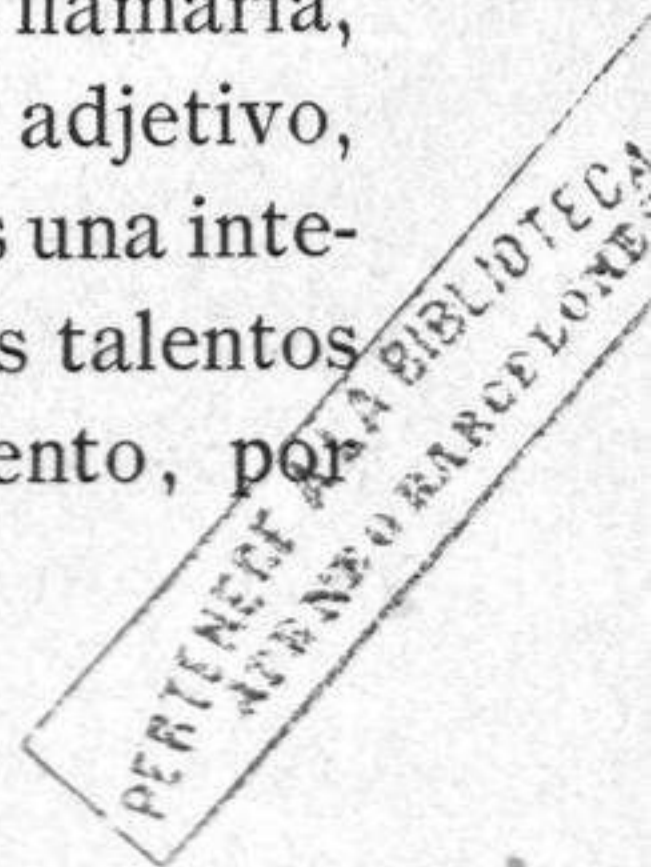
(1) Palma, Imprenta de Gelabert.



Al principio del año apareció también un volumen titulado *Episodios de antaño*, nombre bajo el cual reúne diferentes narraciones de sucesos de la historia ó de la tradición mallorquina. D. Juan Luis Oliver, padre del que esto escribe. Al mismo tiempo han seguido repartiéndose entregas de la obra de S. A. R. é I. el archiduque de Austria Luis Salvador sobre estas islas, correspondiente al tomo de las *Pithiusas*. Dicha obra, riquísima en estadísticas variadas é interesantes, se publica traducida al castellano y bajo la dirección de D. Francisco Manuel de los Herreros, de esclarecido parentesco literario que no desmiente con sus obras. Hanse publicado asimismo, aunque con lentitud suma, cuadernos de la colección de *Obras completas de Ramón Lull*, que edita el poeta y bibliófilo D. Jerónimo Roselló, y que está destinada á ocupar un honroso espacio en las bibliotecas sabias. Y, por último, han aparecido tres obras de singular importancia, que en absoluto pueden honrar el movimiento literario de cualquier población. Son ellas los capítulos que ha escrito D. José María Quadrado para el tomo de *Las Baleares* (1) de la obra *España; Dios y el Cosmos* (2), por D. Miguel Amer, y la *Antología de poetas italianos traducidos en verso castellano* (3), de don Juan Luis Estelrich; histórica la primera, filosófica la segunda, y exclusivamente literaria la tercera.

No hay que repetir aquí los méritos del que llamaría, si la pródiga alabanza no hubiese gastado este adjetivo, ilustre continuador del *Discurso* de Bossuet. Es una inteligencia superior que descuella sobre todos los talentos mallorquines por la profundidad de su pensamiento, por

- (1) Barcelona, Daniel Cortezo y C.<sup>2</sup>
- (2) Palma, Tipografía Católica balear.
- (3) Palma, Escuela Tipográfica provincial.



la robustez de su ciencia, por la abundancia, por el vigor. Su vida se ha gastado en múltiples y heterogéneos trabajos. Es de los que en España pueden ostentar legítimamente el título de publicistas. De las más altas lucubraciones políticas y religiosas, al modesto artículo de investigación paleográfica, todo lo ha abordado su pluma con igual intrepidez. Hasta los que más abiertamente difieren de sus doctrinas fundamentales encuentran hondo deleite en sus obras, por las perspectivas secundarias, las ideas parciales y el esfuerzo intelectual que las ha producido. Historiador de la escuela providencialista, lo mismo sigue audazmente el vuelo del Águila de Meaux, cerniéndose sobre las cumbres de la historia humana, que describe las disensiones intestinas de Mallorca durante la Edad Media por modo íntimo, desmenuzado y casi experimental. La parte histórica del antiguo tomo de Piferrer sobre Mallorca quedó suspendida en la muerte de Jaime III. Y el Sr. Quadrado la continúa hasta el arreglo de Nueva Planta. No por el gusto de repetirme, sino por la necesidad de no imitarme, será permitido poner á continuación algo de lo que tengo dicho en otra parte acerca de esta obra, la cual resulta de un mérito evidente. No sólo ha tenido que acudir su autor á arrancar gran parte de los materiales en la mina de archivos, documentos, noticiarios, cronicones y libros de actas de toda especie, sino que después ha debido combinarlos artísticamente, y fundirlos en el molde de la imaginación histórica para dar el trasunto de la vida pasada tal como se vivió en la realidad. Nada nuevo cabe decir de su estilo. Es el de siempre; conciso, fibroso, sin oropel ni postizos, pero de una precisión desesperante, con frases sobrias caldeadas al rojo de la inspiración, con noticias y pormenores que satisfacen todas las curiosidades del lector.

Hace ya medio siglo que en la historia de *Forenses y Ciudadanos* entrevió el Sr. Quadrado un método diferente, hoy reducido á sistema. Sin conocer los estudios históricos de Macaulay, y sin haber escrito los suyos Taine y tantos otros modernos, aplicó intuitivamente un criterio inductivo y, como se diría ahora, de experimentación, logrando mayor efecto y mayor parsimonia por ser en él espontáneo. En la forma le queda todavía el manto regio de la severa Clío, pero busca en el fondo la médula de los asuntos, las causas primordiales y las pasiones de los hombres combinándose en la gran tragi-comedia, no la mera relación de las batallas ni el árido recuento de las cronologías.

La aparición de *Dios y el Cosmos* del Sr. Amer fué una sorpresa, no para los amigos del distinguido médico, pero sí para el público. Revelóse con este libro un talento fino, un hombre de vastos y modernos conocimientos, y sobre todo un escritor pulcro, ameno y con frecuencia elocuente. Su obra es de popularización científica y de propaganda religiosa. Viene á ser algo como el antípoda de *Fuerza y Materia* de Büchner, recopilación y exposición de los principales argumentos científicos sobre la sujeción de la materia á una fuerza superior que la rige, así en las regiones siderales como en las telúricas, así en el mundo mineral como en el orgánico. En muchas de sus páginas, el estilo del Sr. Amer cobra un brío y, si así puede decirse, una interior vibración que domina el interés de los lectores. Esto en cuanto á las condiciones literarias. Las condiciones científicas del libro no son de este lugar ni de mi competencia, cuando menos para juzgarlas.

Réstame hablar de la *Antología* de poetas italianos publicada por el Sr. Estelrich. De ella ha escrito extensamente D. Juan Valera en *El Imparcial*. Los lectores

del popular diario saborearían, sin duda, el artículo, y se formarían idea de esta obra sumamente interesante para todos. Nadie desconoce la influencia italiana en nuestra literatura. Por su conducto nos llegó el Renacimiento. En su molde se fundió el endecasílabo actual, rey de la moderna versificación castellana, que arrancó la primacía á las formas indígenas de arte menor. Buena parte de nuestro lirismo refleja el lirismo italiano, y por todo ello resulta de gran utilidad haber reducido á un volumen el proceso histórico de esta influencia, bien aparezca en traducciones y paráfrasis, bien en la imitación. Hasta los autores más recientes y menos populares en España, como Leopardi, dejaron su huella indeleble en poetas como Nicasio Gallego. Y de esos autores más modernos casi da una traducción completa la *Antología*. Del mísero poeta de Recanati, el de mayor interés actual, figuran sus más célebres piezas, la oda á *Italia*, las *Rimembranze*, *Palinodia*, *Amore è Morte*, *La Ginesta*, *Il pensiero dominante*...., todas las acerbias resinas que destiló el sombrío árbol de su tristeza. De Carducci no ha sido posible presentar igual abundancia. Sin duda la versificación exclusivamente prosódica de las *Odas bárbaras* no se presta á la traducción, por cuya trama se evapora el hálito interior del verso. Aparecen, sin embargo, en el libro felices muestras características, siendo, en suma, la *Antología* un libro de gran utilidad literaria, muy variado, muy ameno y con un prólogo de su autor donosamente escrito.

Y después de hablar de las abejas que han elaborado los panales de la poesía, mencionemos, para terminar, las hormigas perseverantes de la erudición que acarrean al *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana* continuos materiales para la historia. Esta revista es una

excepción á la regla general de la negligencia y de la desnaturalización indiferente. Defiende los monumentos amenazados, los recuerdos artísticos, las costumbres pintorescas y tradicionales. Sus redactores más asiduos, los Sres. Ferrá, Llabrés y Aguiló (D. Estanislao), trabajan con una abnegación que merece todos los elogios, y tanto más noble, cuanto no acierta á comprenderla el escepticismo actual. El mismo Sr. Aguiló acaba de publicar en dicho periódico una interesante colección de las *Leyes suntuarias* de Mallorca, preñadas de detalles minuciosos; el Sr. Ferrá, además de sus escritos técnicos, desde el ejercicio de la profesión arquitectónica restaura antiguas construcciones, y procura un renacimiento de las formas mallorquinas; el Sr. Llabrés publica antiguas obras catalanas desconocidas ó inéditas, y los tres, dentro de su especialidad limitada, contribuyen valerosamente á que no se consume en Mallorca la abdicación definitiva de su personalidad.

MIGUEL S. OLIVER.



# EL MODERNO ANTICRISTO

(ERNESTO RENÁN.)



## INTRODUCCIÓN.

**L**A agitación febril de los hombres en el incruento combate de las *ideas libres*: el confuso clamoreo levantado por revistas, libros y periódicos; los torrentes devastadores de sistemas tan opuestos y contrarios; esos rumores de batalla y golpes de martillo, en el taller del pensamiento y en el campo del saber.... todo hace que el espectador del movimiento del mundo vuelva los ojos hacia la fragua gigantesca en donde se forjan los rayos entre el rodar de los truenos. Éstos son los días que anunciaba Donoso Cortés: días en que luchan las ideas como los ejércitos de Dios y del Anticristo dibujados en el *Apocalipsis*; días en que sólo cabe elegir á Barrabás ó á Jesús. Hasta la glacial indiferencia que cubre á tantas almas como velo sepulcral, es fúnebre trofeo del ángel rebelde de la discordia. Y de entre el fragor del revuelto combate, y contemplando el número de los cadáveres y heridos, surge un grito inmenso, agudo y vibrante: « ¡Las muchedumbres pervertidas y obcecadas se despeñan en el abismo! ¡Hay falta de creencias salvadoras!» Los que no creen en Dios y le maldicen, los que

dudan de Él y le injurian; los que creen en Él y le desnaturalizan; los que aparentan adorarle y le escarnecen, y los que le adoran en espíritu y en verdad...., todos se lamentan de los crímenes perpetrados en el fango de las sociedades modernas, de que las muchedumbres se *racionalizen* y vayan haciéndose incrédulas, filósofas y batalladoras.

Entre las *impietades lloronas y sabias* que desde el año 60 han recrudecido ese combate—ya iniciado en las tres pasadas centurias—y sembrado entre flores retóricas y en almibarado estilo la ponzoña de la incredulidad y de la incertidumbre, de la independencia y absoluta autonomía, se destaca arrogante, sobre pedestal de ruinas, la figura nada simpática de Mr. José Ernesto Renán, miembro del Instituto de París, profesor en el Colegio de Francia y caballero de la Legión de Honor. Desde la citada fecha, yo no conozco á ningún filósofo que haya corrompido, y por modo tan poco visible, á tantas almas jóvenes. ¡Renán! Este hombre que vive hoy en París, no es un hombre solo, es una legión, como de Voltaire dijo nuestro insigne Menéndez y Pelayo. Ni Vacherot, ni Taine, ni Jacolliot, ni otros ministros de Satanás, que en las diversas manifestaciones del pensamiento andan por esos mundos propinando las doctrinas corruptoras del cuerpo y del alma, han igualado á Renán. Y no es porque Renán haya formado verdadera escuela, pues sólo ha conseguido *hacer indiferentistas*; sino porque, así como Voltaire en el siglo pasado, ha obtenido la primacía sobre todos con un resorte admirable que franquea los corazones: con el estilo. Sí; estilista idolatrado por muchos, orientalista famoso, desesperado militante, *enfant terrible* entre los *enfants terribles*, antípoda de los Evangelios y del Divino Redentor, ha deshojado una por una las



confortadoras creencias de la humanidad y las risueñas esperanzas de las almas puras, en libros novelescos, leídos con entusiasmo y frenesí por una multitud ó idiota ó vacilante. Verdadero falsificador de la historia, imagen acabadísima del apóstata Juliano y de Settembrini, moderno Anticristo en el combate universal,—para quien Dios puede ser Abel ó Caín, Sócrates ó Anito, Nerón ó Marco Aurelio,—ha fingido adorar al Redentor del mundo yendo á sorprenderle en los mismos brazos de la Cruz, allá en los lugares más santos de la tierra; repitiendo en la mejilla del Dios-Hombre la cruel bofetada del soldado de Caifás y el beso traidor é infame de Judas.

En 1860 á 1861 recorrió toda la Fenicia, Jerusalén y Galilea; ganó la cumbre del Gazhir en el monte Líbano; y bajo el techo de la cabaña de un maronita, inició la tarea formidable que este año verá rematada, en una obra, compendio de sus esfuerzos, descanso de sus fatigas y corona de sus triunfos, entonando á guisa de himno eucarístico el *Nunc dimittis*, etc., del viejo Simeón.

Refutados están sus *pamphlets*; execrada está su memoria; y para los que creen en la autoridad de los Libros Santos y en las plegarias y súplicas, en la divinidad de Jesús y su fundación, en los milagros y en el orden supra-sensible, y aun para muchos librepensadores, el nombre de Renán es hoy un sambenito. Para todos los que busquen el origen de esta anarquía de las inteligencias, Renán es una fatalísima concausa de la perturbación y corrupción sociales.

Recojan otros las bellezas literarias esparcidas en las obras de Ernesto; admírese en él al gran orientalista, al escritor fecundo y al estilista *admirable*. Yo sólo recogeré las espinas, y me fijaré únicamente en el Renán crítico, en el Renán filósofo, y, para decirlo de una vez, en

el Renán anticristiano. Voy á someter al análisis toda la crítica filosófico-religiosa del sabio por antonomasia; la autoridad de que goza me importa poco, porque hoy la autoridad nada significa; la razón es la que impera. Aunque ignorado y humilde, tengo, para proceder así, el derecho que me dan la libertad omnímoda de los tiempos presentes, y la defensa justa de los insultos y de las blasfemias que Renán lanzó contra lo más sagrado que mi corazón adora.

¡Lleguen en alas de LA ESPAÑA MODERNA á los ojos de Renán, nada amante de los españoles, estas deslucidas páginas de un estudiante español (1).

(1) Si hemos de creer en la biografía universal, Renán nació el 27 de Febrero de 1823 en el departamento de Côtes-du-Nord. Se dedicó á la carrera eclesiástica, cursando teología en el Seminario de San Sulpicio, del cual le hizo salir su espíritu independiente y libre. Aficionado al estudio de las lenguas, aprendió con facilidad el hebreo, árabe y siríaco. Obtuvo el premio Volney por una memoria sobre las lenguas semíticas, y conquistó otro lauro por un *Estudio sobre la lengua griega en la Edad Media*. Se le encargó una misión literaria, durante la cual reunió materiales para su *Averroes y el averroismo*. Sustituyó á Agustín Thierry en la Academia de Inscripciones y Bellas Artes, y á fines de 1860 se le encargó otra misión literaria en Siria, trayendo como fruto de su viaje el bosquejo de la *Vida de Jesús*, impresa en 1863, completada ya. Este libro fué traducido á casi todas las lenguas de Europa, y condenado por los obispos en homilias y pastorales, se destituyó á Renán de la cátedra de hebreo; pero, en recompensa, el ministro de Instrucción pública, M. Duruy, le dió un cargo importante en la Biblioteca Imperial.

Molesto sería al paciente lector si me detuviese en reseñar lo que Renán ha sido desde entonces, ó apuntar siquiera la lista de sus trabajos. Los *Orígenes del Cristianismo* forman siete libros. Tiene cuatro dramas filosóficos; otras tres obras sobre el libro de Job, *Eclesiastés* y *Cantar de los Cantares*; y uniendo á éstos la obra que redactó en compañía de M. Víctor Leclerc, la que publica ahora, y sus estudios histórico-religiosos, discursos, ensayos, etc., etc., arroja la suma de más de treinta y cinco libros, sin contar con los artículos impresos en revistas.

La influencia de Renán en las almas jóvenes ha sido muy perniciosa. Hoy continúa Ernesto haciendo alarde de sus triunfos, y gloriándose de ser el *moderno Anticristo*. Cuéntase que, preguntándole sus discípulos un día si temía á la muerte, respondió: «¡Qué ganas tengo de verme cara á cara con Dios!»

Todo lo que yo atribuya á Renán, Renán lo dice, y he creído, por no hacer la lectura empalagosa, suprimir la multitud de citas que serían necesarias.

## I.

## LA CRÍTICA RELIGIOSA.

Desde que el protestantismo apareció en el mundo proclamando el dogma del *non serviam* ó de *¡viva la libertad!*, muchísimas cabezas se trocaron súbitamente, y por arte de birlibirloque, en fuentes inagotables de crítica, pero de crítica *individual*, caprichosa, *libre*, á lo Zoilo, en una palabra. Los genios que hasta entonces habían estado dormidos despertaron al mágico son bélico racionalista ; y no hubo santuario, ni templo, ni ciencia, ni arte que no escudriñasen y midiesen con su mirada profunda en la tierra, en los cielos y en los abismos. ¡Qué aguas fecundadoras brotaron de aquellas fuentes! ¡Qué rayos de vívida luz lanzaron aquellos *genios!* Hasta entonces, hubo algunos profetas del ángel rebelde y protervo, pero no eran más que notas discordantes en el himno de la creación, y ni con cien codos llegaron á la altura inaccesible y brava en que se han colocado los maestros y discípulos de la Diosa-Razón, diosa sobre todas las diosas griegas, á quien levantaron en la plaza de la Concordia de París un templo augusto y memorable los *apóstoles* del 89.

En los tiempos viejos tuvimos Universidades; pero no eran como las de Halles, Tubinga y Gottinga; hubo exégetas insignes que en sus estudios laboriosos libaron la miel hyblea escondida en cada página de los Libros Santos, y unieron en admirable consorcio á Dios con el

:

hombre, lo divino con lo humano, el espíritu con la carne, lo sobrenatural con lo natural; distinguiendo en donde se debía distinguir, formando de ahí un orden melodioso y reposado, muy superior al que forman los astros de los cielos.

Pero, ¡ah!; vino la gran *Reforma*, y puso la mano en el santuario, y mandó á los exégetas que en la interpretación de la Biblia se guiasen únicamente por el capricho individual; desde entonces aquí, cayeron, como lluvia sobre tierra seca, el sistema de *interpretación gramatical* de Semler, el de *interpretación moral* del filósofo Koenisberg, el de *interpretación natural* de Paulus (Pablo), el de *interpretación racional* de Herder, el de *interpretación mítica* de Strauss, y el de *interpretación novelesca y legendaria* del gran orientalista, del instable Renán; y otras y otras sistemas. ¡Qué montón de sistemas! Hoy cada cabeza es una fragua en donde se forjan religiones sin cuento; cualquier señorito pisaverde puede ser hoy un Redentor de la humanidad. Pero es requisito indispensable que invente algo, y después que envíe tarjeta de invitación á los que no creen en esas moji-gangas. Diga Valera (D. Juan) (1) lo que le ha sucedido y está sucediendo con los *fundadores religiosos* de América la *virgen*.

Arrastrados por esos principios de crítica *individual*, el inglés Ernesto Bunsen (2) escribió una *Vida de Jesús*; Strauss y Renán las homónimas de ésta, y en la *Revue de Deux-Mondes* salió á defender á Bunsen, con la visera alzada y en el puño el acero, Emilio Burnouf, afirmando

(1) Véanse los números de LA ESPAÑA MODERNA correspondientes á Octubre y Noviembre, en los cuales habla el Sr. Valera de algunos *fundadores religiosos*.

(2) ¡Cuidado con los Ernestos! ¡Ernesto Bunsen, Ernesto Renán, Ernesto Hæckel!

que existe perfecta armonía entre las doctrinas del Cristianismo y las del Irán, entre Jesús y Zoroastro, y osando decir, ¡blasfemo sin corazón!, que Jesucristo es el Dios Agni de los vedas ; la cruz, nueva forma de los leños con que los arayos encendían el fuego del sacrificio ; y la Virgen Inmaculada, la repugnante, quimérica y estúpida madre del mismísimo Budha (1). Y hasta un tal Jacolliot—quizá hable yo de él en otra parte—tuvo la desfachatez é insolencia de asegurar que la vida y los hechos de Jesús están calcados (*sic*) sobre la vida y los hechos de un hijo aéreo y fabuloso de Brahmma, *Jezeus Christna*. Con estas analogías jacolliotas, posible es que venga algún chileno y nos diga que Jesús procede de Rudra, dios de las tempestades.

No quiero hacer desfilar ante los ojos del prudente lector la pléyada de racionalistas exégetas que como *simoun* violento han invadido el campo de la historia en busca de incógnitas armonías. Lo que puedo repetir en honra de la verdad, es aquella frase de Quinet : « Jesucristo ha sufrido una pasión más dolorosa en el calvario de la teología alemana (inglesa y francesa), que la de sobre el Gólgota ». La unidad doctrinal que les liga es la unidad que ofrece el racionalismo, hidra de tantas cabezas como cuernos debe de tener el ángel despeñado. Su originalidad es la del siglo XIX, salvo honrosísimas excepciones: arrebatarse ideas antiguas, lanzarse á inventar ó discurrir fantaseando, revestirlas con el ropaje de la moda y llevarlas á las tablas. El que haya leído algunas obras de los antiguos herejes, no se tome la molestia de leer á los modernos: son éstos, sin embargo, noveladores de talla más alta y estilo más florido. Por eso se lee á Renán con

(1) Mons. de Harlez le refutó victoriosamente. El Dr. Paulus escribió también otra *Vida de Jesús*; le siguió Venturini.

verdadero frenesí. De los antiguos, unos admitían la divinidad de Jesús, negándole la humanidad y otros daban vuelta á la medalla ; entre los de hoy, es *rara avis*—tan rara que no hay ninguna—el que cree en el Jesús Dios (1).

Orowio, Dodwel y Nicolás Fréret son los predecesores de los nuevos exégetas. Lessing se anticipó ochenta años á Strauss, admitiendo un culto de alegorías. Strauss, además, copia á Wetle, Paulus y Neander: Renán explota á Semler, Kant, Herder, Salvador, Wegscheider y á Strauss,—sea dicho con perdón de Leopoldo Alas.

No hay para qué dar nombre á la *crítica imparcial de los filósofos críticos*. ¿Cómo ha de oír la voz severísima de la historia el escritor racionalista que empieza proclamando á su razón *viviente y soberana*, fuente de toda verdad, foco de toda luz, y negando en absoluto que es un rayo debilísimo del sol suprasensible? Quien no se somete á la autoridad de Dios, es muy libre para rechazar la autoridad de los hechos y tener por norma de sus lucubraciones, sus caprichos, odios y conveniencias. Yo desearía extenderme aquí, explanando esta indicación; pero temo apartarme del objeto que me propuse, y voy á confirmarla con el ejemplo de Renán: que yo también soy racionalista á mi manera, ecléctico en el buen sentido de la palabra, espigador de la verdad en dondequiera que la encuentre y enemigo implacable de trampantojos, calumnias y mentiras.

Sabiendo que Renán es un racionalista consumado, perfecto librepensador, vástago de esa raza que lleva siempre en los labios y en la punta de la pluma la palabra pomposa «imparcialidad»; creí que el sensato Mr. Ernesto

(1) Coquerel, ministro protestante de París, escribió en 1858 su *Christología*, obra en la cual se propone la conciliación de las sectas protestantes con el único medio siguiente: negando la divinidad á Jesús. ¡El protestantismo y el racionalismo hijos de un mismo Padre!

sería consecuente con sus principios, y me pregunté: al escribir Renán los *Orígenes del Cristianismo*, la *Vida de Jesús*, la *Historia del pueblo de Israel*, etc., etc., ¿pesó las razones de los enemigos y amigos de Jesús; investigó serena é imparcialmente las causas de los acontecimientos refrenando los vuelos de su imaginación indisciplinada; probó lo que dice con argumentos poderosos, no con negaciones y cavilosasidades, trocando la historia en novela?....

Aquella primera frase «Jesús, hijo de José y de María», y las páginas primeras de la *Vida de Jesús*, incisivas como espada de dos filos y frías como el soplo de la muerte, dicen muy á las claras lo que ha de ser esa historia ficticia y quimérica leyenda que el Rancio calificaría, de «cuento de fogaril». ¡Pobre Renán, pobre Geroncio, si se le aplicase aquel sinapismo de nuestro Cervantes: «Á los historiadores antiverídicos se les debe quemar como á los que hacen moneda falsa»! Porque Renán, en lo que respecta á Jesús y á los Santos Libros, es más cobarde que aquel Maximino Daza, César de Roma, difundiendo las actas falsísimas del proceso de Pilatos: como los modernos inventores y pretendiendo escribir antiguas historias, no necesita fuentes antiguas en donde beber: el agua de la antigüedad es demasiado turbia, y no tiene los elementos químicos que reclaman los estómagos racionalistas. Ante las fuentes iluminadas de la Exposición parisién,—que algún librepensador llamará «fuentes irisadas de la libertad»,—¿quién vuelve los ojos á las viejas cisternas?

¡Atrás, apologistas insignes del Cristianismo, razas titánicas que agotasteis las fuerzas de vuestro ingenio poderoso, y luchasteis en diez y nueve siglos hasta derramar la última gota de vuestra sangre por esculpir en

el corazón social una idea que ha triunfado hasta hoy de todas las argucias y de todos los sofismas; vosotros, los que con mano vigorosa la hicisteis surgir de *las rotas entrañas de los hechos*, presentándola como un sol nuevo, muy distinto del que invoca el infatuado Jacolliot; sol nuevo, que ha despertado con sus rayos á los que dormían el sueño de la muerte, que ha renovado la sobrehaz del mundo y sus leyes é instituciones, adorado por los del Ocaso y del Oriente, del Septentrión y del Mediodía, y á cuya luz se librará la más estupenda de las batallas!... estáis demás; trabajasteis en vano; nadie se acuerda de los frutos de vuestro ingenio; sois pigmeos raquíticos ante los nombres de Albert Réville, Reus, Miguel Nicolás de Montauban, Strauss, Littré y Eugenio Burnouf! ¡Vuestra erudición pasmosa es una fábula, más una mentira, como lo evidencian el Thora y el Thalmud, el libro de *Las guerras de Ihavé*, el libro *Iasir* y la Revista que dirigió Mr. Colani!....

Leyendo las obras de Renán me ha asaltado á veces la siguiente consideración: ¿Qué diría de Renán, si levantase la cabeza del sepulcro, aquel lingüista insigne, organismo de fuego y asceta terrorífico de la gruta de Belén? ¿Qué anatema lanzaría sobre la frente del *gran orientalista y moderno Anticristo* aquel San Jerónimo, que á cientos los esculpió sobre la piel de los hipócritas?

Á Renán le cuadra lo que de Voltaire dijo el *Diario de los Debates*: «Lleva cara de mona y piel de zorro». Meloso y *nuancé*, como decía nuestro Caminero, dora las blasfemias con flores retóricas y arranques líricos á porrillo. Los siete libros de *Los orígenes* parecen un escenario de representaciones de figurín ó de tramoya; el artificio es evidente. Si quiere explicar un hecho, usa de la descripción ó del apóstrofe, para después lanzar sus



negaciones ridículas y aseveraciones rotundas. ¡Cuántos inocentes cayeron en esos lazos! Todas las facultades intelectivas, todas las energías de los músculos de Renán convergen y se dirigen á desgarrar con zarpa de león y guante de *demoiselle* el cielo encantador y perenne del Cristianismo. Su propósito es idéntico al de esotros librepensadores del día; explicar por vía histórica, natural y espontánea, la institución más grande y maravillosa que apareció sobre la tierra. Reconozco en Mr. Ernesto los méritos del lingüista y del escritor (1): pero puedo asegurar que en materias religiosas no ha producido, si la comparación cabe, cosa superior á las aleluyas de Don Pirlimplín. No merece en este punto ser escuchado; mas ya que se lee á Renán con todo el entusiasmo y frenesí con que aplaudían los peluqueros de Francia de la pasada centuria las muecas satánicas de Voltaire, voy á exponer la *sabia crítica*, para que mis lectores formen idea de los triunfos científicos de Mr. Ernesto. Frases acumuladas sin trabazón ni enlace, son las columnas del panteón inmortal, que sobre las ruinas de lo antiguo ha levantado á la ciencia moderna el jefe de la escuela crítica histórica.

Á tres puntos capitales puede reducirse la crítica-histórica de Renán: crítica de Jesús; crítica de los Libros Sagrados, y crítica del origen y desenvolvimiento del Cristianismo. La primera nació allá en el monte Líbano; las otras dos se le ocurrieron á Ernesto, sentado en su poltrona parisién.

....Jesús, hijo de José y de María, no se llamaba Jesús, sino Josué. Filón era hermano mayor de Jesús. *Parece* que la familia de Jesús se había extinguido, y el

(1) La obra de Renán que más admiro es su *Averroes y el averroismo*.

título de *hijo de David* se le impusieron á Jesús *violentamente, pero lo aceptó con gusto*. Los partidarios de Jesús inventaron analogías ficticias, con objeto de probar la regia estirpe de Jesús y hacerle nacer en Belén. Las profecías que á él se refieren son tan fabulosas como los cuentos de Apolonio y Plotino. Jesús fué un personaje fatal para su pueblo. El maestro de Jesús fué *quizá* Hillel. Los aforismos de Jesús son propiedad de Antígono Soco, del hijo de Sirach, del antiguo testamento, del Pirké Aboths y del Thalmud. La doctrina de Jesús era la de los essenos y ebionitas; también debió algunas lecciones á Juan (el Bautista). Jesús se rebeló contra sus padres; su familia no le creyó. Era un escriba (*sofer*), escrupuloso y *audaz, porque se llamaba Hijo de Dios*. Sin embargo, Jesús no pensó nunca en hacerse pasar por Hijo de Dios, ni creyó que fuese Creador ó Verbo divino; se lo atribuye inicualemente Juan el Evangelista.... Jesús no tuvo idea clara de su personalidad, é ignoró muchas cosas; pero esta ignorancia era *poética*. Jesús fué anarquista y materialista; no tuvo la más ligera noción de un alma separada del cuerpo, ni supo distinguir la materia del espíritu; fué idealista. No sabía lo que era mundo, recorrió la Galilea en medio de una fiesta continua; por artificios inocentes atraía á muchos, sólo con una mirada en la conciencia, dispuesta á entreabrirse al soplo de la verdad; aspiraba más bien á seducir que á convencer. No formuló artículos de fe, pero produjo el movimiento democrático más exaltado de éxito feliz. En Carfarnaúm no pudo hacer milagros. Imprudente en la frase «destruid este templo», etc., tuvo accesos de extremado rigor; suprime la carne, porque desconoce la naturaleza; el cristiano que sea mal padre, y mal hijo, y mal esposo, y mal patriota, merecerá elogios de Jesús. En

aquellas palabras : «Dad á Dios, etc.», fundó Jesús los cimientos de la civilización y del liberalismo y destruye el Estado y la República.... Su entrada en Jerusalén tuvo ovación muy pobre; Jesús concibió deliberadamente el propósito de hacerse matar; no era dueño de sí mismo; su corazón á veces se turbaba, y era á intervalos extravagante y rudo: sus discípulos le creyeron loco. Aquella alma lírica del Jesús de Galilea perdió en Jerusalén su limpidez primordial y fué presa de la desesperación. ¡Perdonemos á Jesús la esperanza *materialista* de un vano Apocalipsis y de una venida en triunfo, sobre las nubes del cielo!....

Hasta aquí no hay nada de extraordinario. He dicho mal: sí, hay algo extraordinario ó mejor estrambótico; la frescura ó el hielo del Polo que el *moderno Anticristo* lleva en la punta de su pluma. ¡Jesús.... *ignorante poético*, extravagante, rudo, ridículo, anarquista, democrata, revolucionario, rebelde, seductor, essenio, ebionita, audaz, desesperado, materialista é idealista! No sé si quedarán más epítetos en el repertorio de Ernesto, á no ser las blasfemias proudhonianas. Por lo visto, Renán es enemigo de la erudición: le basta una cita del Talmud, libro *que redactaron los judíos después de la muerte del Justo*, no para sacrificarle otra vez sobre la Cruz del Gólgota, sino para arrancar de Sión la adúltera, su desdichada madre, aquel crimen de lesa majestad indeleble y estupendo, único en la historia de las edades, perpetrado en aquellas terroríficas cláusulas de fuego: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos». ¡Y sí que cayó! El *judío errante* recorrerá la tierra, quizá como un Rotschild, pero de su frente salpicada con la sangre del mismo Dios, todos verán arrancado el título de ciudadanía. Y ni Renán, ni Taine, ni Jacolliot, ni cien Jacolliots podrán lavar una gota de esa sangre, ó

escribir una letra de ese título: la voz de diez y nueve centurias tiene autoridad catoniana é infalible. Lo han demostrado Meignan, Ghiringuello, Caminero, y quizá mejor que todos el antagonista de Renán, como Antonelli lo era de Cavour, Mons. Freppel. Seguramente no habrá leído Renán las obras de esos *neos*; como *por respeto á la dignidad personal*, los librepensadores franceses no se acercan á Lourdes para contemplar aquellas *pamplinas* que califican de milagros los católicos: para desatar dificultades, no hay cosa mejor que eludirlas. Pero supongamos que Ernesto haya leído esas obras: de nada le hubiesen servido, porque la mentira no necesita pruebas ni datos. Quien ha mentido en pleno siglo XIX, tratando de Hegel, no causará extrañeza con las paparruchas acerca del *dogma cristológico, de la evolución paulina*, y del cuarto Evangelio. Si es fácil engañar á la multitud hablando de acontecimientos que hemos visto, facilísimo será, hablando de sucesos, libros y hombres de remotas edades, por aquello de

« El mentir de las estrellas », etc.

Renán, que maldice la infalibilidad de Roma, en sus libros se declara infalible: si él habla, *causa finita est*.... « La palabra Jesús procede de la palabra Josué. » ¿Y por qué no de la palabra Jacobinos ó de la de Jacolliot? Jesús se llamó y no se llamó « Hijo de Dios ». Renán, que cita á los Evangelios, ha tenido vendados los ojos ante los pasajes innumerables en que Jesús se llama y es llamado « Hijo de Dios » (1). Nuestro español Raimundo Martín

(1) Véanse unos pocos: San Mat., 1-49, 8-18, 12-6-8-21, 13-41, 16-16, 18-11-19-20, 19-29, 21-33-37-42, 25-34-36, 26-28, 28-20, 29-30, etc., etc.—San Lucas: 21-27, etc.—San Marcos, 2-5-11, 16-17-18, etc.—San Juan, 1-49, 10-33, 11-27, etc.; sin traer á cuento á San Pablo, las Actas de los Apóstoles y otros pasajes de la Sagrada Escritura.

demostró que Jesús es Dios, no como Renán quiere probar la tesis contraria, fantaseando, sino con una multitud de datos de la literatura rabínica: y para mí, claro es que vale cien veces más en este punto el *Pugio Fidei* que cualquiera de las obras de Ernesto. Cuanto á los pasajes que quedan, sólo contestaré: primeramente, que debe demostrarnos el gran orientalista que Hilell existió; y en segundo lugar, que un *parece* y un *peut-être*, unidos á afirmaciones rotundas, no satisfacen á ningún racionalista que lo sea de veras, así sean dichos por el sabio de la *Historia del pueblo de Israel*. No obstante, como Renán se ha de dejar oír en el capítulo de las contradicciones, bueno será continuar exponiendo su doctrina.

Ya sabemos por Renán quién fué Jesús, aunque no el lugar de su nacimiento. Pero como Jesús es proclamado «Hijo de Dios» en un libro en cuyas páginas se han quebrado los dientes todos los hierofantes del campo racionalista, y en una institución sublime, es indispensable de todo punto someter al análisis crítico ese libro y esa institución, en la cual también hará Jesús su papel correspondiente. Renán, estilista y novelador de primera talla, con el renombre adquirido en la república de las letras, no retrocede ante el abismo abierto á sus pies, porque á él le arrastran con cadenas de hierro la voz de su fama universal y todo el odio reconcentrado en su pecho contra Jesús durante medio siglo. Ya no es Renán aquel Renán *nuancé* de otras veces, que vela sus instintos y pensamientos bajo el manto del historiador y el ropón del filósofo: es el esbirro del 89 que se lanza á demoler y á incendiar el monumento más sagrado y el jardín más encantador en el campo de la historia. No busquemos al crítico mesurado ni al historiador grave y majestuoso,

sino al novelista *infalible* y al orador tribunicio, amante de las metáforas de prendería. ¡Oigan los librepensadores, los discursos *estupendos* y las razones *poderosas* del más grande de los librepensadores de París!.....

.....El Deuteronomio es un código sanguinario; el Génesis una fábula fenicia; el libro de Enoch una fábula babilonia; el Éxodo un libro artificial y mítico; los oráculos y los profetas, los espiritistas de aquel tiempo; la doctrina cosmogónica es de los babilonios; el relato sencillo y encantador de la historia de José,—lo sublime estético,—es propiedad de las leyendas del Norte; la caída de Adán y Eva, la fábula de Abel y Caín y las cantinelas de Noé, se hallan en el libro de *Las guerras de Ihavé*. El autor del libro de Daniel, *Antíoco Epifaneo*, es el reflector de Sosiosch de Persia; el del Eclesiastés fué epicúreo, y el de Esther, árido, mezquino, pedante y saduceo incrédulo. Dios (que no se llamó Jeovha hasta el siglo xvii, dice) y el autor del Pentateuco (que no ha sido Moisés, añade) aparecen terribles y pesimistas, enemigos de toda civilización; pesimistas, dije, como los últimos hegelianos del día, que se deleitan en la meditación del pecado y fundan la religión sobre la idea del mal; pesimistas como Hartmann é iguales á Hegel, por el uso y abuso de sus fórmulas extrambóticas y generales; antropomorfitas, inquisidores (¡!). El autor del Pentateuco fué partidario de la escuela de Elea (¡!); Elías es ridículo y grotesco; Amós, un nihilista ruso (*sic*); Samsón (ó Simson, como Ernesto le llama), símbolo de la fuerza salvaje *primitiva*; Salomón un déspota y David un bandido (!!!)

Renán, después de reunir todos esos dislates histórico-teológicos, traza el bosquejo de la «concepción de una historia santa, cuyo final es la siguiente sonrisa digna de los labios de Lucifer: «¡Oh divina comedia!»

¡Adelante con el Testamento nuevo!.... Juan Bautista (1) era un *yogui* de la India ; no fué el Precursor de Jesús y combatía embozadamente el bautismo ; su secta se miró como una herejía. Lucas y Marcos son correctores de piezas á lo Taciano y Marción. Lucas era ebionita y demócrata furibundo. Mateo es un historiador débil y artificioso. Juan Evangelista es de intención perversa, gnóstico, protervo y engañador. Todos los Evangelistas falsearon el carácter de Jesús, *máxime* Juan Evangelista. Sus historias son leyendas, como las vidas de Plotino, Proclo é Isidoro ; robaron á los Parsis la idea del Precursor ; los judíos dividían el pan como Jesús en la última Cena, y los Apóstoles, que eran entonces lo que hoy los Mormones de los Estados Unidos , tradujeron en misterio sacramental aquella división espiritualista y metafórica. Judas de Keriorth (Iscariote) no fué ladrón é incrédulo, como cuentan los evangelistas, ni se suicidó siquiera : *peut-être* que viviese tranquilo y con absoluta felicidad.....

Ya está convertido en ruinas el edificio antiguo. *Haciendo historia* novelesca, hay que explicar de nuevo el origen y desenvolvimiento del Cristianismo. No hay datos, pero se inventarán. Ved cómo: los oráculos profetas, dice Ernesto, juzgaban que Jerusalén sería la capital del mundo, de donde había de salir la ley universal: *de Sion exhibit lex*. Los semitas soñaron en la restauración de la casa de David el *bandido*, y como eran *maravillosamente aptos para ver las grandes líneas del porvenir, se lanzaron á profetizar*. Se acreditaban buscando las circunstancias y algunos signos nigrománticos; el pueblo les creyó. El sacerdote se impuso á la multitud con terrores supersticiosos. *El pietismo fué obra de los*

(1) Debo advertir que Renán confunde á veces al Bautista con San Juan Evangelista.

*profetas*; no obstante, fueron favorables al cisma y *contrarios al templo*. Eran hermanos de Calvino, Knox y Cromwell (!!). Todas las leyendas é invenciones de sus abuelos las recogieron y publicaron en un libro: la *Biblia*.... Mas llegó la plenitud de las edades y apareció en el mundo un hombre extraordinario; genio poderoso, no exento de errores; inferior *peut-être* al *honrado* Marco Aurelio y al *dulcísimo* Espinosa, no metafísico como Sakia-Muni, pero de alma elevada. Este hombre predicó el reino de los mansos y humildes; para seguirle, bastaba sólo amarle, no era necesario creerle. Su doctrina tenía ya la levadura en Schammai, en el budhismo, y en el parsismo y en la Filosofía griega, sin que él lo sospechase. Dando vida y calor á estos elementos, formuló un cuestionario de predicación en los pueblos de Galilea; confortó á los oprimidos, favoreció á los débiles, maldijo las instituciones, y separó con barra infranqueable lo espiritual de lo temporal. Quizá (*peut-être*) Judas Gaulonita le enseñara á rebelarse contra los poderes. Ese hombre, Jesús, salió del judaismo como Sócrates de las escuelas griegas, como de la Edad Media Lutero, como Rousseau del siglo XVIII, como Lamennais de las escuelas católicas (!!!). La vida de Jesús concluye con su último suspiro. Pero los Apóstoles, que guardaban en su pecho el amor á Jesús, le ensalzaron, falseando su carácter y rebajándole á su propio nivel, y se propagaron rápidamente por el mundo. La causa de esta propagación rápida *fué la hospitalidad del Oriente; no obstante, fueron mal recibidos*, y en el imperio de Roma sostuvieron guerras continuas.

La naciente Iglesia creyó ver un castigo del cielo en la catástrofe de Jerusalén; pero es la verdad que la causa de la catástrofe estaba en la misma ciudad. Los discípulo-



los de Jesús formularon un credo de dogmas particulares; una raza de pobres ergotistas salió á defenderle, oponiéndose á la ciencia. Hubo, como era natural, algunas excisiones entre los partidarios de Jesús. San Pablo formó una religión (evolución paulina), que fué la de San Agustín y Calvino; otros formaron otra, mediante el judío Filón, los terapeutas y essenios. Sin embargo, después, tuvo Jesús verdaderos discípulos; los pobres de León (*fraticellos*) (!!), beguinos y beguardos. El amor á Jesús fué creciendo de día en día. Mas, ¡ay!, Jesús no previó que había de ser el Moloch, ávido de sangre humana. Los hombres de paz descritos por Isaías fueron más perjudiciales al mundo que los hombres más feroces. Las iglesias, sinagogas abiertas á los incircuncisos, fueron hecatombes horribles. Los que se llamaron discípulos de Jesús, debilitando los deberes de los vasallos, y favoreciendo los hechos consumados (!!!), fueron los miembros de ese Catolicismo armado de cuchilla y de hoguera en las plazas. El poder espiritual de la Iglesia ha sido el más brutal de todos los poderes; los mártires católicos son las víctimas de la ortodoxia.... El protestantismo del siglo xvi fué un paso gigante en el progreso religioso; desde entonces se ha desgarrado el velo de los hipócritas, contemplando que los obispos y el Papa se han separado de su origen: Jesús. Por espacio de muchas centurias han sido príncipes y reyes; y el pretense imperio de las almas, trocándose frecuentemente en horrible tiranía, recurrió, para mantenerse, al tormento y á la hoguera (!!!). Pero día vendrá en que la separación de lo divino y de lo humano producirá sus frutos, y el dominio espiritual deje de llamarse poder para tomar el nombre de *libertad*. El Cristianismo fué el primer triunfo de la Revolución. ¡No; mil veces, no!; la gloria de Jesús no admite parti-

cipante legítimo; y los católicos son los que se alejan más de Jesús. ¡La perfección del Cristianismo consistirá en volver á Jesús!....

Hasta aquí Mr. Ernesto: ni una frase, ni una palabra hay que no le pertenezca: y primero rompería la pluma que contestar detalladamente á esas calumnias en montón. ¡Renán, que llama «hombres mal educados y sin crianza alguna» á los protestantes del siglo xvi y á los anarquistas del 89.... Renán, que maldijo la hierba buena, el eneldo y el comino farisáicos.... dice todo eso!

Porque el jesuíta Harduino negó la autenticidad de los libros clásicos, latinos y griegos, un grito agudo, vibrante, justísimo, salió del seno de todas las Academias: «¡la tradición es infalible!» Y sale Renán con la negación escueta de la autenticidad y veracidad de los Libros Santos, autenticidad y veracidad reselladas con la voz inmensa é incontrastable de cien mil generaciones y con la inmaculada sangre de millones de mártires, y.... nadie levanta su voz para ahogar el grito de Renán, perturbador de las conciencias puras. Pero sí: la autenticidad y veracidad de los Santos Libros está evidenciada por Arminiano, Devoisin, Bergier, Spedalieri, Fassini y otros mil apologistas. Los pasajes de Ernesto están refutados hasta la última letra por Chiringuello, Meignan, Freppel, Dechamps, Boone, Boylesve, Caminero y otros cien. Autoridad madura, reflexiva, conquistada en trabajos inmortales, por autoridad apoyada en el humo de la humana gloria y en los espasmos nerviosos de tres ó cuatro *pamphlets*.... ¡fuera la de Renán! Dos libros ideales, míticos y desgarrados, el *Iasir* y *Las guerras de Ihavé*, por otros muchos que son las únicas fuentes de los orígenes y de la historia del mundo antiguo, arca de salvación en la edad medio-eval, é iris de esperanza

en el mundo moderno.... ¡fuera *Las guerras de Ihavé* y el *Iasir!* ¡Yo también soy, repito, racionalista á mi modo!....

Sé que la última obra de Renán, corona de su fama, se leerá con avidez y frenesí, aunque no tiene el almíbar de la *Vida de Jesús* y del *Averroes y el averroismo*; pero Renán no llevará la convicción á ninguna alma honrada que conserve una ráfaga de dignidad y humano sentimiento. Un historiador que no sabe ó no quiere saber cuándo empezaron á existir Filón y la escuela de Elea: un filósofo, que, girando su mirada vidriosa por el campo de la realidad, encuentra hermanos á los Knox y los Profetas, á los mormones y á los varones apostólicos, á Jesús y Lutero y Lamennais, ese hombre.... no merece los honores de la refutación.

Negar rotundamente los Libros Santos, y después apoyarse en esos mismos libros para la explicación del origen y desarrollo del Cristianismo, me parece la contradicción más ridícula. Esa no es manera de combatir, ¡oh herederos de los enciclopedistas! Optad por la estrategia de Voltaire, no sigáis la de Renán. Las profecías no se evaporan diciendo que *los semitas eran maravillosamente aptos para ver las grandes líneas del porvenir*; la autoridad de los Santos Libros no se destruye asegurando que son *leyendas*, y con llamar á éste ó aquél autor, déspota, pesimista, bandido y saduceo incrédulo, sino probándolo con razones históricas indeficientes. El Catolicismo no se derrumba con aseverar que Jesús fué hermano de Lutero y que el *amor* ha sido la causa de su terrena apoteosis; la propagación rápida del Cristianismo y su influencia en el mundo no se explica con *la hospitalidad del Oriente, los fraticellos, los inquisidores y la horrible tiranía de los clericales*. Esos registros

:

no deben salir si no van acompañados *por el barítono de la gravedad filosófica y las mudas pero elocuentes armonías de los hechos*: todo eso y mucho más puede decirlo un coplero cualquiera con voz menos enronquecida y desentonada que la de Ernesto Renán. Quédale la palabra á Ernesto en los capítulos que siguen, y sobre todo, en el de las contradicciones, dándome la razón en lo que atañe á la divinidad de Jesús y del Cristianismo. Éste es el *Deus ex machina* de Renán, que deja entrever, hablando de lo sobrenatural, del culto y de los milagros, y que me mueve á hacer la siguiente pregunta : ¿Por qué Renán es tan enemigo de Juan Evangelista, y se esfuerza titánicamente en probar que Jesús no es Dios, y el Cristianismo es la natural consecuencia de lo que existió antes?

FR. ZACARÍAS MARTÍNEZ,

*Agustiniano.*

## LA LITERATURA DE LA SOCIOLOGIA



### II. .

**L**A manifestación literaria de la sociología tiene su primer momento culminante (al cual tenemos que referirnos para iniciar una exposición de los trabajos científicos sociológicos) en Comte. De este pontífice del positivismo francés para acá, la literatura de la Sociología va, digámoslo así, en creciente aumento. Ahora bien: tratando de reunir los diferentes estudios que acerca de ella se han publicado, claro es que no podemos citar más que los que de alguna manera se significan, ya por la notoria importancia de los mismos, ya porque en ellos se registre alguna nota original que haga presumir la posibilidad de nuevos puntos de vista en tan compleja ciencia. Conforme con esto, y procurado establecer cierto orden en el asunto, me parece que en la literatura de la sociología pueden señalarse en primer término, las grandes construcciones sociológicas, contenidas en libros que denuncian por parte del autor, cierta intención de sistematizar su ciencia de una manera completa. En esta categoría, las obras más notables son sin duda, las de Augusto Comte, H. Spencer y A. Schäffle.

Comte, como es sabido, en su *Curso de Filosofía positiva*, especialmente en el tomo IV, expone todo un sistema de *Sociología*. Para formularle, busca ante todo su justificación. Hoy, al dirigir la vista al proceso científico de la sociología, es un fenómeno digno de notar, que el *primer sociólogo* (en sentido estricto) comenzase por justificar la *necesidad* de la ciencia social, y para ello hablase de su *oportunidad*. Según Comte, el examen del estado de las sociedades contemporáneas, faltas de cohesión, viviendo en la anarquía, lleva á proclamar la necesidad y oportunidad de esa ciencia, la cual, por su espíritu positivo, está llamada, por una serie de operaciones sucesivas, unas filosóficas, y otras políticas, á salvar á la humanidad de una inminente disolución y á conducirla directamente á una organización nueva, más progresiva y consistente á la par, que aquella que descansaba sobre la filosofía teológica (1). Conocida es la ley de los tres estados, teológico, metafísico y positivo, á que el célebre filósofo reduce el movimiento general histórico de la humanidad. Pues bien: la Sociología, por la complejidad de los fenómenos que estudia, por la cultura que supone y por los propósitos que entraña, viene á iniciar el período *positivo* (en otros no era posible), y su constitución resolverá la violenta situación de lucha en que nos encontramos, solicitados por las encontradas ideas de la Revolución y de la Reacción.

No es del caso ahora penetrar en el contenido de la filosofía de Comte, para investigar sus conceptos sociológicos fundamentales. Baste, para el objeto de esta exposición, consignar su poderosa iniciativa, y anotar el puesto preeminente que, aparte del valer positivo de sus

(1) *Cours de Philosophie positive*, tomo IV, pág. 16.

opiniones, le corresponde. Lo que sí debemos advertir es, que la concepción de la sociología, como el coronamiento supremo de las ciencias, la ordenación social de las mismas atendiendo en los fenómenos que estudian, á su menor *generalidad* dependiente de su mayor *complicación* estructural, la distinción necesaria de esos fenómenos y el bosquejo, según todo ello, de la enciclopedia científica, á partir de las matemáticas, continuando en escala ascendente por la Astronomía, la Física, la Química, la Biología hasta llegar á la Sociología, ideas y opiniones de Comte, constituyen otras tantas ideas y opiniones fundamentales del positivismo sociológico, aun á pesar de las rectificaciones, hechas en cierto sentido por Spencer (1), y en otro de más alcance, acaso, por Greef (2). Casi puede afirmarse que Comte impuso un determinado procedimiento al sociólogo. Obsérvese que la mayoría de los autores, al tratar de investigar la posibilidad y necesidad de una ciencia social, no pueden prescindir de fijar su mirada en los *fenómenos* denominados sociológicos, buscando en ellos, por virtud de una indagación analógica y diferencial á la vez, una *propiedad*, para muchos *irreductible*, á las que se registran en los fenómenos consideradas como inferiores (los biológicos, químicos, etc.), y que por tanto exige una explicación original y exclusiva. El mismo Greef, que se esfuerza por romper con esa especie de *tradición*, y que procura fijarse en los caracteres específicos y cualitativos de lo social, no procede de otra suerte. Pues bien: tal manera de proceder para determinar el objeto de la sociología, es una especie de *obsesión comtiana*, explicable en Comte por su especial situación histórica; pero acaso no tan apli-

(1) V. especialmente *Clasificación de las ciencias*.

(2) Obra citada.

cable en los que después de él discurrieron sobre el mismo asunto. Comte buscaba una ciencia, parecía que estaba poseído de su misión profética, como *inventor*; y ciertamente, en semejantes condiciones, se explica esa peregrinación por la realidad toda en busca de su *objeto*; pero cuando no se está en tales circunstancias, el objeto de toda ciencia se nos presenta á la indagación antes de la ciencia misma; ésta se origina del conocimiento vulgar que del objeto poseemos, no siendo al fin más que el resultado evidente de un conocer mejor, del conocimiento reflexivo. Nos parece por extremo *rutinaria* la manera de legitimar la existencia de la *Sociología*, mediante un estudio *enciclopédico* de todos los ramos del saber, que se consideran como anteriores y hasta inferiores á ella. Para encontrar un objeto real indudable á la nueva ciencia, siendo, como es, ciencia de la sociedad, no hace falta todo ese aparato de investigaciones á través de la psicología, de la biología, de la química, etc., etc. La sociedad.... ¿precisa la afirmación absoluta de su existencia real, todo eso? Claro es que no; y para legitimar una *ciencia de la sociedad* (la *Sociología*), basta considerar la realidad efectiva del objeto. La ciencia resultará del conocimiento reflexivo de la misma.

Más colosal y portentosa que la obra de Comte es la de Spencer. Por de pronto, la *Sociología* en el célebre filósofo inglés responde á una preparación más calculada y extensa. Además, Comte no podía recoger, como Spencer, los resultados admirables de aquella magnífica preparación científica á que antes aludimos. Los plenos desenvolvimientos de las hipótesis evolucionistas los aprovecha de un modo maravilloso Spencer. La concepción de las esferas de la realidad, independientes unas de las otras, irreductibles las superiores á las inferiores, sufre una revo-



lución completa en el positivista inglés. Toda la realidad se determina por una ley, que es la de la evolución, como en Darwin toda la vida se determina por una ley, la de la lucha por la existencia. Los diversos órdenes de aquella realidad son manifestaciones que no rompen su unidad superior. Ateniéndonos á las obras publicadas por Spencer, y sin fijarnos ahora en las fechas de su publicación respectiva, se pueden considerar como el más amplio sistema enciclopédico de una filosofía positiva de los tiempos modernos. Le falta aquella grandiosidad artística que tiene, sin duda, la obra filosófica de Hegel. Hay en general cierto prurito del detalle, y acaso falta de originalidad en la concepción total sociológica, puesto que, como hacen observar Roberto Fliut (1) y Alfredo Fouillée (2), por intuición magnífica, lo más importante de ella lo tenemos ya en Krause (3); pero de todas suertes, puestas las cosas en su punto, aún queda lo suficiente en Spencer para considerar su sistema enciclopédico, como una obra verdaderamente magistral.

Conocidos son de todas las gentes cultas los libros principales de Spencer: á pesar de tratarse de un gran positivista, entre ellos hay que señalar una especie de *Metafísica ó Primeros principios*, que, aun cuando parecen basados en generalizaciones de hechos (procedimiento preconizado por Spencer para investigar las leyes), contienen el germen fecundo de toda su filosofía general y especial. Quien quiera penetrar con paso firme

(1) *La philosophie de l'histoire en Allemagne.*

(2) *La science social contemporaine*, pág. 78. Al hablar Fouillée de la opinión de Spencer respecto de la consideración de la sociedad como un organismo, dice: «Esta idea, tan defendida por Spencer, ha sido expresada con mucha claridad por Krause, aunque en medio de vaguedades metafísicas y biológicas».

(3) Especialmente, *Ideal de la humanidad para la vida y Filosofía de la historia.*

en los dominios del sistema de Spencer, deberá comenzar por estudiar los *Primeros principios*; no podría entender la *Sociología* sin interpretar adecuadamente su famosa ley de la evolución (1) allí expuesta. Aparte estos *Primeros principios*, la obra de Spencer comprende una *Clasificación de las ciencias*, formada en vista y en contra de la de Comte; una *Biología*, una *Psicología*, una *Sociología*, y una *Moral*. La Biología, la Psicología y la Sociología aparecen allí como capítulos de una misma indagación objetiva. Las dos primeras tienen, sin embargo, cierto carácter de preparatorio respecto de la última, que alcanza, indudablemente, la categoría de un coronamiento supremo del sistema. Por otra parte, Spencer mismo, que procura ver en toda su amplitud y con todo rigor lógico, el problema de la nueva ciencia, no prescinde en su exposición de una preparación efectiva, intencionada, no mediante el directo auxilio de las otras, sino en virtud de proponerse él mismo las cuestiones fundamentales de un carácter realmente preparatorio. Á tal fin responde en la obra científica de Spencer la *Introducción á la ciencia social* (2), ó más bien á la *Sociología*. Las cuestiones que allí abarca tocante á si *existe una sociología*, á su *nece-*

(1) «La evolución, dice Spencer, es una integración de materia, acompañada de una disipación de movimiento, durante la cual la materia pasa de una homogeneidad indefinida, incoherente, á una heterogeneidad definida, coherente, sufriendo el movimiento á la vez una transformación análoga.» Esta evolución es el principio que explica la vida universal, y, por tanto, la sociológica. Las trasformaciones de las sociedades como las de los organismos, las de éstos como la de todos. La nebulosa, la célula protoplásmica y las uniones primitivas sociales, son análogas, para producir los diversos órdenes de la realidad.

(2) No conocemos el original inglés de esta obra, que con tal título, exactísimo por cierto, dado su contenido, se publicó en Francia. Según se manifiesta en la edición francesa, al publicarse en inglés la *Introducción á la ciencia social*, se intitulaba *Study of Sociology*; pero basta leer el prólogo de Spencer para comprender el alcance que él mismo da á ese *Estudio de la Sociología*. Es, evidentemente, el de una *Introducción á la ciencia*.

*idad*, á su *naturaleza*, á las *dificultades* (objetivas y subjetivas, intelectuales y emocionales) que á su constitución se oponen, y á los *prejuicios* (de educación, de patriotismo y de clases) que la perturban, son, como se ve, cuestiones que no se refieren directamente al objeto de la ciencia; pero cuyo examen se precisa, si se ha de proceder con lógica. Por esta razón, y por la amplitud extraordinaria con que la sociología se expone por Spencer en el *tratado* especial de la misma, es por lo que (sin debatir sus opiniones, ni especificar sus puntos de vista) se puede señalar su obra, entre las de aspiraciones más completas y de concepción más atrevida de los modernos sociólogos.

No es fácil, tratando de indicar los caracteres de la sociología spenceriana, encerrarlos en los estrechos límites á que aquí tenemos que ceñirnos. Prescindiremos, por tanto, de muchísimos de ellos, con el objeto de referirnos á los más culminantes. En primer término, la sociología es un capítulo del sistema filosófico de Spencer, se refiere á un orden de la realidad: la realidad comprende en una evolución universal, sometida al principio á que antes aludíamos, el mundo inorgánico, el mundo orgánico y el mundo super-orgánico. Este último contiene toda la evolución social; su estudio constituye la sociología. Lo más característico en todo el sistema sociológico de Spencer, es que entre esos diversos órdenes de la realidad no hay solución de continuidad. La ley de la evolución antes formulada, explica de igual suerte el desenvolvimiento de la realidad toda y el de cada una de sus concretas determinaciones. De ahí que, como advierte Greef, los diversos objetos de las ciencias, especialmente el de la sociología, no aparecen perfectamente precisados. «Si Spencer, añade este autor, determina lo que

la sociología tiene de común con la biología, no fija, á no ser desde el punto de vista de la masa y de la complejidad cuantitativa (no de la cualitativa), lo que la distingue (1).» Verdad es que Spencer no se propone por completo el problema. La misma afirmación que le sirve de base en sus investigaciones sociológicas, y, según la cual, las condiciones y cualidades esenciales de las unidades tienden á reproducirse en el todo ó agregado de ellas, le impide ver lo característico del agregado social, que no es propio de sus unidades componentes. Huyendo de la irreductibilidad de la propiedad característica de cada orden superior de fenómenos, admitida por Comte, se cae aquí en el extremo opuesto; en la confusión de toda la realidad en un principio único: la energía, que por virtud de su ley, la evolución, se manifiesta en posiciones diferentes, las cuales sólo implican una distinción del *cuanto*, de la cantidad. Tales ideas generales llevan á Spencer á concebir la sociedad como un organismo *natural*, no como un organismo (que eso sería otra cosa), sino como un organismo *natural*, idéntico en lo substancial al organismo de los seres individuales. Y he aquí uno de los caracteres culminantes y específicos, no sólo de la sociología de Spencer, sino de casi toda la sociología moderna; y no decimos de toda, porque contra él se ha elevado ya cierto espíritu de protesta (en Greef y en el Sr. González Serrano tenemos la prueba), y algún sociólogo de primer orden (Schäffle) no lo admite sin prudentes reservas.

En efecto: si tan sólo juzgásemos los resultados de la sociología moderna por lo que se lee un muchas páginas de Spencer, y en casi todos los libros publicados en

(1) Obra citada, pág. 21.

Francia, Alemania, Italia y aun alguno en España, la nota más común, que á todas les comprende y que habríamos de considerarla como su esencial característica, es, sin duda, la de la confusión de la sociología con la biología, por virtud de una aplicación casi general del tecnicismo y de las leyes de estas ciencias, á la determinación de la naturaleza de la sociedad. En Spencer, la sociedad se concibe claramente como un organismo (ó más bien super-organismo), cuya constitución descansa en los mismos principios fundamentales que los de los organismos individuales (1). Ciertamente que reconoce diferencias y que él mismo protesta contra la opinión que se le atribuye de confundir ambos organismos (el social y el biológico); pero esto no importa. La diferencia que nota no destruye sus conclusiones generales, ni sus afirmaciones de analogías importantes. En efecto: el que se diga que «el organismo social, discreto en lugar de ser concreto, asimétrico en lugar de ser simétrico, sensible en todas sus unidades en lugar de tener un centro sensible único, no es comparable á tipo alguno particular de organismo individual, animal ó vegetal (2)», no implica señalamiento de diferencias verdaderamente cualitativas, sobre todo, cuando antes y después se consigna la unidad de la ley que preside á todo el desenvolvimiento orgánico, biológico y sociológico. Por lo demás, como advierte Espinas (3), el propósito general que en la sociología persigue Spencer, es la demostración de que la sociedad es un *organismo* verdadero.

El procedimiento empleado por el ilustre positivista inglés en sus investigaciones coadyuva notablemente á

(1) *Principes de sociologie* (edic. franc.), tom. II, pág. 192.

(2) *Ibid*, pág. 191.

(3) Obra citada, pág. 137 y siguiente, nota.

afirmar aquella confusión de la sociología con la biología. Se trata del procedimiento analógico. Y lo raro del caso es, que su empleo se hace con exagerada insistencia, lo cual basta ya para imponer ciertos límites al resultado de la indagación. Aquella metáfora que filósofos y poetas usaban para precisar, por medio de una imagen, pensamientos é ideas, adquiere en la sociología moderna un valor, á veces, positivo. La sociedad sigue en su desenvolvimiento orgánico un proceso idéntico al de un organismo de un ser individual; tiene su germen, su célula, sus tejidos, sus órganos. Hay una embriología, una fisiología, una anatomía y una terapéutica sociales.

### III.

Aparte de Spencer, podemos considerar el movimiento literario de la sociología revistiendo caracteres muy varios. Pero no es dado desconocer, como ya indicamos, que el sentido fisiológico domina muchísimo. Las afirmaciones referentes á la naturaleza orgánica, biológica, de la sociedad, las tenemos llevadas á su última consecuencia por sociólogos que, ya se inspiren en Spencer, ya en Comte, ya ocupen cierta actitud independiente, todos coinciden en dar á la sociología un carácter eminentemente fisiológico. Liliensfeld (1) es acaso el que ha llevado á su más completa exageración el empleo del procedimiento analógico. Su larga obra es una metáfora continua. La sigue con perseverancia alemana. Espinas (2) también lo emplea, y sobre todo acepta muchísimas de las afir-

(1) *Gedanken ueber die Socialwissenschaft der Zukunts* (5 vols.).

2) Obra citada.

maciones que resultan de su empleo. A. Fouillée (1) lo acepta también, si bien con no pocas reservas, é intentando ciertas componendas, á que luego aludiremos. Bordier (2) nos habla de la vida de las sociedades, dando á la frase todo su significado natural y directo, como si se tratase de un organismo individual. Y por no citar más, un zoólogo, Jagær (3), después de proponer una nueva clasificación de las formas de la vida, incluye la sociedad entre los seres animados y analiza sus caracteres como un naturalista.

Á pesar de la importancia que esta dirección fisiológica de la sociología moderna tiene, no es, según indicamos, la única, ni acaso es hoy la que puede considerarse con una mayor influencia decisiva para el porvenir. En primer término, pueden citarse trabajos que se dirigen á buscar la razón de la existencia de la sociología, en la determinación de algo característico y específico del objeto (de la sociedad), que exige métodos propios de investigación, por suponer leyes especiales en su desenvolvimiento; por otra parte, se trata por algunos de armonizar las conclusiones de la escuela que denominan *naturalista*, con otras al parecer opuestas, por ejemplo: se trata de armonizar á Spencer con Rousseau; y por otra, en fin, se nota una saludable tendencia á considerar en la sociedad, algo más que el elemento material de la masa fisiológica (si así queremos llamarla), viéndola como un organismo de ideas, señalando ciertas influencias de carácter psicológico altamente específicas, y aprovechando para la formación adecuada de la nueva ciencia todo el caudal de investigaciones de la filosofía,

(1) *La science social contemporaine.*

(2) *La vie des sociétés.*

(3) *Manual de Zoología.*

del derecho, de la economía, y en general de todos los ramos del saber humano.

Y el autor en quien más puede notarse la primera y última de estas tendencias es Schäffle, al cual, con injusticia acaso, como advierte Durkheims (1), se le considera por muchos (Fouillée entre otros) como verdadero sociólogo, á la manera de Spencer y de Liliensfeld. En verdad, el título de su principal obra de sociología predispone para ello. La llama Schäffle *Structura y vida del cuerpo social (Bau und Leben des sozialen Körpers)*. Y si el lector, llevado de su natural curiosidad, registra los epígrafes de los diversos capítulos y secciones en que semejante obra se encuentra dividida, la predisposición no tiene motivos para ceder. He aquí, si no, algunos de los principales: *Las formas y las funciones orgánicas; La familia como célula social; Patología y terapéutica de la célula social; Histología social*, etc., etc. Más, la obra comprende una verdadera *organografía* de la sociedad, y su carácter general le da un tinte *fisiológico* marcadísimo. Pero todo esto lo explica el autor á su modo. Copiaremos sus mismas palabras: «Las *analogías reales* de la biología (y la sociología), descubiertas por Comte, Littré, Spencer, y especialmente por Pablo Liliensfeld, las he seguido sistemáticamente. Analogías «reales» de esta naturaleza deben y pueden realmente existir, porque el cuerpo social, con la energía de los cuerpos orgánicos y con la fuerza de la naturaleza inorgánica, está frente á las mismas condiciones externas de la vida que los organismos diversos. Pero creo haber evitado los peligros de la analogía, el desconocimiento de las diferencias y la alegoría no científica; las mismas ideas de «organismo»

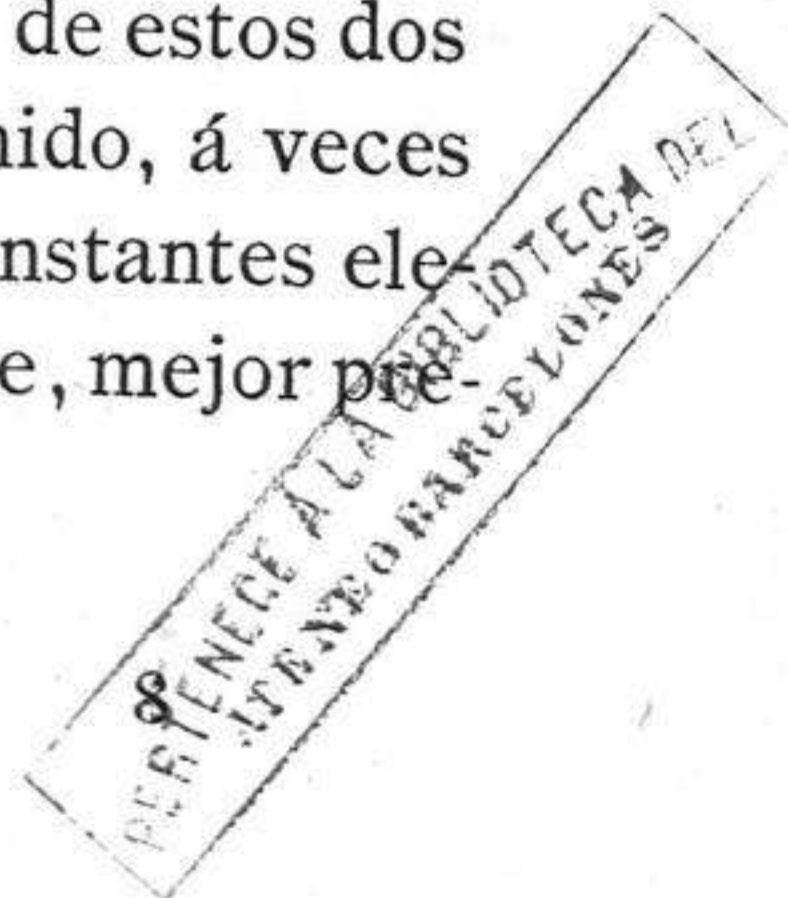
(1) V. *Revue philosophique*, tomo XIX, pág. 87, y tomo XX, pág. 627.



y de «orgánico» para indicar figuras y procesos sociales, por regla general, he procurado evitarlas; las expresiones «órganos», para indicar las más complexas instituciones sociales, «tejidos», para señalar las instituciones simples formadas de personas y bienes, y también la equiparación de la familia á la célula orgánica, del poder ejecutivo como impulsor social de movimiento, á la actividad motriz de los nervios, y otras parecidas, podrán ser completamente eliminadas por todo lector inteligente, sin que el análisis hecho pierda otra cosa que la analogía y cierta claridad» (2). Más adelante el mismo autor defiende el empleo general del procedimiento analógico, pero como medio de hacer más interesante la indagación, citando, al efecto, inspiradas frases de Pascal y de Goethe. Es de advertir que, merced á la influencia de la sociología biológica y fisiológica, no se da á la palabra *organismo* el amplio sentido que tiene (según puede verse en Schelling y Krause), y por virtud del cual, sin duda, puede aplicarse de un modo directo á la sociedad, como se aplica á la ciencia, cuando se dice de ella que es un organismo de verdades.

Pero dejando esto, la obra de Schäffle puede, en nuestro concepto, clasificarse por su importancia al lado de las de Spencer y Comte. En ciertos supuestos la consideramos superior. No se limita á aquellas generalizaciones un tanto incoherentes del segundo, ni tampoco atiende como el primero á la mera evolución del organismo social; comprende lo que ninguna de las sociologías de estos dos filósofos abarca; á saber: un análisis detenido, á veces perfectamente exacto, de los positivos y constantes elementos que forman la sociedad. Por otra parte, mejor por

(1) Obra citada. Prólogo.



parado que Comte y Spencer en orden á ciertos conocimientos (especialmente los jurídicos, económicos y políticos), y en situación más adecuada, por motivos de nacionalidad y de raza, para aprovecharse de imprescindibles tradiciones filosóficas (la de los sistemas de Hegel, Schelling y Krause principalmente), su estudio de la sociedad resulta indudablemente muy completo, y no adolece de la parcialidad fisiológica del de Spencer y tantos otros. Schäffle, dice con razón un crítico de su obra, Durkheims (1), es francamente realista; no ve en la sociedad el mero conjunto de individuos; para él la sociedad es efectivamente un ser que ha precedido á los miembros que actualmente la forman y que les sobrevivirá; que, por tanto, tiene su vida propia, su conciencia, sus intereses, su destino; con lo cual se afirma la existencia real de ese objeto, y con lo cual también, por un procedimiento mucho más lógico que el de Spencer, Greef y otros sociólogos, se asienta la posibilidad de un estudio reflexivo de semejante objeto, es decir, de una ciencia del mismo. Porque, en efecto, lo primero que hace falta para fundamentar una *sociología* es evidenciar la existencia de la sociedad. Si ésta no tiene realidad propia y sustantiva, si, conformándonos con la idea individualista y la rousseauniana, sólo consideramos en la sociedad la mera agrupación de sus miembros, no viendo el bosque, sino sus árboles; desde luego podemos dar por desvanecido el objeto de la sociología. Como que el fenómeno social, resultando de una mera cualidad del individuo sociable, podría ser explicado por la naturaleza de éste, sin requerir, por tanto, una indagación particular y directa.

El reconocimiento de la realidad y de la sustantividad

(1) V. *Revue philosophique*, tomo XIX, pág. 84.

del *ser social* (ser no vale aquí tanto como individuo) determina la dirección de la investigación, riquísima en datos y en ideas, de Schäffle. Por de pronto, aparece la sociedad en la obra de este sociólogo más *plásticamente*. Aun cuando hay mucho que discutir en sus opiniones, no puede negarse la fuerza de análisis que para desmenuzar los diversos componentes de todo orden, que constituye la sociedad, posee Schäffle; lo que no impide en él una gran facultad para dar vida y movimiento reales al complexísimo cuerpo social. Las afirmaciones más importantes que tocante al objeto de la sociología se pueden señalar como características de Schäffle, y á la vez, como indicadores de una nueva y más fecunda dirección en la ciencia, son, entre otras, las siguientes: la sociedad no es un organismo natural, tiene sus condiciones verdaderamente específicas; hay entre la sociedad y los organismos fisiológicos diferencias esenciales: en primer lugar, los lazos que unen las partes de la sociedad (sus miembros) son *ideales*, tienen un carácter ético, en cierto modo inmaterial. El valor que Schäffle da á la idea como fuerza sociológica es inmensa; en esto, sin duda, radica la más alta originalidad de sus opiniones. También debe notarse el valor que concede en la formación de la vida social á la conciencia y á la reflexión humanas; como que para él, sin crear en las opiniones de Rosseau, ni llegar á donde pretende llegar Fouillée, es característico de la sociedad el ser *querida*, y permanecer por virtud de la decidida acción de la conformidad de los seres que la constituyen. Por otra parte, Schäffle es de los que, al determinar la naturaleza del método aplicable á la investigación de la nueva ciencia, ha manifestado mejor las grandes dificultades de la misma, fijando con tal motivo los límites en que necesariamente han de emplearse

:

la observancia y la experimentación. Y no decimos más. Una mera indicación de las opiniones de Schäffle, ó bien un ligero extracto de su obra, verdaderamente *voluminosa* (dos tomos de mil páginas cada uno), exigiría espacio que en el presente estudio no poseemos. Baste añadir, para terminar, que la obra de Schäffle, á pesar de la minuciosidad con que el asunto se examina, deja la impresión del ser social de un modo que pudiéramos llamar realista. Efectivamente, parece como que se ha visto vivir el organismo *sui generis* de la sociedad en toda su fuerza, con todos sus elementos de actividad y de energía. No quedan sus órganos dispersos y separados como las partes de un organismo fisiológico después de haber sido objeto de una disección anatómica, sino que, con poco esfuerzo de imaginación por parte del lector, hay ocasiones en que se les ve vivir, cada uno en el pleno y natural ejercicio de funciones propias.

#### IV.

Y realmente si sólo de grandes construcciones sociológicas se tratase aquí, habríamos de poner fin á nuestra indagación. En esta alta categoría creemos que sólo pueden clasificarse las obras de los filósofos citados, al menos dentro de los límites de la literatura de la sociología que más ó menos directamente conocemos. Ninguno de los estudios citados ya (salvo acaso el de Lilienfeld) puede merecer tal consideración. Pero no puede, en verdad, circunscribirse la noticia de la literatura de la sociología á las grandes tentativas de construcciones sociológicas. Para ser un tanto completa, debe citarse, además

de los diversos nombres de los autores que apuntamos al tratar del procedimiento analógico, algunos más que, sin duda, tienen su importancia, y cuyas obras es preciso conocer si se quiere apreciar en todo su valor la nueva ciencia sociológica. Por de pronto, tenemos los trabajos de Huxley (1) acerca del *Nihilismo administrativo*, contra los resultados de la equiparación hecha por Spencer, del organismo individual y el *social*. La de Thompson sobre el *Progreso social*, en la que se resumen ciertas enseñanzas de la sociología, y otras, en Inglaterra, que no citamos porque no hemos tenido ocasión de examinarlos. En cuanto á Alemania (2), merecen especial mención, entre otras, las de Glumpowiez, *Bosquejo de la Sociología* (*Grundriss der Sociologie*); Tonnis, *Comunidad y sociedad* (*Gemeinschaft und Gesellschaft*), Baerenbach, *Las ciencias sociales* (*Die Socialwissenschaften*); Menger, *Investigaciones acerca del método de las ciencias sociales* (*Untersuchungen ueber die methode der Socialwissenschaften*), y otros aún. Por lo que toca á Francia, á los nombres ya citados de Littré, Fouillée, Espinas y Bordier, deben añadirse los de Guarin de Vitry, Tarde, Bressón, Letourneau, Combes de Lestrade, Donnat, Ferneuil, Guyau, Roberty (3) y otros muchos, pudiendo figurar entre ellos además, á pesar de su diversa nacionalidad, el belga Greef y el ruso Novikoff (4). En Italia, anotaremos

(1) Es interesante la opinión Huxley acerca de la teoría de Spencer. Ese trabajo fué ya publicado en *Fortnightly Review* (1871); acerca de él da curiosas noticias Feuillée en la obra citada.

(2) Esto aparte de la infinidad de tratados de *Economía política* y de otras ciencias en las que se pueden señalar puntos de vista sociológicos importantísimos.

(3) Roberty, *La Sociologie*, especie de Introducción á la ciencia, muy interesante, aunque parcial en exceso.

(4) Este escritor publicó en francés un libro titulado *Le politique internationale*, que es una especie de aplicación de las ideas de la sociología de Spencer á la vida de las naciones contemporáneas. Es muy interesante.

los trabajos de Vadalà Papale, Siciliani, Boccardo, Schiattarella, Colajanni y Di Bernardo; en Portugal, la obra de Braga; en cuanto á nuestra España, el *Tratado de Sociología* del Sr. Soles y Ferré y la *Sociología científica* del Sr. González Serrano. Claro es que no figuran ahí todos los nombres que podrían figurar, ni tenemos la pretensión de hacer una bibliografía completa.

Bastarán, sin embargo, los anotados para comprender el alcance é importancia científica de la sociología. Más interés, sin duda, que el añadir nombres á los citados, lo tendrá sin duda señalar ligeramente las más originales tendencias que en alguno de los trabajos enumerados se significan. Ya antes dijimos algo de esto. Entrando un poco en detalles ahora, podemos indicar las siguientes, claro está, mas ó menos puras y más ó menos definidas. En primer término, tenemos un espíritu de protesta quizá exagerado, perfectamente explicable (por lo que dice Zola, de que toda revolución lleva en sí misma una reacción necesaria), contra el evolucionismo y contra el progreso social. La obra de Glumplowicz, con su desconocimiento de los cambios sucesivos sociales, en cuanto en estos cambios pueda verse progreso, con su negación del origen unitario y común de las sociedades y del hombre, con su afirmación, por tanto, de la poligénesis social, aparece como una tentativa de sociología, formada en oposición á la concepción de Schäffle, Spencer y demás. La ley fundamental del mundo social para este autor es la siguiente: Todo grupo social tiende á subordinarse los grupos vecinos para explotarlos en provecho propio. La lucha que de aquí resulta no da lugar á las consecuencias de la lucha por la existencia darwinista (la selección, el mejoramiento, etc.), porque todo lo que ocurre al fin, no es más que un cambio en los elementos

sociales, por otra parte, siempre idénticos. Una idea muy provechosa puede registrarse en esta obra por las sugerencias á que puede dar lugar; refiérese ésta á la moral, la cual, en opinión del autor, resulta de la influencia ejercida por el todo social sobre los individuos, influencia que, siendo en sí misma egoísta (nace del egoísmo de la sociedad), es, sin embargo, altruista el manifestarse en el individuo. Éste, dominado por ella, atiende á sus semejantes, á quienes de otra suerte no atendería, antes al contrario (1). Fuera de este autor, la tendencia más importante de la sociología moderna la tenemos en las obras de Fouillée y Greef, y en los trabajos de Tarde publicados en la *Revue philosophique* (2).

Fijándonos en los dos primeros, podremos registrar en sus obras datos suficientes para mostrar, por un lado, cierta comunidad de ideas con Schäffle, y por otro, aquel intento á que nos referíamos antes de armonizar las afirmaciones de la sociología moderna con Rousseau. En Fouillée este intento es manifiesto. Su teoría del *organisme contractuel*, resultado de una conciliación de las ideas de contrato y de organismo, lo demuestra concluyente-

(1) Resumiendo las ideas sociológicas de este autor, puede afirmarse lo siguiente: 1.º La sociología es una ciencia especial, distinta por su objeto y por su método de la psicología y de la biología, con las cuales suele confundirse. 2.º La sociedad no es un mero agregado de individuos, y, por tanto, para investigar su naturaleza no basta conocer la de estos individuos. La sociedad tiene una realidad objetiva independiente. 3.º No podemos formar la sociología por el estudio de una sociedad aislada, por que los fenómenos sociológicos no se producen sino por la acción externa de unas sociedades con otras. 4.º La determinación de las relaciones que de aquí nacen es un problema sociológico fundamental. 5.º La sociología comprende también el estudio de ciertos fenómenos que, aunque manifestándose en el individuo, tienen su razón de ser en la acción social (esos fenómenos son el derecho, la moral, la lengua, etc., etc.).

(2) V. *Revue philosophique*, tomo XVIII, pág. 489. (*Qu'est ce qu'une société*), tomo XVI, págs. 16 y 148. (*La dialectique sociale*), y números correspondientes á los meses de Agosto y Septiembre de 1889 (*Categories logiques et institutions sociales*).

mente. En Greef, el intento no es tan manifiesto. Mas en todo el primer volumen de su *Introducción á la Sociología*, ni una sola vez se refiere á Fouillée; pero por distintos caminos llega á conclusiones muy análogas á las de éste. Fouillée considera que la sociedad es un organismo, pero un organismo formado por la naturaleza libre del hombre, y que tiende cada vez con mayor fuerza á mantenerse por virtud del contrato, es decir, por virtud de la libre manifestación de la voluntad de los miembros que al fin lo constituyen. Esto es, que la sociedad tiene como carácter específico el estar basada en *actos libres*. Greef, después de tachar de deficientes las construcciones sociológicas de Comte y de Spencer (nada nos dice de la de Schäffle), se plantea el problema de la posibilidad de una ciencia social, problema que, en su opinión, supone el de averiguar si existen fenómenos sociológicos, que por algo específico no puedan ser explicados en las dos ciencias que considera como anteriores (la biología y la psicología). Y, efectivamente, á través de amplias discusiones y de largas y á veces repetidas consideraciones, determina lo característico de lo social, afirmando que consiste en que las unidades sociológicas son *inteligentes*, lo que no ocurre con las células (unidades orgánicas fisiológicas), que son *ininteligentes*; de ahí que el concurso en los agregados sociales sea mutuamente consentido y que las relaciones en él revistan el carácter de convencionales. Ni más ni menos que piensa Fouillée, y que, aunque con otras explicaciones, afirma Schäffle. Greef, sin embargo, no se pone en abierta oposición con Spencer, ni con Comte; aprovecha las conclusiones del procedimiento analógico empleado por aquél, y luego por su lado, declarando el estudio incompleto, lo continúa con las afirmaciones que supone la teoría del



*organismo convencional*. La sociología de este autor no abarca sólo el problema indicado: tiene, al igual que Schäffle, un análisis descriptivo del organismo de la sociedad (1), procurando presentarlo de un modo á la vez concreto, según un determinado estado de desenvolvimiento y en su larga y trabajosa elaboración. Muchos y muy fundados reparos pueden oponerse sin duda á esta concepción de la sociedad, según Fouillée y Greef, pero no es del caso detenerse á eso. Sólo nos fijaremos en lo siguiente. Si la característica de lo sociológico es, como afirma Greef, la índole inteligente de las unidades que forman el agregado social y la forma convencional del concurso en él, y sólo por esto la sociología tiene un método y se diferencia de otras ciencias, una de dos: ó no son de la sociedad las manifestaciones inconscientes que en ella hay sin duda, ni pueden considerarse como sociedades á las rudimentarias, ó bien, aun cuando lo sean, no han de ser materia de la sociología. Por nuestra parte, pensamos que una ciencia no puede referirse á una manifestación determinada de un objeto desechando otros; si la sociología es la ciencia de la sociedad, debiera comprender la sociedad en sí misma, y en la variedad de sus diversas manifestaciones; en modo alguno puede circunscribirse á una de éstas, aunque sea la más alta y complicada.

De todas suertes, no puede desconocerse la importancia grande que para la sociología tiene el aspecto de la cuestión estudiado por Fouillée y por Schäffle, como lo tiene sin duda el punto de vista, originalísimo por cierto, de Tarde. En rigor, este autor no ha salido en absoluto del procedimiento analógico, sino que las analogías se

(1) Obra citada, vol. II.

buscan en otros órdenes distintos del fisiológico y biológico. Las analogías principales de la sociedad, para Tarde, están en la dialéctica especialmente. El proceso social es en el fondo como un proceso lógico. Además, Tarde procura buscar la explicación de la sociedad en ella misma, no en las ciencias, que en todo caso la condicionan, y atiende para explicarla, como Schäffle, y como en sus estudios hace Guyau, á las *ideas*. Para él tienen más importancia éstas, como elemento ó fuerza de cohesión, que los elementos de carácter material. En efecto: con un territorio y con individuos no tenemos sociedad; es preciso algo que determine una unión permanente y coherente en esos individuos; esto lo consigue un sentimiento común; por fin, una *idea*. Dos clases de fuerza mueven el mundo social: la *imitación* (hija de la sugestión que una idea ejerce en varios) y la *innovación* (que determina las posibles variaciones del conjunto social en virtud de una idea nueva). Con lo cual se viene implícitamente á afirmar, de un lado, el procedimiento de la sociedad en la cualidad de sociable del individuo que lo sea, y por otro, la sustantividad y realidad del fenómeno social, es decir, de la sociedad misma.

\* \* \*

Aunque ligeramente (no podíamos hacer otra cosa, ni entraba en nuestro plan), hemos procurado dar una idea de las principales manifestaciones de la sociología en los libros. Como se ve por la calidad de los autores, cuanto por su número y por el intrínseco valor de las opiniones, la nueva ciencia tiene una importancia indudable. No

puede renegar de sus largos é interesantes antecedentes históricos; acaso sus conceptos fundamentales estén contenidos en obras de otros tiempos; pero no es dado desconocer que, por lo que toca al detalle del conocimiento, á la reunión de materiales, á la aplicación de nuevos métodos, la sociología moderna, á partir de Comte, alcanza un vuelo extraordinario. Y si atendemos á la manifestación literaria de la misma en los últimos autores á que aludimos, es preciso reconocer cierta tendencia saludable á romper los estrechos moldes en que al principio parecían querer encerrársela. Un examen crítico detenido de las diversas cuestiones que constituyen la introducción á la sociología, tal como han sido planteadas y resueltas por los autores citados, demostraría lo que decimos. Quizá con tiempo y con mayor espacio lo acometa algún día; hoy por hoy, para el objeto del presente estudio, basta, á mi modo de ver, con lo dicho.

ADOLFO POSADA.

OVIEDO, Noviembre 1889.



## ¿POR QUÉ ESTÁ DESCONTENTO

### EL EJÉRCITO?

QUIÉN no recuerda la anécdota del inglés aquel que durante años siguió á un domador de fieras en su vida vagabunda, asistiendo á todas las representaciones, hasta que tuvo la satisfacción relativa de ver confirmada su opinión : que las fieras se comerían al domador? También yo, desde que el general Cassola apareció en la escena política, le he seguido incesantemente ; cuando todo el mundo decía que él, con sus reformas, haría de nuestro ejército político un ejército nacional, que con ellas llevaría á ese ejército la satisfacción de que carecía, la perfección técnica que anhelaba, cuando todo eso era moneda corriente, yo, no sólo dudaba, sino que aseguraba lo contrario. En folletos, en revistas, en diarios, he sostenido siempre que las reformas del general Cassola empezaban por ser imposibles por motivos económicos, que si éstos desaparecieran, aún las reformas serían inútiles ; pero sobre todo, que eran contrarias á las necesidades de la nación y nada ventajosas

para la situación social del ejército. La sesión celebrada en el Congreso el 29 de Marzo ha sido para mí el momento en que el inglés tuvo razón, en que la fiera se tragó al domador.

El general Cassola, por la fuerza incontrastable de los sucesos, se presentó en la tal sesión como el paladín de una causa que él mismo reconocía muy mala, la indiscreción del general Dabán; pero como no quería ni le convenía defender la falta de disciplina, como no le importaba cosa mayor la inmunidad parlamentaria, ni la veía amenazada, lo que él creyó que le tocaba sostener era el fundamento del acto del general Dabán, el descontento del ejército. Y entonces el general Bermúdez Reina, ministro de la Guerra, ministro con el Sr. Sagasta, que tres años antes había elevado al ministerio al general Cassola para plantear las célebres reformas, exclamó dirigiéndose á este último:

—Las reformas de su señoría son, en gran parte, causa de ese descontento.

—Y entonces, ¿por qué las aceptó el Sr. Sagasta?— preguntó Cassola.

—Porque no las conocía, y me fiaba de la competencia de su señoría,—contestó el más imperturbable de los jefes de Gabinete presentes, pasados y futuros.

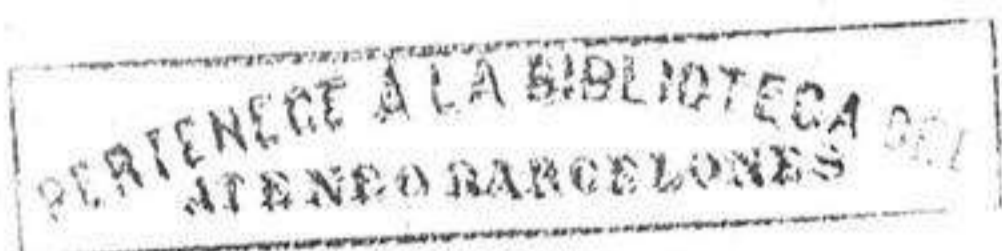
Así es; porque los hombres de Estado no estudiaron las reformas del general Cassola; porque al aceptarlas como parte de un programa de gobierno hicieron creer que eran posibles, que eran convenientes; porque á medida que se fueron convenciendo de su impracticabilidad y de sus inconvenientes fueron abandonándolas hipócritamente, con pretextos, no con razones; por eso hoy el ejército está dividido, pero todo él descontento; por eso circulan periódicos militares (así se llaman ellos) que son un ataque

diario al prestigio del ejército, y no son un peligro porque no está el horno para bollos; por eso el general Dabán se hizo la ilusión de que habían llegado los tiempos de escribir su carta, y, Josué de repetición, quiso parar el curso del sol por segunda vez; por eso el general Cassola se ha separado del Sr. Sagasta y se ha constituido en alma de una conjura estéril para todo lo útil, fecunda para dar pretextos á la incurable pereza del jefe del partido liberal; por eso, sobre todo, hoy es muy difícil que ministro alguno se atreva á proponer y menos á realizar la verdadera reorganización del ejército, la única compatible con nuestras necesidades y nuestras posibilidades, pero cuyos rasgos característicos y esenciales son, como no pueden menos de ser, la contradicción absoluta de la obra abortada del general Cassola.

No sé si el general Bermúdez Reina, al señalar las reformas cassolistas como motivo del desasosiego que siente el ejército, habrá pensado únicamente en aquella parte de ellas que hoy rige ya como ley constitutiva de aquel; yo veo la cuestión de otro modo. La supresión del dualismo, el despojo sufrido por los cuerpos facultativos del derecho á ascender á generales en sus escalas, no pueden ser causa del descontento de las armas generales; verdad es que la satisfacción que tales medidas causaron en los últimos ha sido efímera, como no podía menos; pero el disgusto tiene motivo más hondo.

La fórmula del descontento ha sido consagrada por el general Cassola: «los hombres políticos son enemigos del ejército; por eso han aceptado la parte de las reformas que no podían menos de lastimar intereses particulares; por eso han rechazado aquella otra parte que hubiera dado prestigio á todo el ejército, satisfacción á sus individuos y garantía á la nación.» Y ahora quiero examinar

qué hay de cierto en estas afirmaciones: si realmente el ejército es objeto de animadversión para un partido político ó para todos, ó si el descontento proviene de que los militares creen que existe tal animadversión.



Que el ejército está atravesando una época de desasosiego y molestia, es un hecho claro como la luz del día; que los políticos tienen de ello la culpa en gran parte, ya lo he dicho, pero fácil es probar que su pecado es puramente de omisión. El ejército está sufriendo las consecuencias de la falta de competencia técnica que reina en las altas esferas de la política; su mal estado, su situación deplorable, y bastante deplorada, no es peor que la de los otros organismos sociales; tan mal ó peor que el ejército en todos conceptos están la instrucción pública, la administración, la magistratura; tendría que esforzarme mucho, y de fijo sin éxito, para sintetizar el complejo estado social y político, del que sólo es un detalle la situación interior militar; creo que llegaré más pronto al objeto que me propongo concretando la cuestión.

Tres años, poco mas ó menos, hace que Sagasta llamaba al ministerio de la Guerra al general Cassola para que plantease un proyecto completo de reorganización militar, cuyo resultado habría de ser elevar el ejército español al nivel profesional que en las grandes potencias europeas han alcanzado ó conservado los ejércitos; corolario de esta transformación técnica sería un aumento de prestigio, de consideración social, de donde



dimanaría la interior satisfacción y el aquietamiento de todos los impulsos levantiscos debidos á la herencia, y acaso, acaso á la selección. Es cosa averiguada que el Sr. Sagasta no se enteró del alcance ni de la posibilidad de semejante proyecto; lo consideró á la altura de la competencia y talento del autor, lo recomendó eficazmente á la benevolencia de la mayoría parlamentaria y de la prensa ministerial, y descansó. Cierto es también que el plan de reformas poseía la apariencia más adecuada para producir en ánimos distraídos la ilusión apetecida, y el vulgo político aplaudió con tanto mayor entusiasmo cuanto más estrictamente se ceñía el proyecto á los modelos exóticos que brillaban por sus éxitos, y aun por su racional organización; pasmoso es, sin embargo, que el instinto, ya que no otra cosa, no haya puesto en guardia á nuestros gobernantes contra una imitación tan perfecta; no se comprende que ni por un momento dieran por bueno para España pobre y neutral lo que era indispensable para naciones ricas y empeñadas en belicosas empresas. Misterios, diría, si el patriotismo consistiera en ocultar la verdad; cosa naturalísima, debo decir, en un país en el que la educación no ha tenido quien se ocupara de ella jamás en las alturas del poder. Asistiendo á los exámenes de nuestros bachilleres se comprende perfectamente lo que puede dar de sí nuestro Parlamento, cuando la inmensa mayoría no se siente empujada en algún sentido por algún hombre de genio, ó siquiera de gran talento é ilustración; dejada á sus propias fuerzas, resolverá todos los problemas como resolvió el de las reformas militares.

Más disculpable es que la alucinación de los políticos haya sido compartida por una gran parte de los militares; siempre las colectividades creen posible lo que las lisonjea, y la oficialidad de nuestro ejército debía sentirse li-

sonjeada por las promesas de ser colocada á la altura técnica y social alcanzada en los ejércitos más atendidos, de que tendríamos en un *santiamén* (como aquí gustan las cosas) huestes no tan numerosas, pero sí tan preparadas para la guerra, para la gran guerra con el extranjero, como pueden estarlo las alemanas ó las francesas. Hasta las circunstancias eran propicias para la ilusión; habíanse terminado poco antes dos guerras civiles, y todos deseaban que fueran las últimas; pero el recuerdo de las hazañas, el estímulo de las carreras rápidas se reunían á la natural aspiración de los que á las armas se dedican, y en la reforma á la tudesca veían las ambiciones nobles una promesa de que los sueños de gloria, los anhelos de la bravura podrían realizarse algún día, acaso pronto: ¿y quién puede vituperar en un militar aspiraciones, que se enlazan tan íntimamente para tantos hombres con las aspiraciones nacionales? Á esta esperanza nobilísima de dar á la patria gloria y predominio á costa de su sangre, hay que añadir otra muy legítima que las reformas presentaban para nuestros militares; la de que aumentaría su consideración social, y probablemente su bienestar material, cosas á que sólo renuncian realmente los ascetas y de palabra los hipócritas.

¿Quién, pues, debe extrañar que las reformas del general Cassola adquirieran desde el principio gran partido en el ejército? Aunque entre esas reformas no figuraran medidas falsamente igualitarias que lisonjearon pasiones censurables, hubieran tenido siempre, no ya partidarios, sino sectarios ardientes, de esos que no conciben la contradicción y que califican al adversario de mal patriota y enemigo del ejército, porque en su exaltación no pueden comprender que haya quien se someta á las imposiciones de la realidad antes de haber sufrido la lección de la ex-

perencia. No, la ingente masa de nuestra oficialidad, descontenta del presente, desesperada del porvenir, no tenía obligación de escudriñar en los proyectos del general Cassola, no tenía obligación de buscar en ellos los vicios originales que los hacían irrealizables ó estériles ; esa tarea incumbía á los hombres políticos, y sobre todo á los que entonces gobernaban y hoy gobiernan todavía ; por pereza la desdeñaron cuando era oportuna, cuando hubiera sido eficaz; y hoy que saben, ó poco menos, á qué atenerse, son impotentes para remediar el mal producido por su incuria, por su poca aprensión. Hoy, una gran mayoría de los oficiales del ejército piensa (y una minoría importante lo grita á voz en cuello) : «No estamos contentos porque no habéis querido darnos las reformas que nos habíais prometido ; y no habéis querido, porque tenéis odio al general Cassola y á nosotros miedo». Y este concepto, que merece la conducta de los hombres parlamentarios á los oficiales del ejército, es indudablemente un mal grave para la marcha de la política, pero es una consecuencia fatal de cómo hacemos aquí política y políticos.

Duele mucho más que las cosas hayan llegado á este punto, cuando se piensa lo fácil que hubiera sido encauzar la opinión en un principio. Aún recuerdo la primera sesión del Senado en que el general Cassola se levantó á preparar el terreno ; hubo en sus palabras un olor á reticencia pavorosa, una alusión á posibles calamidades, que no debió pasar sin correctivos por parte de los hombres que por estar al frente de los destinos de la nación tienen obligación de conocer y discernir lo verosímil y lo inverosímil. ¿Y qué habrá más inverosímil en el campo de la política internacional europea que una invasión del territorio español por ejércitos extranjeros? Algún tiempo

:

después se habló de la necesidad de recobrar, ó adquirir, más alto rango entre las potencias europeas; y así como un sujeto se hace un frac para asistir á un sarao, así nosotros debíamos hacernos un ejército respetable para tomar asiento entre los anfictiones europeos; como si éstos, para admitirnos en calidad de pares, no hubieran de enterarse antes de á qué altura estábamos en otras muchas cosas, sin las cuales, aun dado que pudiera haber ejércitos, éstos carecen de fuerza efectiva. Pero sobre todo, donde brilla la impericia es en la cuestión económica; esta es la hora en que tras de interminables discusiones, dedicadas en ambas Cámaras á las reformas militares, puede el general Cassola decir que nadie ha rebatido una de sus más peregrinas afirmaciones, la de que sus reformas militares producirían una respetable economía en el presupuesto de la Guerra; al principio pasó la especie como incontrovertible; luego, cuando la mayoría empezó á convencerse, *grosso modo*, de que las reformas eran impracticables, algún diputado se atrevió á poner en duda tal afirmación. Pero todavía nadie en el Parlamento ha pedido al general la única prueba convincente: un presupuesto del ramo de Guerra, redactado para el ejército reformado según sus proyectos; fuera del Parlamento lo he pedido yo hace tiempo, y no he podido conseguirlo. No, el general Cassola no puede hacer entrar el ejército de sus sueños en la realidad económica; pero aunque tanto lograra, aunque hiciera el milagro, ó aunque del país exigiera otro, el de dotar el presupuesto de Guerra á gusto del general, todavía los hombres técnicos, las gentes de guerra no se darían por satisfechos. Los planes del general Cassola no darían á nuestro ejército sino la apariencia de los ejércitos extranjeros; la fuerza intrínseca sería tan deficiente como en la actuali-

dad. No puedo probar aquí mi aserto, pero lo he probado en mi folleto *La reducción del contingente*, cuya parte crítica de las reformas del general Cassola aún no ha sido refutada por nadie; y no puedo achacar el silencio á menosprecio de mi trabajo, pues éste ha servido de tema de discusión durante algunas sesiones, en el pasado mes de Junio, á los debates del Congreso.

Si la incongruencia de los planes reformistas con la situación política y económica de la nación; si su insuficiencia técnica no fueron advertidas á tiempo para rechazar también á tiempo tales planes, para no haber dado lugar á ilusiones generosas que repugnan el desengaño, tanto más cuanto que ninguna voz autorizada ha resonado todavía para señalar el error, si todo esto ha sucedido, culpa es de los políticos, sí; pero no resultado de animadversión instintiva ó razonada contra el ejército, sino consecuencia necesaria de la imprevisión de unos pocos y de la incompetencia de muchos. Cuando el general Cassola, después de haber defendido, no sin brillo, sus lucubraciones de ataques incoherentes, vagos, sin método ni plan, tuvo que dejar el ministerio de la Guerra, no debió haberse dado lugar á la creencia de que esto acaecía, bien por que dos generales conspicuos resultaban incompatibles entre sí, bien porque el ministro de la Guerra hacía sombra al jefe del partido gobernante; la sana política exigía, como siempre, la manifestación de la verdad, y en la época á que aludo creo que el Sr. Sagasta la conocía lo suficiente para haber hablado aproximadamente en estos términos:

«Me he convencido de que las reformas que me propuso el general Cassola, y que acepté con alguna ligereza, ni deben ni pueden realizarse. Yo aceptaría esas reformas, y sería obligación mía imponerlas contra viento

y marea, lo mismo á sus adversarios técnicos que al país contribuyente, si la política internacional entre los asuntos inmediatos contase la intervención de España, bien al lado de los franceses en el Rhin y los Alpes; bien en frente de ellos en el Garonne y en los Pirineos. Aún apoyaría esas reformas si fuese verosímil la necesidad de defender el territorio en plazo breve, si bien entonces exigiría que se concediese atención á elementos defensivos que resultan preteridos en esos proyectos. Pero en nuestra situación política exterior, yo no puedo aprobar planes que en nada favorecen la transformación radical que exige nuestro ejército; en nuestra situación económica tampoco puedo aumentar el presupuesto de la Guerra en la cantidad importante, que sería indispensable para lograr que las apariencias de progreso, que revisten esas reformas, correspondieran á un progreso real y efectivo. Yo no quiero imponer sacrificios insostenibles al contribuyente por el simple placer de tener un instrumento de guerra que de nada serviría, ni aun de medio para conquistar la vanagloria de la influencia diplomática; yo no quiero gastar el dinero, que hoy dedica el país á su ejército, en dar á éste una simple apariencia de fuerza. Por eso, y sólo por eso, las reformas del general Cassola cesan de formar parte del gobierno liberal».

Hubiera hablado así el Sr. Sagasta, con la decisión que era necesaria en frente de la fe carbonaria del general Cassola, y á su lado hubiera tenido muchos militares, pero muchos, y también muchos hombres civiles, para sostener con argumentos irrefutables sus aseveraciones; y muchos también le hubieran ayudado á exponer y propagar el verdadero espíritu que debe informar el plan de reorganización de nuestro ejército. De esto no he de tratar hoy; sólo me había propuesto buscar el motivo de un

fenómeno político: el desasosiego que experimenta el ejército; y lo he expuesto tal como á mí se me aparece, dejando á un lado causas secundarias.

El fondo, la esencia de ese desasosiego reside en la aspiración á la reforma, aspiración, no sólo legítima por parte de los militares, sino aprobada por la nación, que siente con mayor ó menor conciencia la necesidad de la reforma. Los síntomas agudos del desasosiego, el lenguaje de los periódicos militares, las conferencias y escritos más discretos y razonables, los discursos parlamentarios, la célebre carta del general Dabán, todo eso revela una crisis ocasionada por el dolor del desengaño que ha causado el fracaso de las reformas del general Cassola. Es seguro que la crisis desaparecerá sin resolución temible para los intereses nacionales; pero desaparecerá la de ahora para dar lugar á otra, y á otra después, hasta que haya quien se ocupe en la curación del mal. Difícil es señalar con precisión el procedimiento adecuado; no basta ya saber adónde se quiere ir, ó adónde conviene ir; tales complicaciones han sobrevenido, de tal modo se han excitado las pasiones, de tal manera se han confundido y mezclado los intereses generales y los particulares, que me parece obra de romanos, obra de paciencia y energía indomable, no sólo resolver el problema, sino tan sólo plantearlo en sus debidos términos.

Pero á grandes rasgos es posible indicar lo conveniente, pues de algo ha de servir la lección recibida. Conviene en primer término ilustrar á nuestros políticos y á nuestros militares respecto á lo que necesitamos y podemos tener en materia de ejército; esta tarea exige el concurso asiduo de nuestras eminencias políticas y militares, y no debe dejarse á la iniciativa de un hombre

solo, por eximio y competente que sea ó parezca ser. Determinado el objeto de la reforma, debe prepararse ésta, mejor que en el Parlamento, en el seno de corporaciones militares competentes; y preparada con arreglo á las bases políticas y económicas de antemano convenidas, la discusión parlamentaria será expedita; y en todo caso, los militares sabrán que, si hay que hacer algún sacrificio real ó aparente, no se lo ha impuesto una mayoría parlamentaria, sino la razón y la necesidad.

Precisamente hace tres años que se viene siguiendo una marcha opuesta á la que señalo como necesaria; no es mucha presunción creer que si en el extremo á que hemos llegado se ha tropezado con lo intolerable, en el otro debe estar lo conveniente. Y lo conveniente es ante todo la subordinación racional de los intereses de clase á los intereses generales; pero subordinación íntima, que sólo produce la persuasión.

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

\*\*\*

Y volviendo al inglés del cuento: ¿no es cierto que quien desde el principio auguró que las reformas del general Cassola serían motivo de perturbación, al oír asegurarlo desde el banco azul á un ministro de la Guerra, y al oír el asentimiento de todo un presidente del Consejo de ministros, pudo experimentar una relativa satisfacción? Algo censurable es esto en términos generales, pero no en el caso presente. El general Cassola quiso sujetar la realidad, quiso domeñarla y obligarla á rendirse ante un sueño generoso, levantado, pero sueño al fin; y la rea-



lidad se ha vengado cruelmente, no sólo venciendo, sino tomando por heraldo de su victoria á quien menos ciertamente le correspondía tal honor; y conste que no me refiero al actual ministro de la Guerra. Pueda el Sr. Sagasta remediar el daño que su imprevisión ha causado, y como ha pasado la época de los hombres impecables é infalibles, si llega á la meta, nada amenguarían su gloria los extravíos de la ruta.

JENARO ALAS.



## CARTAS AL SEÑOR DON JUAN VALERA

SOBRE ASUNTOS AMERICANOS (1).

*Sr. D. Juan Valera.*

Madrid (\*).

MUY respetado señor mío:  
*La Nación* de esta ciudad ha reproducido en su número de 25 del corriente una *Carta americana* de V., dirigida al distinguido literato ecuatoriano señor D. Juan León Mera, acerca de *La Poesía y la Novela en*

(1) La carta que se va á leer se refiere al siguiente fragmento de una del Sr. Valera dirigida al Sr. D. Juan León Mera, del Ecuador, y reproducida en *La Nación* de Bogotá, número 421. Se copia dicho fragmento para mejor inteligencia del asunto:

«Un ilustre cubano, D. Rafael Merchán, que vive en Bogotá ahora, se extrema más que V. en esta acusación. Todo iba por ahí divinamente. Acaso habían sido Manco-Capac y Bochica más sabios que Sócrates y que Aristóteles. Acaso, si no llegamos ahí los españoles, los indios se perfeccionan, nos cogen la delantera, y son ellos los que vienen á Europa á civilizarnos. Si Colón, Cortés y Pizarro no van á América en los siglos xv y xvi, es probable que en el xvii, los emperadores, aztecas ó los incas

---

(\*) El Sr. Valera contestará muy pronto en este mismo lugar á la presente carta, y á la que publicaremos en el próximo número.

(N. de la D.)

*el Ecuador*; y á esa casualidad debo el tener á la vista tan interesante producción, y la parte que en ella me concierne.

Antes de abordar el objeto de la presente epístola, quiero aprovechar la oportunidad para felicitar á V. por sus trascendentales *Cartas americanas*; tanto por el desempeño como por el móvil. Tocante al primero, un elogio más entre los muchos que V. diariamente recibe de la prensa de ambos mundos, poco le importará; pero aun así, se lo dirijo calurosamente, sin que se disminuya su sinceridad por mi discrepancia de tal ó cuál de sus siempre respetables opiniones. Y respecto al móvil, la unión de España con sus antiguas colonias, hoy repúblicas, no puede ser más generoso ni más elevado. De él trataré más adelante, y entro ya en materia.

Dije yo en uno de mis *Estudios críticos*, á propósito de una obra del Sr. Zerda y de otra del Sr. Bachiller,

nos hubieran enviado navegantes y conquistadores, que hubieran descubierto, conquistado y civilizado la Europa allá á su modo.

»Por fortuna, los españoles madrugamos, fuimos por ahí antes de que los indios despertasen y viniesen, y dimos al traste con todo. «Todo »perció,—dice el Sr. Merchán,—razas, monumentos, libros, ídolos, »culto, ciencia, todo quedó destruído.»

»El Sr. Merchán dice, y dice bien, que los seres inteligentes, aunque no nos conozcamos y vivamos en regiones distintas, realizamos un pensamiento común y contribuimos á una grande obra. Pero los españoles fuimos por ahí y arrancamos medio mundo á esa elaboración universal. Y no contentos con arruinar la civilización americana, quisimos borrar y borrar hasta la memoria de ella, arrasando «los monumentos más apreciables», y convirtiendo ese continente en una inmensa tumba de razas que tenían tanto que decirnos.

»Todo eso es una serie de suposiciones gratuitas del Sr. Merchán. Las razas indígenas de América no han perecido. Hoy acaso existen más indios en México y en el Perú que los que había cuando la conquista; y si no hay más indios en el Paraguay, es por las guerras recientes que les han hecho los brasileños y argentinos. Todo cuanto los indios tenían que decirnos nos lo han dicho. Y si hoy Liborio Zerda, Antonio Bachiller y Morales y otros americanistas lo exponen, no faltaron, desde los primeros días del establecimiento de los españoles, sabios curiosos, misioneros llenos de caridad y de indulgencia y escritores sinceros que lo ex-

que aquí en América había habido varias civilizaciones que no llegaron á su apogeo, pero que, incompletas tanto como se quiera, ó rudas ó embrionarias, eran siempre civilizaciones; y que la conquista, en vez de conservarnos lo que encontró, para facilitarnos el estudio de aquel pasado lleno de misterio, las dejó en devastación. Y V. observa:

«Todo eso es una serie de suposiciones gratuitas del Sr. Merchán».

La acusación es de mucha entidad, Sr. Valera, y ha sido necesario que la vea yo suscrita por el autorizado

pusiesen con amor, más bien ponderando las virtudes y excelencias de los indios que denigrándolos.

»En suma, la historia de América, antes de Colón, es bastante oscura, mas no por culpa de los españoles, y lo que de esa historia se sabe, más induce á creer lo contrario de lo que V., el Sr. Merchán y el señor Montalvo insinúan ó medio sostienen á veces.

»En vez de ese progreso que Vds. imaginan, los indios seguían en decadencia.

»Acaso si se retarda un siglo la llegada de los españoles, los imperios azteca, peruano y chibcha hubieran desaparecido, como ya habían desaparecido en América otras semicivilizaciones, y acaso no hubieran hallado Pizarro, Cortés y Jiménez de Quesada más que salvajes antropófagos, adoradores del diablo como los patagones y borinqueños, no sabiendo contar más que hasta diez, y *tatuados* ó pintados con espantosos dibujos ó untados con grasas rancias y apestosas, en vez de andar vestidos.

»Indudablemente el salvajismo de los americanos de antes de la conquista europea, así como la semibarbarie de varios pueblos del Nuevo Mundo y de Asia y de Africa, antes de ponerse en contacto con Europa, no indican que había ó hay ahí razas nuevas, que por sí solas puedan elevarse ó que están ó estuvieron en vías de elevarse á la civilización, sino más bien dan claro y triste indicio de razas antiguas, decaídas ó degradadas, que han perdido su civilización, si la tuvieron. De esas razas se puede afirmar lo que el Sr. Pi y Margall, citado por el propio Sr. Merchán, afirma de los guatemaltecos, al fijarse en los monumentos suntuosos y artísticos de Palenque y de Mitla: «Lejos de admitir, dice, que sean jóvenes aquellos pueblos, estoy por sospechar con Humboldt que estaban en decadencia á la llegada de los españoles y que habían perdido la memoria de lo que un tiempo fueron. Ignoraban hasta la existencia de esos grandiosos restos de una civilización pasada». De esta civilización pasada ó remota de los pueblos de América, cuando llegaron los españoles, quedaron recuerdos ó restos, que es casi seguro que hubieran desaparecido también si no acude á tiempo aún la civilización europea á regenerar al salvaje ó al semisalvaje americano.»

nombre de V., para que cargue en ella la consideración, puesto que mi defensa no ha de ser sino la exposición de lo que pudiéramos llamar lugares comunes de la Historia, es decir, de hechos sabidos por todos, corroborados con testimonios irrecusables, divulgados por plumas de indisputable competencia, y, lo que es más contundente, por escritores españoles.

Esta discusión por ninguno de sus aspectos será nueva; se puede formar bibliotecas con lo que sobre el asunto se ha escrito en diversos idiomas; hace cuatro ó cinco años lo dilucidaron nuevamente en periódicos de México el ilustrado escritor de aquel país, Sr. Selva, y un español digno, por su cultura, de su adversario, y que se firmaba con el pseudónimo de *Junius*; mas, por lo que á mí hace, V. no podrá, Sr. Valera, dirigirme con justicia el cargo que al Sr. Selva lanzó *Junius*, de abrigar el propósito de denigrar el nombre de España. Ciertamente la censuro como potencia colonizadora, pero no por ojeriza, sino por seguir esta máxima de V. mismo: «La verdad ante todo, por amarga que sea». Prueba de ello puede hallar en mis escritos anteriores, y séame permitido citar aquí en abono mío un fragmento de una carta con que me honró el Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, á propósito del libro que á V. ha escandalizado:

«En algunas opiniones no podemos convenir; pero aplaudo la templanza y discreción con que V. expone las suyas, procurando mantenerse libre de todo fanatismo de escuela ó de partido: lo cual se advierte aun en el mismo artículo sobre Zenea...., á pesar de lo resbaladizo del asunto.... (1)».

He hecho por merecer, y creo que merezco, ese juicio de su cofrade en la Academia; y esté V. seguro de

(1) Lo suprimido son frases de pura benevolencia, que no hacen al caso.

que no saldrán de mi pluma conceptos como los que otro esclarecido mexicano, el Sr. D. Ignacio Ramírez, dirigió hace pocos años al Sr. Castelar en otra polémica que se elevó á la más alta potencia de sonoridad.

Yo no dicto la Historia, Sr. Valera; he venido demasiado tarde á un mundo demasiado viejo, como el cantor de *Rolla*; he aprendido lo que Vds. mismos me han enseñado, y lo he repetido después con fidelidad, apoyándome en Vds. mismos. Culpa de Vds. es, y de la imprenta, si en los tiempos que corren «apenas habrá persona que no sepa más de lo que conviene», como dijo V. con su donaire habitual en el prólogo de una obra del citado Sr. Menéndez y Pelayo.

Dos son las afirmaciones tuyas á que debo principalmente referirme. La primera, que los indios vivían en decadencia tal á la venida de los europeos, que si éstos hubiesen llegado un siglo después, acaso los hubieran encontrado sumidos en barbarie absoluta. La segunda, que los conquistadores no destruyeron nada; que «las razas indígenas de América no han perecido», que «todo cuanto los indios tenían que decirnos, nos lo han dicho».

El malogrado Revilla, que lo calificaba á V. de escéptico y optimista, y agregaba que, reclinado V. «en la dulce almohada de la duda», hacía «juegos malabares con todas las ideas», y nunca afirmaba ni negaba nada resueltamente, se quedaría asombrado de ver cómo afirma V. ahora, y cómo niega, y cómo es pesimista respecto de los aborígenes de América, sin dejar de ser, ó precisamente por ser, optimista con relación á los conquistadores.

Vamos á ver cómo ocurrieron las cosas, y para empezar, parodiaré á Tácito en su *Vida de Agrícola*, diciéndole: de parte de V. estará el mérito del talento, del mío

el de la exactitud. Para ser más fiel, me veré precisado á que otros autores escriban por mí esta carta, la cual va á resultar que no será carta, sino embutido, pero tal inconveniente quedará compensado con la ventaja de patentizar que no *supongo* nada. Yo podría expresar con lenguaje propio cuanto dicen los libros y periódicos que voy á copiar; pero entonces, ¿cómo probar que ello no es obra de mi imaginación?

Por ejemplo, respecto del primer punto, si yo le negase á V. esa decadencia vecina del salvajismo; si se la negase con palabras mías, correría el riesgo de que V. volviese á decir que supongo gratuitamente. Y para que no caigamos, ni V. en la tentación ni yo en el daño, cederé la palabra á otros no acusados de suponer.

En las cartas de Hernán Cortés corren los grandes elogios que este conquistador hacía de los indios por su obra de manos; él remitió al Emperador varias muestras de los trabajos ejecutados para los templos cristianos, y se admiraba, dice, de que *tan ordenadamente y en razón* se gobernase un pueblo aislado de todo contacto con las naciones llamadas civilizadas.

Alonso de Zurita, que por cerca de veinte años estudió concienzudamente á México, y estuvo en relación con las audiencias coloniales, se indignaba de que llamasen *bárbaros* á los mexicanos, y decía que era preciso no conocerlos absolutamente para calificarlos así.

Clavijero afirma que los mexicanos, y en general todos los indígenas, estaban dotados prodigiosamente en cuanto á facultades intelectuales, y que andaban desacertados los europeos en creerlos pobres de inteligencia, pues muchos tenían un gran talento de imitación.

Diego de Landa dice que toda la faja de tierra pare-



cía formar una sola ciudad, para dar idea del brillante estado del territorio de Guatemala ; y eso no es figura de retórica, sino alusión á los innúmeros monumentos y edificios de varias clases esparcidos en toda su extensión.

Hace cosa de seis ó siete años fundaron Vds. en Madrid la *Biblioteca de los Americanistas*, y una de las primeras obras que publicaron, creo que la primera, fué la *Historia de Guatemala ó Recordación florida*, escrita en el siglo xvii por el capitán D. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, para rectificar los errores que había sacado la *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, publicada en 1632 por Fr. Alonso Remón, de la Orden de la Merced, y dada á luz (la de Fuentes y Guzmán) por primera vez en 1882, con notas é ilustraciones por D. Justo Zaragoza.

Fuentes y Guzmán, nació en «Santiago de los Caballeros de Guatemala»; pero era español desde la coronilla de la cabeza hasta la planta de los pies, como lo prueban su vida, su libro, su «excesiva crudeza» (frase de Zaragoza) contra Fr. Bartolomé de las Casas ; y al exponer los móviles que lo impulsaron á escribir, dice que uno de ellos fué (1) :

«Que en él (el Reino de Guatemala) había numerosísimas y grandes ciudades con magníficos y decorosos edificios, lo asienta así la verdad indeleble de mi Castillo (2), llamándolos recios pueblos, por lo numerosos que eran, pues había poblaciones de ocho y de diez mil casas ; siendo de tal calidad lo que hallaron erigido los conquistadores gloriosos de este Reino de Goathemala, que hablando con Alvarado, alegres y consolados le decían, que no tenía que echar menos á México con lo que habían descubierto. Y hoy se comprueba la notoriedad de esta opinión con

(1) Tomo 1, páginas 18 y 33.

(2) Bernal Díaz, folio 164, de su original borrador.—(Nota de F. y Guzmán).

lo que vemos vestigioso, y en otras partes en pie, de ostentativas máquinas materiales; en lo que se admira en el *Quiche*, *Tecpangoathemala*, pueblo antiguo de *Mixco*, edificios de *Gueguetenango* y de *Chialchitan* á modo de fortalezas, y otros admirablemente ordenados en la provincia de la *Verapaz*; y la fábrica maravillosa y subterránea del pueblo de *Pochuta*, que siendo de firmísima y sólida argamasa, camina y corre por lo interior de la sierra por distancia prolongada de nueve leguas, hasta el pueblo de *Tecpangoathemala*; que es argumento y prueba del soberano poder de aquellos Reyes, y numerosidad sin cálculo de los vasallos que los obedecían. Fuera de que, así para esto como para testimonio de sus grandes fábricas, también autoriza esta opinión la fortaleza de *Parrasquin*, que se ve bajando de *Totonicapa* á la costa del Sur. Y aunque yo sólo consideraba con pocos años, que muchas cosas de éstas me daban escritas los autores que leía, y que lo que me informaba la inspección contra aquellas narrativas era la miseria de unos habitables pajizos, si no me ladeaba á la incredulidad, á lo menos suspenso el juicio quedaba en lo neutral siempre surto; pero lo más de ello que tengo visto, me hace creer que aún no podré comprender para escribir todo lo que hay de maravillas singulares en estas nuevas y apreciables provincias; y con lo que afirma Torquemada, de que eran grandes ciudades las de *Goathemala* y *Utatlan*, fundadas de edificios maravillosos de cal y canto, pasaré adelante, á establecer el imperio de los Monarcas de estos Reinos.

.....

» Y aun es verdad que hubo entre los de esta nación algunas generaciones muy incultas y de especie de salvajes, que habitaban en los lagos, montañas y partes cavernosas de las selvas y páramos incultos; siendo éstos, por natural propensión suya á la caza y pesquerías, de que, sin duda, se sustentaban, y teniendo también ranchos, aunque pequeños y pobres, en sus *milpas*: de cuyo género de gentes no podrá decir España que no ha tenido algunos, pues los *Batuecos*, descubiertos en nuestros tiempos, no eran menos agrestes que éstos de quienes hablamos. Pero aunque eran así algunos, especialmente en algunas partes de la costa, en las cabeceras, cortes y pueblos numerosos no se hallaban, sino muy dados á lo político y esmerados en las artes; de que tuvieron conocimiento, y hubo y hay entre ellos, especialmente en la parte de los nobles y

principales indios, muy buenas capacidades, con don excelente de gobierno, y de muy buena y entera razón; sino que el no entenderles su idioma, y el estar ellos tan apagados y distantes de la memoria de sus principios, los hace parecer algo menos que brutos, siendo, no sólo contra razón, sino distante de la caridad el pensarlo. Porque me es preciso decir que, siendo ellos de dócil natural y muy humildes, es culpa grande, no sólo de los ministros eclesiásticos, sino mucho mayor de las justicias seculares, el que no sean mejores, poniendo más cuidado, pues Dios se los ha encomendado, que tengan más puntual educación y advertencia en su puerilidad, sobre que tan apretadamente y con tanta católica piedad hace repetidos encargos el Rey nuestro señor.»

D. José Morales y Santisteban, á quien V. no tachará ni de hijo renegado, ni de extranjero envidioso, ni de español imprudente, se expresa así respecto de *Hernán Cortés*:

«No vayamos á creer que la raza indígena se componía en México y en los Estados comarcanos de hordas más ó menos feroces, cuyo alimento fuera la caza, y cuya vida errante no les permitiera subir del primer escalón de los adelantamientos sociales. Nada de esto existía en la región que sirvió de teatro á las hazañas de Hernán Cortés. Había pueblos agricultores, ciudades opulentas, una religión bárbara, pero que había alcanzado un grado bastante alto de refinamiento teológico, gobiernos establecidos y variados en sus formas, desde la república federativa de Tlascala, hasta la monarquía casi absoluta de Méjico, y todo el aparato y la forma necesarios para que el poder subyugase la imaginación de los hombres. Tenían sus leyes, sus ejércitos, y vivían la vida agitada de los Estados europeos. Las artes habían también conseguido cierta perfección, y en algunos trabajos menudos que empleaban en el oro, la plata y las plumas, los mismos artífices españoles confesaban su propia inferioridad. En una palabra, habían alcanzado toda la civilización á que puede llegarse sin el uso del hierro ni del alfabeto.

» .... La civilización de México sería digna de citarse con elogio y de ponerse en parangón con la de los imperios más florecientes del Asia, si una mancha indeleble de sangre no empañara su esplendor.»

:

El Sr. D. Ángel de Gorostizaga, secretario del Museo Arqueológico de Madrid, describió en 1883 el Calendario azteca, del cual publicó un grabado en *La Ilustración Española y Americana*, y añadió:

«El ligero examen que hemos hecho de este notable monumento de los aztecas, nos hace comprender los vastos conocimientos que tenían de Astronomía, Cronología y Cosmografía; su genio artístico, pues el trabajo, como obra escultórica, se separa mucho del arte bárbaro y nos induce á admirar su civilización, pues un pueblo que así determina sus festividades, así divide su tiempo y así organiza su existencia, bien puede y debe llamarse pueblo civilizado» (1).

El eximio escritor D. Enrique José Varona (si no estoy equivocado) ha hablado en la *Revista de Cuba* de una obra extranjera que siento no conocer, pero cuyo recuerdo es oportuno aquí. Dice la *Revista*:

«En un libro publicado hace cuatro ó cinco meses sobre la *Economía Agrícola de los antiguos pueblos civilizados de América*, su autor, Max Steffer, vitupera á nuestra tan decantada superioridad caucásica, que fué incapaz para estudiar y fomentar la civilización de esas naciones, totalmente destruida por la dominación europea. Las reliquias que de ellas poseemos prueban de un modo claro que esa civilización no era en nada inferior á la de los conquistadores, sino, al contrario, que en muchos puntos era realmente superior. Tenemos hoy la certeza de que había una reglamentación económica sistemática, que cultivaban la tierra con industriosa diligencia, cuidadosa previsión y mucha habilidad práctica. El pueblo mexicano había asegurado la irrigación del suelo por medio de canales y sin máquinas, y los españoles, á pesar de tener en la Península obras parecidas fabricadas por los árabes, revelaron su incapacidad para apreciar el mérito de ellas, permitiendo que se arruinasen, y aun á veces destruyéndolas con la esperanza de encontrar tuberías de oro. La cultivación é irrigación del suelo eran consideradas como de interés público, y la

(1) *Ilustración Española y Americana* de Madrid, tomo 1 de 1883, páginas 345 y 354.

agricultura sujeta á reglamentaciones parecidas á las que actualmente existen en el Japón y la China. La división de la tierra y todos los cambios de la propiedad se hacían bajo la dirección de los magistrados. No tenían animales para enyugar, pero las propiedades eran tan pequeñas y tan sobria su alimentación, que no los necesitaban. El cultivo era más bien el de jardín que el de campo, y como no tenían animales, no les hacía falta la tierra adicional que éstos exigen. En la ausencia de animales domésticos habían adoptado procedimientos, aunque eficaces, muy minuciosos y penosos, para procurarse abonos, al estilo de los chinos. Los peruanos tenían la ventaja de sus depósitos de guano. Y, como los asiáticos orientales, no tenían leche los antiguos americanos, aunque pudieran haberla obtenido de la llama» (1).

Respecto del Perú, traducimos de la excelente obra *L'Amérique préhistorique*, del marqués de Nadaillac, lo que sigue:

«Quizá en ningún punto del globo ha desplegado el hombre mayor energía. En esas regiones infortunadas fué donde se elevó el Imperio más poderoso y más adelantado en civilización de ambas Américas, y hoy todavía todo hace despertar su recuerdo en la memoria: las ruinas imponentes que cubren el país, las fortalezas que lo defienden, los caminos que lo cruzan, las acequias que conducen el agua destinada á fertilizar los campos, los *tambos* ó casas de abrigo en las montañas para uso de viajeros, las obras de alfarería, las telas de lana y algodón, los adornos de oro y plata que se conservan en las sepulturas....» (2).

He aquí una página de la *Vida de Francisco Pizarro* por Quintana. Después de decir que Huayna-Capac era «el más poderoso, el más rico y el más hábil también de todos los príncipes peruanos», agrega:

«Él desvaneció con su valor los intentos de sus rivales, que quisieron disputarle el imperio después de muerto su padre; contuvo y apagó la re-

(1) *Revista de Cuba*, xv, 92.

(2) Página 387.

belión de algunas provincias, sujetó otras nuevas á su Imperio, visitólas todas para mantener en ellas el buen orden, dió leyes sabias, corrigió abusos en las costumbres, rodeó el trono de una grandeza y esplendor no visto hasta él, y se granjeó más veneración y respeto de su pueblos que otro monarca alguno de sus antepasados. Estableciéronse en su tiempo, ó se perfeccionaron mucho, tres grandes medios de comunicación, necesarios en provincias tan distantes y diversas: el uso de un dialecto general á todas ellas; el establecimiento de las postas para la prontitud de los avisos y de las noticias; en fin, los dos grandes caminos que conducían del Cuzco al Quito en una extensión de más de quinientas leguas. De estos dos caminos, uno iba por las sierras, otro por los llanos, y ambos estaban provistos, á la distancia propia y conveniente de estancias ó aposentamientos, que llamaban *tambos*, donde el Monarca, su corte y el ejército que llevaba, aunque fuese de veinte á treinta mil hombres, tomaba descanso, y renovaban, si era necesario, sus armas y sus vestidos. Obras verdaderamente reales, emprendidas y ejecutadas por los peruanos en gloria de su Inca, y que al principio tan útiles, después les fueron tan perjudiciales por la facilidad que dieron á los movimientos y marcha de los españoles para la conquista del país».

El escritor peruano, Sr. D. Pedro Paz-Soldán y Unanue (*Juan Arona*), en su obra tan laboriosa como útil, titulada *Diccionario de Peruanismos*, se expresa así:

«Los peruanos de hoy, que más ó menos directamente recibimos educación europea, y que por la sangre, el idioma y los nombres de familia, nos sentimos atraídos al viejo mundo y nos amamantamos en el amor de Grecia y Roma, mirando con indiferencia, con frialdad y hasta con desdén la civilización incaica que en realidad no es más que una tradición, debemos advertir que así, como á los negros racionales *les ofende el color*, así esa civilización que hoy menospreciamos no tuvo más baldón que el haber carecido de «Letras humanas», como diría Garcilaso,

«Yo con erudición, ¡ cuánto sabría!»

(*Espronceda.*)

Yo, á saber escribir, ¡ cuánto diría!,

podría contestar hoy la dinastía inca si resucitara. Expresado por escrito

por ellos mismos lo que practicaron ó dijeron de viva voz, quizá palidecerían las Pandectas de Justiniano y los Pensamientos de Marco Aurelio!» (1).

El arqueólogo norte-americano Mr. E. George Squier ha escrito la obra moderna más completa quizá sobre las antigüedades del Perú (2), pues él recorrió todas las comarcas de Lima, Truxillo, el lago Titicaca, Cuzco, Chinchero, Olantaytambo, etc., levantó planos, sacó vistas fotográficas, y lo describió todo con su reconocida competencia. Su libro es un poderoso alegato en defensa de la civilización inca, de la que dice que es la más importante y la más interesante de todas las aborígenes de América.

V. se burla del saber de los indios, que no nos legó nada que aumentase el acervo de la ciencia europea; pero aunque no se hubiera perdido la mayor parte de sus secretos, no estamos en el caso de pedir gollerías á pueblos que no disponían del hierro ni poseían métodos de escritura fáciles, como los nuestros. Y aun así, Boussingault, en una memoria que presentó en 1883 á la Academia de Ciencias de París, no tuvo embarazo en declarar que no conocía ni había acertado á reproducir el magnífico temple que daban los incas al metal de sus artefactos.

Hablando de los incas, dice el sabio Bachiller y Morales: «Casi valía su civilización tanto como la europea contemporánea, en lo general, y más en algunas materias que se contaminaron con las supersticiones y el fanatismo» (3). Y de la civilización mexicana: «una civilización espontánea americana que en algunos puntos era supe-

(1) JUAN DE ARONA : *Diccionario de Peruanismos*. Lima, 1883, artículo *Incas*, páginas 288 y 289.

(2) E. GEORGE SQUIER : *Incidents of Travel, and Exploration in the Land of the Incas*. New York, Harper, 1877.

(3) *Revista de Cuba*, XIII, 471.

rior á la europea en aquella época » (1). Nadaillac es de la misma opinión (2). Dabry de Thiersant compara la civilización mexicana con la española del siglo xv, y el resultado no es favorable para la segunda (3). Absténgome de reproducir sus palabras, demasiado enérgicas para que puedan armonizar con el tono de este escrito; pero á lo menos sirvan desde donde están para probar que yo no he *supuesto* nada.

De los chibchas, que estaban menos adelantados, no quiero hablar con detenimiento, por esa misma circunstancia de que nunca salieron al primer plano del cuadro, y por no abultar con más pliegos esta ya extensa epístola; sin embargo, me permitiré obsequiar á V. con un ejemplar del interesantísimo libro del sabio americanista señor doctor Liborio Zerda, sobre *El Dorado*, que le llegará al mismo tiempo que estas líneas; y que probablemente no será fácil conseguir por allá. Ese libro es el epitafio, es la oración fúnebre del pueblo que habitó esta sabana, y que si no igualó á los aztecas ni á los incas en el esplendor de su existencia, sí vistió, como ellos, el luto de una misma muerte.

Pero la civilización ó cultura de un pueblo no se mide solamente por sus edificios y artefactos; acaso más que en sus pirámides y en su industria se refleja en su legislación, en sus costumbres, en sus instituciones. Las crónicas, la correspondencia de los conquistadores, los informes de los virreyes y cuanto guardan Vds. inédito en sus archivos, contienen sobre estas materias datos abundantes. Como muestra, óigase al P. Calancha:

(1) *Revista de Cuba*, xv, 540.

(2) *L'Amérique préhistorique*, páginas vii y 349.

(3) *De l'origine des indiens du Nouveau Monde, et de leur civilisation.*—  
Paris, 1883.



«Verdaderamente pocas naciones hubo en el mundo, á mi ver, que tuviesen mejor gobierno que los incas. Luego diré acciones memorables de este Inca, que quiero que se sepa cuán bien gobernada estaba esta monarquía antes que entrasen los españoles». (1)

Pero como muchos de los escritores antiguos hayan sido tachados de exageración (cargo del que en justas proporciones los ha vindicado Bancroft), recomendaré á V. que refresque la memoria con la lectura de las obras de Prescott y del citado Bancroft, historiadores que ciertamente no son enemigos de España, ni aun cuando censuran «las demasías de los conquistadores», como las llama el Sr. Morales Santisteban. En estos últimos años se ha discutido si los indios tenían una literatura que valiera la pena; pero sin poseer sus cantos, sus poemas, todos los contornos de su pensamiento trazados en sus telas ó en la tradición oral, quizá la controversia no pueda adelantar gran cosa.

Si ahora se me dice que la civilización precolombiana tenía en todas sus fases sombras densas, convendré en ello, y agregaré que por eso la llamamos incompleta ó ruda; pero tales defectos ó vacíos no autorizan para escatimarle el título, así como nadie niega que hubo civilizaciones egipcia, asiria, cartaginesa, helénica, en tiempos en que el politeísmo ó la idolatría eran la religión de las respectivas naciones, y en que la sangre humana corría copiosa en los sacrificios de casi todos sus altares.

Adoptando la opinión de Humboldt y de Pi y Margall, que yo cité sin apropiármela ni combatirla, se inclina V. á creer que toda esa civilización pertenecía á una época tan remota, que su recuerdo se había borrado ya de la

(1) P. Merino Fr. ANTONIO DE LA CALANCHA.—*Crónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*.—Barcelona, 1638. Libro I, capítulo xv, pág. 98.

memoria de los indios de los siglos xv y xvi ; y hasta sospecho que aplaude V. al coronel Higginson por haber dicho satíricamente que no sabe qué diferencia hay entre «civilización prehistórica» y «barbarie evidente». Distingamos : la parte inmaterial, las instituciones políticas y civiles, lo que constituye la conciencia de los pueblos, estaba vigente en la época de la conquista, porque así lo atestiguan los cronistas de entonces, y por mucho que hayan exagerado en los detalles, el fondo de sus relaciones debe de ser verdad, y hay que admitirlo mientras carezcamos de pruebas en contrario. Queda por dilucidar la cuestión de los monumentos materiales ; y ese es un problema histórico que yo me declaro inhábil para resolver, y que en el estado actual de los estudios americanistas nadie lo puede tampoco. Hay dos opiniones principales : creen algunos, con Le Plongeon, que la antigüedad de esos edificios es muy remota ; que fueron levantados por razas altamente civilizadas, cuando toda la Europa estaba todavía en la edad de piedra (1). Otros sostienen que su fecha es mucho más reciente ; creen conceder demasiado fijándola en el siglo vii de la Era Cristiana, y varios sabios ni tanto admiten.

M. Desiré de Charnay, célebre viajero francés, encargado por su Gobierno de exploraciones arqueológicas en México y Madagascar, Java y Australia, y quien tuvo la buena suerte de desenterrar las más antiguas habitaciones de los Toltecas en Tula y Teotihuacan, dos cementerios desconocidos en Tenenepanco y Nahualac, la ciudad ignorada de Comalcalo en Tabasco y la de Lorrillard en las fronteras de Guatemala ; el Sr. Charnay, americanista de reputación universal, y que ha pasado

(1) J. D. BALDWIN. — *Ancient America*.

muchos años de su fructuosa vida excavando el suelo del Nuevo Mundo, es de los que niegan la remota antigüedad de los monumentos. Expuso sus razones en unas conferencias que dió en la Sociedad de Geografía de París en 1883, de las cuales tengo á la vista un resumen publicado en la *Revue Sud-américaine* de aquella capital, y que voy á traducir :

«La mayor parte de los viajeros y de los historiadores han pretendido que esos monumentos son antiquísimos, que pertenecieron á una población extinguida, y que, por consiguiente, estaban en ruinas hacía mucho, cuando los españoles entraron en Yucatán.

»Pero esta teoría ha sido vivamente combatida por M. Charnay, partidario de la contraria, la cual, á su juicio, es mucho más racional. Ya ha presentado muchas pruebas, y promete otras; por ahora no quiere más que dar á conocer un documento recién publicado.

»En su última conferencia discurrió M. Charnay acerca de Chichen-Itza, la gran ciudad de Yucatán. Los historiadores que han hablado de esas ruinas, llenos como estaban de preocupaciones, han dado informes que no nos pueden ilustrar lo bastante. Para adquirir pormenores exactos hay que acudir á los autores que trataron de dichos monumentos poco después de la conquista española.

»El obispo Landa, por ejemplo, dice á propósito de Chichen-Itza, que la visitó en 1556, esto es, treinta años apenas después del primer arribo de Montejo á Yucatán, y agrega: «Los pisos de los monumentos estaban »separados por divisiones de argamasa en perfecto estado....» Aquí tenemos desde luego algo en estado perfecto; luego los monumentos estaban íntegros. Después, refiriéndose al templo cuyo plano ha mostrado M. de Charnay á la Sociedad, dice: Para dirigirse al gran estanque en donde se sacrificaba á las víctimas, había una magnífica calzada de mampostería. Esas calzadas, acerca de las cuales llama M. Charnay especialmente la atención, son de origen tolteca, é idénticas en todas partes. Llegando á un pequeño templo que M. Charnay ha encontrado casi en ruinas, el historiador dice que ese edificio estaba lleno de vasos que contenían copal quemado hacía poco, ofrendas recientes, estatuas, ídolos, etc. Es decir,

que todavía se sacrificaba en él; todavía se rendía allí culto á los dioses locales, treinta años después de la llegada de Montejo á Yucatán, de 1541 á 1556, quince años después del establecimiento definitivo de los españoles en América.

»Podría hacerse, añade, una comparación muy curiosa entre esos monumentos separados por grandes divisiones de argamasa que se hallaban todavía enteras (y era preciso que fuesen, en efecto, muy sólidas, para haber resistido á veinte años de abandono en una región donde la vegetación es excesiva) entre esos monumentos, decíamos, y las ruinas de la Corte de Cuentas de París. En ésta, como es sabido, todas las losas han sido solevantadas, la mampostería rota, y se ven árboles que, en sólo doce años, han alcanzado una elevación de diez metros. Si se considera que esto ocurre bajo un clima donde la fuerza de vegetación no es ni la décima parte de la de los trópicos, se comprenderá que era bien natural que, después de veinte ó treinta años de abandono, una ciudad de las regiones americanas se encontrase en muy mal estado, y cubierta ya de una espesa vegetación; y no había señales de ésta entonces.

»M. Charnay había escrito y dicho todo esto cuando, hace apenas ocho días, recibió un libro publicado recientemente en los Estados Unidos, y que se compone de documentos mayas; uno de ellos, las *Crónicas de Chikulub*, es obra de un cacique indio, Nakuk-pech, contemporáneo de los españoles de la conquista, de la cual fué testigo.

»Ese manuscrito maya, traducido y publicado por Brinton en Filadelfia hacia fines de 1882, contiene datos muy precisos, que dan á la teoría de M. Charnay la autoridad de un documento oficial.

»En el § 14, hablando del itinerario de Francisco Montejo, cuando la expedición de 1527 á Chichen-Itza, dice Nakuk-pech:

«Y se puso en camino, en busca de Chichen-Itza, nombrado así; allí rogó al *rey de la ciudad* que viniese á su encuentro; y el pueblo le dijo: *»hay un rey, señor; hay un rey, Cocom-Aun-Pech, el rey Pech, el rey jefe de C-*»*cantum*; y el capitán Cupul (probablemente un gran personaje del lugar) le dijo (á Montejo): *Guerrero extranjero, reposa en estos palacios*; así le dijo el capitán Cupul.»

»Es evidente para todo el mundo, agrega M. Charnay, que esto significa que había un pueblo, un rey y monumentos habitados; á no ser así,

no hubiera habido un pueblo, un rey y un capitán que dijese á Montejo: venid á descansar á estos palacios.

»A propósito de Izamal, que está considerada como una de las ciudades más antiguas, y que se dice haber sido abandonada muchos miles de años antes de la conquista (opinión que M. Charnay ha combatido siempre), el cronista indio dice en el § 18: «En el año 1542, cuando los españoles se establecieron en el territorio de Mérida, el primer orador, el gran sacerdote Kinich-Kakmo, de Izamal, y el rey Tutulxin, de Mani, se sometieron....»

«Comentando este pasaje, dice M. Charnay que el suceso es conocido; es un hecho histórico. Sabido es, en efecto, que cuando Montejo llegó de paso para establecerse después en Mérida, al siguiente día vió acercársele multitud de indios; y se preparaba ya para combatir, cuando observó que enarbolaban señales de paz. Era uno de los magnates del lugar, el rey de Mani, que iba á someterse, acompañado de un personaje nombrado Kinich-Kakmo.

»Pero *Kinich-Kakmo* era el nombre genérico de los grandes sacerdotes de Izamal. El gran sacerdote desempeñaba, pues, sus funciones á la llegada de los españoles, lo que prueba que los templos y los palacios de Izamal, lo mismo que los de Chichen, estaban ocupados en esa época, es decir, al tiempo de la conquista.

»Nada más evidente, dice al concluir M. Charnay, quien considera la cuestión como definitivamente resuelta.»

Los argumentos de M. Charnay son de mucha fuerza, y pueden verse extensamente desarrollados en las diversas obras que ha publicado sobre los monumentos primitivos de México y Centro-América.

El marqués de Nadaillac observa que el razonamiento de su compatriota, relativo á la vegetación tropical, es muy poderoso contra la supuesta remotísima antigüedad de las construcciones americanas (1).

Esto no quiere decir, agrego yo, que el enigma esté

(1) Página 323.

descifrado; puede probarse que los edificios estudiados por M. Charnay sean modernos, y ello no implicaría que todos los otros se hallen en el mismo caso. En los últimos años se ha tenido noticia de monumentos y ciudades de la América Central y México, que no se sabe de cuándo datan; en el acreditado periódico *El País*, de la Habana, número de 15 de Diciembre de 1887, he visto que el renombrado arqueólogo Sr. Plongeon, en sus exploraciones de Uxmal (Yucatán), se había cerciorado de que en el mismo lugar que hoy ocupan esas ruinas, han existido tres ciudades; encontró los vestigios de la primera á muchos pies de profundidad, y revelaba una civilización antiquísima, muy superior á la nuestra, así como una época de su fundación de más de veinte mil años (se diría que estamos oyendo hablar á Schliemann de las siete ciudades superpuestas que desenterró en el sitio de la antigua Troya); el mismo *País*, número de 19 de Julio último, dice que el Sr. A. J. Miller ha descubierto en el nuevo departamento de Mosquitos (Honduras), una ciudad prehistórica muy importante, «y según se ha observado, parece que primitivamente existió en el mismo sitio otra ciudad rodeada de una muralla».

Hago estas citas para presentar la ecuación con toda fidelidad, sin enamorarme de éste ni de esotro de sus términos. ¿Son muy antiguos algunos de los monumentos americanos, íntegros ó en ruinas, que nos quedan? Es muy probable. ¿Hay otros recientes? Es muy posible. Condenados por ahora á esta incertidumbre, no nos queda que hacer sino esperar que la Arqueología encienda su fanal en las playas de esta América que todavía está por descubrir.

Pero yo quiero ir con V. hasta admitir hipotéticamente que todos los indios contemporáneos de la Con-

quista estaban en patente declinación, y todavía replico que la decadencia es fase relativa. En decadencia está la Grecia actual respecto del siglo de Pericles; Egipto tuvo varios ciclos de esplendor y menoscabo, uno de los últimos en el reinado de los Reyes Pastores, que duró siglos; pálido emerge el astro de Iberia respecto de los días en que los dominios españoles estaban siempre alumbrados por el sol; pero esos años de niebla no son de barbarie; entrar en la nube no es quedarse sin luz. Pudieron, pues, los indios, desmedrados por las guerras que constantemente se hacían, ó por las pestes, ó por invasiones de otras razas ó tribus más numerosas, ó enervados por el despotismo de sus reyes y el fanatismo de sus sacerdotes, estar atravesando, cuando vinieron los europeos, una época de menos brillo que las anteriores; mas de eso á estar vecinos de la abyección hay mucha diferencia.

Esa decadencia relativa no significa nada ante la absoluta, que data de la conquista. Los indios de Antioquía (Colombia) no estaban muy adelantados en civilización, y la llegada de los europeos les hizo perder lo poco que habían alcanzado, pues perseguidos abandonaron sus hogares y se refugiaron en las asperezas más inaccesibles de las montañas, según lo refiere el señor doctor D. Andrés Posada Arango (1). Igual cosa sucedió á muchas otras razas, y justamente tengo á la vista la comunicación de 1880 en que M. Charnay avisaba al ministro de Instrucción pública de Francia que acababa de descubrir el valle de Apatlatepitongo, muy oculto é ignorado hasta entonces, en el que se habían refugiado tribus mexicanas huyendo de los nuevos guerreadores.

La materia es muy vasta, y yo no debo agotarla; pero

(1) ANDRÉS POSADA ARANGO: *Ensayo etnográfico sobre los Aborígenes del Estado de Antioquía*, pág. 4. París, 1871.

la impresión que deja el estudio de los adelantos de los aztecas, incas y chibchas, no es la de que fueran razas incapaces de elevarse por sí mismas á mayor grado de cultura, inertes para todo progreso, como las tribus africanas, sobre las cuales pasan los siglos en deplorable esterilidad. Yo sí admito la desigualdad de las razas, porque la veo en el mundo; no puedo convenir en que haya un solo é idéntico estado de espíritu para todas las criaturas humanas, al saber que hay hotentotes que casi rumian en este mismo planeta en donde alientan seres de noble inteligencia como D. Juan Valera; y cuando busco una escala para medir la superioridad de unos pueblos sobre otros, no encuentro sino la del ideal, con sus infinitas gradaciones. Ni Livingstone, ni Stanley, ni Hartman, ni Serpa Pinto han desentrañado ideal alguno en el *Continente oscuro*; pero los americanos sí los tenían, como lo prueban sus instituciones y sus obras y su fe en un *Dios desconocido*, á semejanza del de los atenienses; y toda raza que posee ideal elevado, aunque no sea el más elevado, está en vía de perfección.

RAFAEL M. MERCHÁN.



## POÉTICA (1)



### EL REALISMO HELÉNICO Y EL REALISMO BÍBLICO.

**L**A poesía bíblica, que anda en manos de todos como un modelo de religiosidad, no es, como el paganismo, el desnudo en estado de pasividad, sino que es el desnudo en acción. Véanse algunas estrofas parafraseadas en español por el más místico de nuestros poetas:

«Allí me dió su pecho,  
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,  
Y yo le di de hecho  
Á mí sin dejar cosa;  
Allí le prometí de ser su esposa.

.....

• Debajo del manzano  
Allí conmigo fuiste desposada,  
Allí te di la mano  
Y fuiste reparada  
Donde tu madre fuera violada.

.....

Allí me mostrarías  
Aquello que mi alma pretendía,  
Y luego me darías  
Allí, tú, vida mía,  
Aquello que me diste el otro día.»

(1) El ilustre autor de las *Doloras* está preparando una nueva edición de su *Poética* aumentada con estos cinco artículos nuevos, que LA ESPAÑA MODERNA tiene la honra de ser la primera en publicarlos y aplaudirlos.

(N. de la D.)

Francamente: sea cualquiera el simbolismo con que se quiera velar la significación de estas estrofas, es menester confesar que pocos autores modernos han podido llegar á la expresión de estas naturalidades tan sumamente naturalistas.

Y es que nuestros críticos patriarcales son como los niños; llegan hasta el escándalo por exceso de candor.

Á un beato muy definidor de textos bíblicos, le preguntó un curioso la razón histórica del tipo equívoco y moralmente soslayado del ama de cura, y le contestó: «Que eso se explicaba perfectamente porque también Abraham se dejaba servir por sus criadas». Esta clase de moralistas que suelen explicar la Biblia por detrás de la Iglesia para tomar por tipos de virtud algunos entes que, si vivieran hoy, la mayor parte de ellos estarían en presidio, son los que siempre tienen preparada una hoja de parra para taparnos la boca con ella á todos los cristianos bien educados, que si pronunciásemos una frase inculta nos quemaría los labios.

Y no es que me espante de la desnudez paradisíaca de estas escenas judaicas, sino que lo que yo quisiera es que la tolerancia se hiciese extensiva á la plasticidad pagana y que no se empeñasen en arrojar á puntapiés del Olimpo á la diosa de la hermosura algunos gazmoños que, apoyándose en textos que no comprenden, toman el moralismo por especulación, y suelen ser unos hipócritas, á la manera de aquella mujer espiritual que, mostrando un helado, decía: «¡Qué cosa tan rica! ¡lástima que no sea pecado!» Estos pérfidos parece que quieren aumentar el número de objetos prohibidos para agrandar la lista de las tentaciones.

Como decía aquel rey galante:

—¡Mal haya quien mal piense! No hay cosa que más

despierte la sensualidad que un pudor fingido. Una Venus con taparrabos no sería una diosa, sino una bayadera desarrapada.

La desenvoltura más descarada consiste en el encogimiento provocativo.

Se ha observado que ciertas cosas sólo son deshonestas en pueblos que pasan de diez mil almas. En las aldeas, los pechos son biberones de carne destinados á alimentar á los niños, y los pies y las piernas son objetos que sólo sirven para andar.

Se cuenta que Mons. Dupanloup fué á visitar el taller de un escultor de moda.

Éste, así que oyó anunciar al Arzobispo, le dijo á su modelo :

—Escóndete detrás de aquella cortina.

Monseñor entró, y vió detrás de la cortina unos pies preciosos.

—¿Quién hay ahí?—dijo.

—Dispense vuestra eminencia, es la modelo, y como estaba un poco desnuda....

—¿Un poco, ó del todo?

—¡La verdad, señor ; del todo!

—¡Que salga, que salga! En el arte, el desnudo es un traje como otro cualquiera....

\* \* \*

#### LOS ULTRA-PUDIBUNDOS.

Es verdad que yo ni sé, ni puedo, ni quiero hablar de las mujeres sin un poquito de fiebre ; y que la castidad remontada, así como los remilgos de la escuela clásica, me remueven el estómago.

:

Sería un hipócrita si no dijese que creo que á las niñas inocentes que saben el catecismo de memoria ya no les queda nada naturalista que aprender.

Eso de que Pablo atravesase un arroyo llevando á horcajadas á Virginia sobre la espalda con la misma insensibilidad que si la preciosa carga fuese un costal de paja, será muy católico el creerlo, pero yo no puedo menos de ponerlo en duda.

Tengo una amiga, excelente poetisa, que al acusarme el recibo de *El Licenciado Torralba*, me decía : «El libro está lleno de *diabluras*.» Otra me escribió : «El poema debe de tener muchas cosas atrevidas, porque lo he leído con *delicia*». Esta última observación no dejó de alarmar un poco mi conciencia, pues como Torralba no ha sido ningún santo, me pregunté : ¿Estas diabluras ó cosas atrevidas se refieren á la religión? Imposible. Yo siempre he respetado los tres grandes factores que constituyen la esencia del Cristianismo, que son el Dios personal, la inmortalidad del alma y la justicia de las penas y recompensas.

Sin embargo, las castas y los cautos es posible que hayan encontrado alguna idea que me dé entre ellos la opinión de que gozaba por sus distracciones aquél pobre cura que, al querer abrir un día la custodia, y viendo que no giraba bien la llave, sin duda por la herrumbre del tiempo, tuvo la inocente impiedad de exclamar : — «¿Qué diablos habrá aquí dentro?» Y digo esto, porque hace algún tiempo publiqué un poemita titulado : *Cómo rezan las solteras*, y aunque en él no se habla una palabra de religión, — fingieron estremecerse de horror todos los entremetidos de las sacristías. Hablando de esto con D. Alfonso XII, aquel gran Rey cuya gloria será eterna en la memoria de los españoles, se hallaba pre-

sente su augusta consorte, que desde Austria ha venido á España á emular la piedad, la discreción y la virtud de la abuela de Carlos V, y viendo que nosotros no dábamos con el verdadero motivo de la alarma de los moji-gatos, nos interrumpió diciendo : «No se cansen Vds. ; la única causa de esa extrañeza consiste en que la acción del poema pasa en el vestíbulo de un templo». Es decir, que todos los días se ve en los teatros al diablo circular por monasterios y catedrales, y yo no puedo hacer que una niña distraída vaya á rezar , pensando en otra cosa, al atrio de una iglesia.

Esta prevención contra mí se ha hecho de moda hasta entre mis colegas, á pesar de que cuando me he visto obligado á pasar en mis descripciones por alguno de esos lugares escabrosos, que yo suelo atravesar con seguridad completa, siempre lo he hecho conduciendo á mis heroínas á escape por el extremo del arrabal de la ciudad en que vive Celestina.

Nadie podrá hallar en ninguna de mis obras una sola de esas frases candentes de que se vale San Pablo, por ejemplo, en alguna de sus epístolas, y que son capaces de llenar de rubor los pómulos de las doncellas que ya van al lecho conyugal con la suficiente preparación para no espantarse de nada.

Un crítico de autoridad ha publicado un gran número de versos de *El Licenciado Torralba*, diciendo que parecen de un *místico demacrado*. Otro censor, de formas literarias que en punto á cortesía dejan mucho que desear, me ha satirizado con el mayor descaro, porque yo soy menos *pesimista* que Byron.

¿En qué quedamos? Unos me tildan de místico, y otros de pesimista. ¿Será que hay cierta conexión de fines entre el cristianismo y el pesimismo? ¿Estaré yo

también contagiado de ese pesimismo moderno que, como el orín al hierro, va pegado al ritualismo de ciertos prácticos fervorosos?

¿Se hallará en mis obras algo de ese sedimento asiático que se encuentra en el fondo del cristianismo primitivo, después que se rasca la elegante corteza con que lo suele recubrir el cristianismo romano?

¿No se encuentra en el mismo Salomón la idea *de que el muerto es más feliz que el vivo, y que el que vive es menos dichoso que el que no ha nacido?*

¿No es un axioma cristiano el de que cuanto más grande es la admiración que se debe tributar á Dios, más grande ha de ser el desprecio que se tenga por las cosas terrenales?

Pero no, yo no debo parecer un místico, porque el desprecio de la vida y las mortificaciones sin un objeto caritativo me son más antipáticas que el sentimiento viril de aquella sociedad romana que, sin más ideal que la pasión municipal de la ciudad eterna, dejaba con indiferencia estoica que se cumpliese el destino á que la sujetaba el poder de Júpiter.

Y volviendo á la cuestión de los ultra-pudibundos, seguiré diciendo que, aunque algunos me califican de escéptico, la verdad es que sólo soy un ocioso, más bien aburrido que desengañado, un experimentalista que no llega nunca á naturalista, y que en materia de libertades literarias, como hombre bien educado, sé hasta dónde es lícito llegar, y nunca enseñó en mis versos la silueta del *monstruo de dos espaldas* de que nos habla Shakespeare, y ni siquiera me atrevo á hacer reverberar la inmunda risa de Mefistófeles cuando ve la cadera de los angelitos que bajan á buscar el alma de Fausto. Y á propósito, y hablando claro, nunca transigiré con los que hacen de la

mujer la representación del demonio, pues me parecen descendientes de alguno de los escapados del incendio de las ciudades malditas.

¡Sátiros de la castidad! Fuera de mi vista los que Goethe llama «esa raza hermafrodita que tanto embelesa á los devotos». Hay una cosa en poesía más peligrosa que la desnudez, y es la abominable tendencia á establecer la indiferenciación de los sexos que lleva á ese estado de pasión neutral, en la que lo mismo se goza con una égloga hecha al bello Alexis, que con otra dedicada á la hermosa Galatea : aberración que, cuando la veo escrita, y aunque no sea más que sospechada, me produce como á Torralba el deseo de morir de *asco de la vida*.



#### EL GÉNERO SUGESTIVO.

Escribir sin filosofía es hablar por hablar: es autorizar la crítica sin criterio; el arte bobalicón y la ciencia que no pasa de oficio.

Si la Venus de Milo con su cabeza de chorlito pudiese ser animada por un nuevo Pigmaleón, sería la verdadera imagen del arte sin filosofía; una mujer muy hermosa, pero enteramente estúpida.

Y al llegar á este punto, para ser completamente imparcial, no quiero dejar de condenar un cierto pseudo-trascendentalismo patológico que han inventado algunos imitadores de Heine, y que consiste en un subjetivismo sin objeto, en un histerismo soñador que crea un género nervioso asexual, amorfo y maricón, que muchos llaman *sugestivo* y que no sugiere nada.

Este contagio del mareo de lo indeterminado, no sólo

ha invadido muchos pueblos del Norte, sino que se ha extendido á algunas naciones de origen latino, como sucede en nuestra república de Chile, una nación donde son geniales la claridad, el buen sentido, el valor y la hermosura.

En estos rompe-cabezas no es tan interesante lo que se dice como lo que se calla, y en ellos la solución siempre se deja á cargo del curioso lector, sobre todo si es aficionado á descifrar charadas.

Los cultivadores de este género de poesía se acercan al borde de lo indefinido, tienden sobre el abismo una línea de puntos suspensivos, de los cuales no cuelga la menor idea, y el lector, después de mucho trabajo, saca la misma consecuencia que de la charla del loco de Shakespeare, que habla y habla *hasta que al fin conocen los oyentes que la conseja no les cuenta nada.*



LA NATURALIDAD ES UNA HOMBRÍA DE BIEN LITERARIA.

Insistiendo en mis ideas, escribí lo siguiente en un prólogo para un pequeño poema del Sr. D. Cándido Pinnilla :

«Mi querido amigo y compañero : He leído su poema con muchísimo placer. Tiene V. razón en creer que los críticos le van á decir, no que imita mi estilo, sino que marcha por el camino que yo creo mejor en literatura. Aunque algunos dicen que el ser de mi opinión es un delito, yo insisto en defender con ardor mi sistema, no por una pretensión vanidosa, sino única y exclusivamente *por amor al arte.*

»Á V., que lo sabe y lo practica, no tengo necesidad de aconsejarle que estudie y comprenda bien la noción



de lo que es poesía. Ha habido muchos poetas y críticos que pasan por notables, que han hecho buenos versos ó los han censurado con acierto, no por conocimiento, sino por instinto. Hermosilla, que escribió una obra titulada *Arte de hablar en prosa y verso* con singular discreción, cuando hizo aplicación de sus doctrinas, puso por modelo de escritores á Moratín, que, exceptuando la *Lección poética* premiada por la Academia, *tiene pocos versos de poeta*.

»Escribir poesía es convertir las ideas en imágenes. Ya dijo Horacio: *La poesía es como la pintura*.

»El verdadero poeta sólo habla por medio de imágenes. Cicerón, aunque no entendía mucho de estas cosas, ya extrañaba que el lenguaje figurado agradase más que el sentido recto.

»La poesía es independiente del verso. Cuando á un prosista ó á un orador le anima el estro y se expresa por medio de figuras pintorescas, entonces el prosista y el orador se transforman en poetas.

»Cervantes y Solís eran dos buenos poetas en prosa y malos en verso. Byron era tan buen poeta en verso como en prosa.

»Es verdad que la poesía en verso es *el arte por excelencia*, porque después de la *arquitectura* del asunto, el sentimiento lo adorna con la *pintura* de las imágenes, que son ideas con colores, y, por último, le añade la rima y el ritmo, que es á un tiempo, *música y escultura*. Lo mismo que la ópera, la poesía en verso es la condensación de todas las artes.

»Continúe V. trabajando como hasta ahora, para que su estilo adquiriera condiciones de seguridad y de franqueza; ni hinchado, para que no le llamen *fatuo*, ni rastrero, para que no le tilden de *vulgar*.

»Franqueza y sinceridad.

»En el estilo gusta ver la cara del autor, aunque no sea hermosa.

»La manera propia de un escritor es una ampliación de su misma naturaleza, y cuando es sencillo, parece que sus obras están escritas con la sangre de sus venas.

»Los buenos escritores son niños grandes que dicen lo que sienten y como lo sienten.

»El estilo natural es la mejor prueba de la hombría de bien de un literato.

»En la forma, nada de frases inútiles; los adjetivos innecesarios y las frases huecas como avellanas vacías, han hecho que el estilo de los sucesores del gran maestro Fernando de Herrera, se haya convertido en un desván de cosas que no sirven ni para usarlas, ni para tirarlas; y á las puertas de sus prenderías se podría reproducir este letrero, que he visto escrito en uno de los almacenes de las afueras de Madrid: «Aquí se vende ripio y cascote».

»Hace V. bien en seguir con el espíritu abierto á todas las manifestaciones del psicologismo moderno.

»El clasicismo, que sólo nos da á comer cosas cocidas hace una porción de siglos, ya no satisface nuestro apetito, por más que nos lo hacen mascullar desde muchos años antes de que nos salga la muela del juicio.

»Con las doscientas palabras convencionales y obligadas que constituyen todo su vocabulario, sólo se pueden componer trajes de máscara de señora antigua.

»Esta poesía, á pesar de sus frases exquisitas y su horror á la naturalidad, en la forma es un eterno prosaismo y en el fondo una musa muy acicalada y muy boba, que habla *dormida por dentro*.

»La eterna exhibición de lo redicho, lo rebuscado, lo superfluo y lo gazmoño, hacen que uno se reconcilie hasta

con el naturalismo de Napoleón, el cual, acariciando á un hijo de su médico, le decía: «¡ La tripita!; esta es la reina del mundo.» Esto es tabernario, pero al menos es humano.

»No haga V. caso de los seres impensantes que proclaman que la ciencia no debe entrar para nada en las obras poéticas.

»Decía Shakespeare: «¡Palabras, palabras, palabras!»; y Dickens: «¡Hechos, hechos, hechos!»; pero yo moriré diciendo: «Ideas, ideas, ideas!» En cierta ocasión hallé á una labradora que estaba pegando á un niño: «¿Por qué maltrata V. á esa criatura?» le pregunté. «Porque siempre está *sacando ideas*», me contestó. Efectivamente, eso de *sacar ideas* suele ser la más peligrosa de las ocupaciones, porque alarma y destruye el *statu quo* de los intereses indefendibles. Según la letra de todos los ritualismos viejos, los protestantes literarios mereceríamos una recorrida de palos como el niño del cuento.

»Yo bien sé que es mucho más cómodo montar en un pegaso sin ronزال y cruzar los campos de la nateraleza exterior, lanzando á los cuatro vientos odas pindáricas sin pies ni cabeza, que por no tener asunto empiezan como Dios quiere y acaban cuando quiere Dios, que escribir una humorada con *pensamiento*, una dolora con *plan dramático*, ó algún pequeño poema con argumento y alcance *trascendental*.

»Los tanteos poéticos sin objeto conocido, me recuerdan la curiosidad de un embajador chino que, viendo á un gimnasta hacer evoluciones trabajosas, nos preguntaba con mucho candor: «Y eso, ¿para qué sirve?» Los esfuerzos hechos por el entendimiento para no dar á entender nada, producen en almas como las del chino, una ictericia moral.

»No hay inteligencia que , como no esté bien alimentada por la ubre de la metafísica, no caiga en la anemia.

»Lo dicho , dicho ; imágenes, naturalidad , sentido íntimo é ideas.

»Y adiós ; y ya que la mala suerte desgraciadamente le ha privado á V., como á Milton, de la gracia de poder ver el sol de la vida exterior, pido al cielo de rodillas que el resplandor que ilumina su corazón continúe mostrándole siempre , para su consuelo y delicia de sus amigos, los misterios y los horizontes infinitos de la vida de las almas.»

\*\*\*

#### Á LA CRÍTICA GRANDE.

Y como esta Poética no es más que el resumen de los ataques y defensas que han convertido mi vida en una especie de torneo literario , concluiré haciéndome cargo de las últimas estocadas que he recibido de dos insignes campeones, maestros incomparables en la esgrima intelectual.

Después de treinta años de publicado *El Drama Universal*, el ilustrado crítico extranjero MR. BORIS DE TAN- NEMBERG, en una excelente obra sobre la poesía castellana, publicada en París, ha llamado la atención sobre este poema, enteramente olvidado del público español. Casi al mismo tiempo, el erudito Agustiniiano FR. RESTI- TUTO DEL VALLE RUÍZ, escribió lo siguiente: «No falta quien sólo ve en *El Drama Universal* un engendro poético monstruoso , una producción de dicción apocalíptica, un caos de inspiración rebelde á toda ley ; aunque otros, por el contrario, consideran esta composición como el mo-

numento más grandioso y perdurable erigido en esta época á la poesía castellana».—En este poema, yo me había propuesto romper el molde de las antiguas epopeyas, escritas como si en el arte no cupiese la filosofía, fuente de todo conocimiento, y quería además abarcar en una síntesis general todas las pasiones humanas y todas las realidades de la vida desde un punto de vista ideal, colocado fuera de la realidad. Pero se conoce que contra mi voluntad, *El Drama Universal*, en vez de un monumento grandioso ha resultado un engendro poético monstruoso, como lo prueba el que ningún crítico se haya dignado ni mentarlo siquiera en un período de treinta años, largo calvario de desdén á que sólo ha podido resistir el mérito del *Paraíso Perdido*.

¡Cómo ha de ser! Si yo tuviera ilusiones, esto sería para mí una ilusión menos.

Y como yo me he propuesto consignar en estas POLÉMICAS todo el mal que se diga de mí, añadiré que, hablando de la verdad y moralidad de mis obras, dice el Señor VALLE RUÍZ: «Que sólo la reprobación más enérgica merecen por sus atrevimientos.» .... —Esto no está de acuerdo con la opinión de autoridades irrecusables. Leyendo yo á un célebre Dominico, que después ha ocupado las más altas dignidades eclesiásticas, el poema titulado *Los amores en la luna*, uno de los asistentes preguntó al Prelado: «¿Y qué dice V. de la parte moral?» —«¿Qué parte moral?» —le contestó el hoy purpurado con el candor y la buena fe de un santo.

Otra vez unos católicos, amigos míos, me invitaron á que escribiese algunos versos en un álbum dedicado á Su Santidad León XIII.

Pensando sólo en la poesía, y sin cuidarme del dogma para nada, escribí una estrofa, en la cual decía que si yo

fuese Papa absolvería á todos los pecadores y cerraría el infierno. Los católicos meticulosos discutieron formalmente si convendría romper la hoja en que estaban escritos mis versos, pero con mejor acuerdo se llevó el álbum íntegro al Sumo Pontífice, el cual, después de leer la estrofa, exclamó con su natural bondad: «¡Poeta, poeta!»

Otro insigne escritor, el *Sr. D. J. Mañé y Flaquer*, que pasa con razón por ser uno de los santos padres de la ortodoxia conservadora, asegura: «Que mis obras poéticas pueden haber hecho más daño en España que Balzac en Francia, porque hacen tiritar de frío, de ese frío contra el cual nada pueden las chimeneas, ni los caloríferos, ni los abrigos forrados de pieles, porque es el frío del alma.» Y concluye diciendo: «¡Cuántas más ruinas han causado los conservadores á estilo de Campoamor que los demagogos á lo Castelar!»

Convengamos en que la cosa no merece tan inquisitoriales censuras. Los ilustres pensadores *Valle Ruiz* y *Mañé y Flaquer* me perdonarán si les digo que opino como el gran León XIII y el célebre Cardenal, que en cuestiones de arte, el arte es lo primero, y que tiene algo de empirismo el juzgar una obra desde un punto de vista de moral restringida, cuando el arte sólo es uno y las fuentes de moral, bajo muchos aspectos, son tantas, tan variadas y tan contradictorias. El *Sr. Castelar*, con su maravillosa elocuencia, destruirá muchas instituciones y muchas cosas; pero yo, en mi humildísima esfera, me contento con dejarlas caer, y en esto no hacemos los dos más que obedecer á la ley de la vida, en la que todo lo que nace está condenado á morir.

\* \* \*

## Á LA CRÍTICA PEQUEÑA.

¡Raza inextinguible de escribas y fariseos, que sois capaces de convertir con vuestra hipocresía los imperios más santos en reinados de farsas celestiales: dejadme morir en paz, sin perseguirme con vuestras murmuraciones, por suponer que en alguna de mis frases hay demasiado desenfado, y en el fondo de mis cuadros disquisiciones un poco aventuradas! En materia de temeridades intelectuales yo me confieso pecador, y digo como el filósofo: «¿Hablan mal de mí? Pues si supieran otros defectos que tengo: aún hablarían peor.» Pero no me aburráis con una afectada pudibundez, á la cual no falto nunca. Además de no creer en vuestras gazmoñerías, os tengo que decir que, así como San Juan Crisóstomo asegura que hay cosas que los ángeles han sabido por revelación de San Juan, yo, que no soy santo ni inspirado, os puedo revelar que con mis realismos de frase no hago más que imitar á esos mismos ángeles; pues sé que como complemento de delicias inefables, bajan del cielo todos los domingos y fiestas de guardar, para besar, no los ojos, sino las miradas de las mujeres de la tierra.

No convirtáis las verdades filosóficas en piedras de escándalo, porque el hombre, en último resultado, se reduce á ser una razón dudando. ¿Hay cosa más natural que el infeliz que va cruzando el camino de la inmensidad se pregunte á sí mismo ó pregunte á los demás si viajamos sólo por impulso de nuestro libre albedrío, ó por la fuerza de una implacable fatalidad? En medio de este hervidero de dolores, ¿es posible que el pensador no pregunte, como Segismundo, si la vida es un sueño en acción, ó como Fausto, si es una acción horrible?

Dejad volar al alma. El pensamiento es la única atmósfera respirable del ser humano. Es menester vivir, pensar y escribir conforme á la naturaleza. Después de todo, la virtud, más que en pensamientos, consiste en realizar buenas acciones.

Varrón contaba ya en su tiempo hasta doscientas ochenta y ocho maneras excogitadas por los filósofos para ser dichosos. Yo sé algo de filosofía, pero no he encontrado más que una manera de ser un poco feliz; y es la de dedicarme á la estética, ciencia que enseña á convertir lo bello ideal en bello sensible, ó, lo que es lo mismo, aunque parezca enteramente lo contrario, en convertir lo bello sensible en bello ideal.

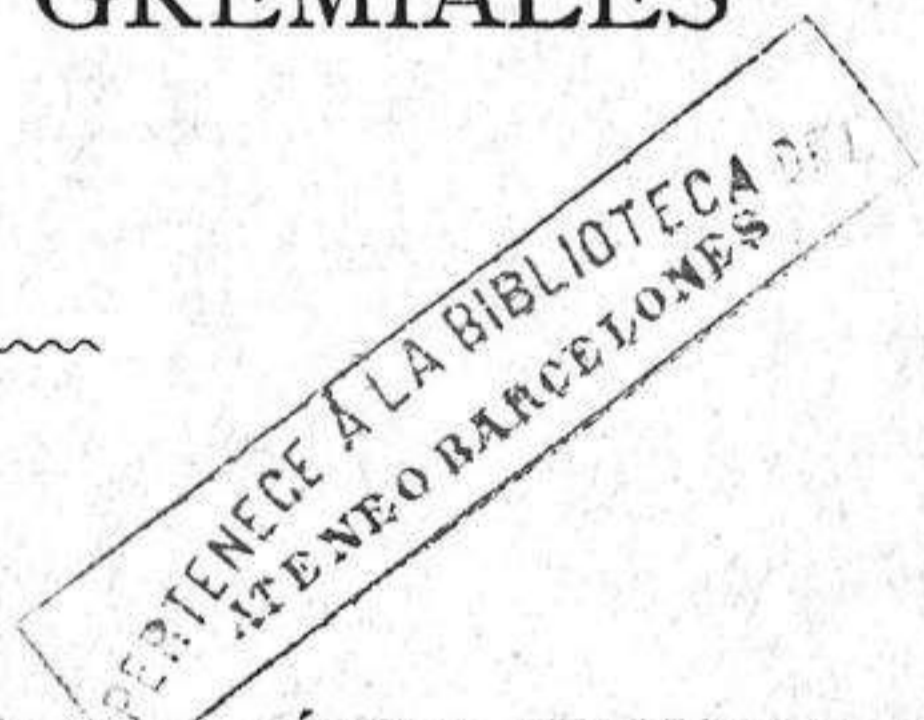
Dejad que me embriague tranquilamente con el opio de las letras, porque si no, creo que para soportar el largo camino de la vida, tendría que apelar al verdadero jugo de adormideras.

¡El amor al arte y el cariño de algunos de los seres que me rodean son las únicas ilusiones que me quedan para poder sobrellevar con gusto los pocos días que me restan de vida: ilusiones que ruego á Dios que me conserve eternamente, para que, así como fueron mi delicia en la tierra, después de mi muerte sean el premio de mis esperanzas en el cielo!

CAMPOAMOR.



# INSTITUCIONES GREMIALES



CONSIDERACIONES SOBRE EL LIBRO DE ESTE TÍTULO PUBLICADO POR  
D. LUIS TRAMOYERES BLASCO.

Tan abundante y rica cuanto es nuestra bibliografía en otras materias, tan escasa y menguada anda esta en lo concerniente á los estudios que en el orden económico se ocupan sobre corporaciones y colectividades para la realización de fines convenientes al indicado objeto. Triste es confesarlo, pero si recorremos las revueltas notas bibliográficas que acerca de este importante ramo de las manifestaciones del espíritu social de nuestra patria poseemos, ¡cuán pocos números podremos presentar! ¡Cuán pocos y menguados serán los trabajos que de esta índole podremos ofrecer al hombre estudioso que con deseo de aleccionarse en la experiencia de las pasadas generaciones, requiere, busca, investiga con deseo de conocer cuáles fueron aquellos, qué fines persiguieron, qué doctrinas y tendencias les informaron, para que, sirviendo su historia de provechosa lección, podamos hoy acomodar nuestro modo de ser en asociaciones semejantes, inspiradas en la tradición y en los hechos, aplicar

prácticas enseñanzas del pasado, con manifiesta ventaja y positivo adelanto en nuestra época, á importantes corporaciones, modernos organismos, necesarios al fin práctico del progreso. Mas para llegar á este punto de conocimiento hemos de acumular pruebas, datos, piezas todas necesarias en este proceso, y para ello, cual es consiguiente, nos es indispensable poseer el modo y manera cómo vivieron y se rigieron las comunidades, asociaciones, gremios y colectividades que tuvieron su vida, en los pasados siglos, y que funcionaron legalmente constituidas, ejerciendo poderosa influencia como cuerpos económicos, y pasando luego como organismos político-económicos á tener su participación en la gestión pública por los cambios y vicisitudes inherentes á todo lo que es contingente y necesario.

Pues bien: si hemos de conocer cual merece asunto de semejante importancia en la vida social de los pueblos de la Península, necesitamos estudiar esas organizaciones especiales, penetrarnos de su espíritu, misión y tendencias, para deducir luego desde ellas provechosa lección de la experiencia, que nos sirva de poderosa luz en el camino de lo venidero, en la resolución de arduos problemas, en el advenimiento del gremio como libre asociación é institución económica que ha de prestar poderoso apoyo, fuerza suficiente, para que el desenvolvimiento de aquél constituya, cual debe ser, un elemento cimentado en la representación nacional por la constitución de los productores y contribuyentes. Desenvolvimiento libre, bajo la acción tutelar del Estado, como sociedad encaminada á la realización de los principios armónicos de la moral y del derecho. Para ello, como decíamos, es necesario estudiar aquellas corporaciones, y lo difícil es hallar forma, modo y manera de planear aquel estudio cuando

tan deficiente es nuestra historia interna, en el conocimiento de los hechos que constituyen la vida orgánica de los pueblos, que sintetiza su espíritu, su modo de obrar, de ser y pensar en el campo de los fines sociales; historia que no se halla exornada con el estruendo de los combates, ni en las ramas del infecundo laurel, sino en las modestas de la encina y del olivo. La historia de estas instituciones, su estudio como elementos orgánicos del país, lo propio en este ramo como en otros muchos, está por hacer; escasos y difíciles los recursos en que contamos para poder levantar el estudio sintético de tales corporaciones, y por tanto, difícil, y muy mucho ha de ser esta ardua é ímproba tarea para quien con fe la emprenda, quiera llevarla á cabo y presentar un cuadro tan completo cuanto los materiales lo permitan, de aquellas instituciones, de aquellos patentes organismos. Para escribir sobre materias dadas sin el importantísimo apoyo que la bibliografía nos suministra, cual carta que nos indica derroteros, es necesaria una fe y constancia cual la que ha guiado al Sr. Tramoyeres para llevar á cabo una obra, cual la que es objeto de estas líneas. Lleno de fe y entusiasmo y poseído de la noble idea de ensanchar el campo de los conocimientos despejando el horizonte, con voluntad incansable ha registrado archivos, ha hecho revivir con el poderoso *surgite mortui* los empolvados pergaminos que dormían el sueño de los siglos, reconstituyendo con la pluma, la poderosa palanca del siglo XIX, las muertas asociaciones, instituciones olvidadas de la época de nuestra grandeza como pueblo original y no sujeto á extrañas influencias. Las ha hecho aparecer vivas, como si existiesen aún florecientes, como institución no sólo posible, sino necesaria para nuestra regeneración; como progresivos elementos en la esfera de la asociación y de

:

la libertad, para enseñanza de los pueblos ; como genuino tratado en que aprender y estudiar el principio de sociabilidad, conforme á los fines de la personalidad humana. Seguir por tan espinosa senda, no desmayar ante obstáculos casi insuperables, y puesta su mira en el objetivo de sus aspiraciones, seguir luchando, separando obstáculos, salvando imposibles vacíos, y venciendo para llegar á su fin, tal es el propósito en que se afirmó el Sr. Tramoyeres para realizar la obra más acabada sobre *Las Instituciones gremiales de Valencia*. Propósito que ha realizado de una manera brillante, dados los elementos que pueden hallarse en nuestra patria. ¿Cómo lo ha efectuado? Eso es lo que nos proponemos dar á conocer en cuanto los reducidos límites de una nota bibliográfica nos lo permiten : bien quisiéramos que el estrecho espacio de que podemos disponer nos dejara campo para examinar aquilatando el valor de tan estimable cuanto erudito trabajo ; pero ya que esto no nos sea posible, procuraremos ceñirnos á los puntos más culminantes de la obra, y en los que se manifiesta más el estudio y poderoso espíritu analítico del autor, en historia tan compleja y de tan vastos horizontes.

Para ello ha tenido que invertir un tiempo precioso, y que, aplicado á cualquier ramo de la actividad humana, hubiérale, metálicamente considerado, con creces remunerado sus afanes. Para escribir un libro como el de las *Instituciones*, necesitase un largo período de preparación, no sólo de los elementos que le habían de ayudar, sino que también, y es el más pesado, el del caudal bibliográfico que había de servirle de punto de mira, materiales que escoger y aquilatar en su valor para llevar adelante su penoso empeño. Y este trabajo es tanto más difícil y pesado, como dijimos al comenzar, por lo escaso del inven-

tario bibliográfico que sobre la materia y sus afines en el orden económico poseemos en España, si la consideramos con relación á otros países, á Francia particularmente, que nos ofrece un catálogo de obras, tanto impresas como manuscritas, como el publicado por Hipólito Blanc, comprensivo de 1,141 sobre asociaciones obreras anteriores al año 1789 (1).

En nuestra patria no han sido las instituciones gremiales estudiadas con el detenimiento que como importantes organismos en el funcionar del Estado merecían; es más, parece que no se dió importancia á unas agrupaciones de obreros que constituyeron fuerzas, no sólo económicas, sino que también políticas; fuerzas respetables en acción, como lo demostraron más de una vez los hechos, como puede conocerse por la historia, y si no, téngase presente, aquí en el reino valenciano, la manifestación militar ó revista de 8,000 hombres ante el cardenal Adriano, en los hechos que precedieron á esa guerra llamada de las Germanías, tan poco estudiada como menos comprendida todavía.

A pesar de su importancia como corporaciones productoras, como base de la riqueza y conocimiento del ser industrial del país, no llamaron especialmente la atención de los economistas y jurisconsultos, tan respetables como importantes organismos, que si por un momento pudieron ser causa y efecto del estancamiento y paralización del movimiento industrial, respondió esto más á los erróneos principios económicos reinantes y al espíritu uniformista que introdujo en nuestras costumbres la ceremoniosa corte austriaca; excusas y faltas no propias y exclusivas de nuestra patria, si no comunes á toda Eu-

(1) *Bibliographie des Corporations ouvrières avant 1789*. París, 1885.

ropa, y que con un espíritu de tradición mal entendido se perpetuó más largo tiempo en España, imbuida por las ideas de riqueza, que, en mal hora para nuestra existencia económica y mercantil, se fomentaron con los capitales que de América vinieron para abrir con azadones de oro la fosa de nuestra ruina y aniquilamiento, como factor importante en el concierto de la producción europea. No sucedió así, no se dió importancia á la que encierran estas instituciones como base de la riqueza de la nación, y abandonándolas á la rutina, al *statu quo*, el marasmo las ahogó, y sucumbieron en sus estrechas y tradicionales miras, de la misma suerte que decayó la nación entera, víctima de una idea de mísera riqueza que nos redujo á un pueblo de orgullosos harapientos en las agonías de una decadente dinastía que nos había conducido á la más cruel y ridícula de las miserias. Escribiéronse centenares de obras buscando remedio á los males que agarrotaban la vida económica de la nación; buscáronse empíricas soluciones en el aumento del valor de la moneda, las prohibiciones de introducción extranjera y la salida del numerario, mas todo fué en vano; no estaba allí el mal: atacábanse los efectos, pero no se inquiría la causa; y de aquí que vanos esfuerzos estrellábanse contra la misma ineficacia del remedio, contra la propia medicación. Informándose en estos conceptos, escribiéronse muchas obras, tal vez demasiadas, buscando escape á tantos males; pero entre tantas como se escribieron, y de las cuales citamos algunas por nota (1), apenas podemos presentar, sino muy entrado el siglo, alguna que con determinimiento se ocupe, trate, dé importancia á las corpora-

(1) *Apólogo de la ociosidad y del trabajo*, por Luis Mexía (1546).  
*Memorial para que no salgan dineros de estos reinos de España*, por Luis Ortiz (1558).

*Despertador que trata de la gran fertilidad, riqueza, etc., que España*

ciones obreras, gremios, asociaciones ó hermandades. No se las consideró como elementos productores, sino que sólo se vió en ellas el espíritu de beneficencia, más que el industrial, y esto fué causa de que el estancamiento de aquéllas produjese su muerte como elemento de producción en unas corporaciones, que, lejos de ser freno para el adelanto, debieron ser espuela que aligerase el paso industrial; quisieron detener con sus trabas y formalismo al viento rápido del comercio, y éste arrolló á los gremios, que quedaron cual desarbolado buque, sin rumbo ni medios para salir del agitado mar de la febril industria, cada día más activa, más poderosa y enérgica en su vertiginosa marcha. No sucedió así; ni la ciencia ni el estudio vieron algo, algo poderoso é influyente en los gremios, les dejaron como fuerza que para nada servía sino como rémora; y de aquí, que, como hayamos dicho,

*solía tener y la causa de los daños y faltas con el remedio suficiente*, por Juan de Arrieta (1578).

*Memoriales sobre la política necesaria y útil restauración de la república de España*, por Martín González de Cellorigo (1600).

*Bienes del honesto trabajo y daños de la ociosidad*, por Pedro de Guzmán (1614).

*Restauración política de España*, por el Dr. Sancho de Moncada (1619).

*Comercio impedido por los enemigos de esta monarquía*, por José Pellicer Ossau (1639).

*Rapsodia económica político monárquica*, por el marqués de Santa Cruz de Marcenado (1732).

*Restablecimiento de las fábricas y comercio español*, por Bernardo Ulloa (1750).

*Recreación política: reflexiones sobre el tratado de población*, por Nicolás Arriquibar (1779).

*Reflexiones económicas*, por Francisco Vidal Cabarés (1781).

*Carta sobre los obstáculos que la naturaleza, la opinión y las leyes oponen á la felicidad pública*, por el conde de Cabarrús (1795).

*Memoria sobre la industria en general*, por D. Vicente Alcalá Galiano, en (1781).

*Historia del lujo*, por Sempere Guarinos (D. Juan), 1801-1804.

*Reflexiones sobre las artes mecánicas*, por D. Francisco Bruna (1805).

Muchas otras podríamos citar, pero el lector que quiera conocer mejor la bibliografía sobre la materia puede consultar la Biblioteca económica del Sr. Colmeiro.

murieran para la industria; y como corporaciones cerradas á toda innovación sucumbieron, víctimas del vacío que en torno suyo habían formado. Sucumbieron por erróneo concepto en su marcha; pero no sucumbieron ni sucumbirán en cuanto al principio que les informa, la sociabilidad humana; y hay más: mañana el gremio renacerá como institución abierta, como poderosa fuerza orgánica de la industria, y favorecidos por el Estado cual debe serlo toda asociación dentro de aquél en cuanto se rijan sus aspiraciones por los principios inmutables de la moral y del derecho.

No deja de citarnos el Sr. Tramoyeres las pocas fuentes de estudio que sobre la materia puede presentar España en el inventario del trabajo sobre esta institución, y al hacerlo, al verse la escasez de elementos de que pudo disponer, avalórase más y más el de su estimadísimo trabajo, tan sobrio en detalles como rico y abundoso en doctrina, presentada de una manera tan metódica, clara y ordenada, como exenta de aparatosa ostentación ni determinaciones conceptuosas. Cítanos en la pág. 405 de su estudio la conocida obra de Ustáriz *Teoría y práctica del comercio*, impresa en 1724: el *Proyecto económico* de Ward, edición de Madrid de 1779, obra que recibió su inspiración en las doctrinas de Colbert, y en la que se trata con bastante extensión de las corporaciones gremiales encaminando sus tendencias á la libertad industrial.

Aprécia en cuanto vale el estimable y nutrido estudio *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*. Importancia tuvo en su tiempo el citado trabajo, y mucho más por la riqueza de datos que nos suministra el *Apéndice* que acompaña al citado discurso. Este *Apéndice* se publicó en cinco volúmenes, que, comprendiendo otras tantas partes, fué impreso por A. San-



cha en Madrid, en 1775-1777. No deja de hacer apreciación del informe de Jovellanos una de sus más estimables obras, y en la que presentó un completo plan orgánico de las instituciones gremiales. Bien puede decirse que este preclaro economista fué quien inició un nuevo rumbo á estos interesantes estudios, penetrando en el conocimiento de su interno organismo, siendo su principal reformador, y entusiasta panegirista de las corporaciones y gremios. Práctico en estos estudios, no deja de hacer el aprecio debido á las notables *Memorias políticas y económicas sobre frutos, comercio, fábricas y minas de España*, por por D. Eugenio Larruga, las que comenzaron á ver la luz pública en 1775, con numerosa colección de volúmenes y cuyo completo es hoy difícil de hallar.

No deja en olvido los apreciados trabajos de D. Valentín de Foronda *Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la Economía política y leyes criminales* (1794), lo propio que la interesantísima *Historia de la Economía política en Aragón* (1798), apreciando sus doctrinas con la tendencia á la nueva escuela económica, citando al mismo tiempo los inolvidables estudios de Capmany: el *Semanario erudito de Valladares con su importantísimo Discurso político-económico sobre la influencia de los gremios en el Estado, en las costumbres populares, en las artes y en los mismos artesanos*, (1778), cuyo trabajo, aun cuando apareció anónimo, adivinóse su autor por el completo dominio del asunto. De todas estas obras hace mérito el Sr. Tramoyeres en el cuerpo de su monografía; todas ellas las aporta como contingente importante en el desenvolvimiento ilustrativo de su estudio, bajo sistemático plan y labor.

El Sr. Tramoyeres no se satisface con la exposición de los elementos que constituyen el gremio, sino que, pe-

netrando resueltamente en el campo de la investigación histórica, llegando al período romano, inquiere y pregunta á los monumentos epigráficos, deduciendo de los restos de inscripciones provechosa enseñanza, para demostrarnos los gérmenes del primitivo gremio, el espíritu de asociación que comenzaba á asomar en medio de la organización impuesta por Roma. Á investigar estas importantes manifestaciones dedica el capítulo primero, enlazándole con los pocos conocidos hechos del período visigótico deducidos del *Breviario* de Alarico. La dominación musulmana, recibiendo elementos superiores de civilización, aun de la misma raza vencida, por la inquebrantable ley de la historia de que la fuerza se rinde á la fuerza de la civilización, y que el vencido se impone por la inteligencia al vencedor, hizo que los vestigios del gremio no desaparecieran, sino que continuaran, modificándose tan sólo en cuanto afectaba su organización religiosa, á su manera de obrar en la acción social. Deja cerrado lo que pudiéramos llamar el período germinativo ó incubatorio del gremio, que se desenvuelve con la reconquista de Valencia por D. Jaime I. Surge entonces con nueva vida en una atmósfera de libertad y de expansión bajo el amparo y la égida religiosa, poder tutelar, bajo el cual se abrigaron la ciencia y el arte para prepararse, al calor del claustro, al amparo de la vida corporativa, para una nueva revolución con nuevas tendencias y mayores aspiraciones en el dominio de la ciencia. Lo propio que con la Universidad sucedió con el gremio, sin olvidar la tutela, bajo la cual había vivido, sin abandonar sus antiguos lares, sin olvidar aquéllos, el gremio, nacido al influjo de la educación, comenzó por instituirse como cofradía; bajo dicha salvaguardia constitúyese con este carácter; bajo el de la caridad con el prójimo se organiza;

informándose en los fines cooperativos de la asociación en el terreno de la mutualidad, y sin abdicar de aquella tutela desenvuelve más amplias aspiraciones en los económicos, unidos y afectos á los de la caridad; y entonces, sí, es cuando el gremio representa la totalidad del espíritu humano en sus fines sociales del corazón y la inteligencia, la caridad y el progreso; es decir, se cumplen las armónicas combinaciones de la moral y el derecho. Al estudiar este punto de la manera tan clara como sucinta cual lo hace el autor del laureado trabajo, no podía menos de presentar un paralelo entre la distinta situación económica y moral del obrero del gremio y del que permanecía aislado sin el apoyo del mutuo, sin la hermandad que el agremiado encontraba en sus colegas allí adonde la suerte le llevaba, adonde en busca de trabajo se encaminaba con la patente de la fraternidad corporativa, que hacía una especie de nacionalidad del oficio, con leyes de solidaridad que le daban fuerzas para el adelanto, apoyo y conservación de una disciplina hija del espíritu social que regía al individuo por el de la totalidad, y á éste por la iniciativa del agremiado en bien de aquélla.

De esta suerte es como de una manera tan completa como perfectamente expuesta nos presenta el desenvolvimiento histórico del gremio, de la corporación; pero al terminar lo que pudiéramos llamar su proceso histórico, penetra de lleno en el terreno filosófico, procediendo al examen de los principios é ideas que le engrandecieron, para deducir que cuando los errores económicos, el egoísmo y la envidia comenzaron á predominar é imponerse sobre los justos principios de la equidad, dando lugar al monopolio, á los privilegios, sobre los principios del progreso que exigía la vida moderna comercial con el

nuevo rumbo económico, entonces es cuando se manifiesta de una manera clara, precisa y determinada la muerte del gremio como corporación cerrada, con sus querellas y espíritu rutinario, y queriendo en vano detener la impulsiva fuerza del adelantamiento. Las corrientes de la ciencia le impulsaban por nuevos caminos, no quiso seguirlos, no quiso encauzar en aquella corriente que le absorbía; quiso detener la invasión, y cual débil obstáculo que se opone á la impetuosa de un río, fué arrastrado y sucumbió ante el nuevo orden de vida; quiso buscar en la modificación su futura existencia, era tarde, y al influjo de las ideas revolucionarias cayó para desaparecer como institución cerrada, como rémora del progreso, pero para renacer como renacerá, como asociación libre, como hija del espíritu corporativo, bajo las bases de la moral y del derecho, como nueva evolución del espíritu del hombre, apoyado en el «la unión hace la fuerza». Bajo este lema, el gremio será lo que debe ser, la unión, y ésta es hoy la vida; el espíritu corporativo es la nueva palanca, y los hechos lo comprueban. El gremio cerrado, con sus rutinas y preocupaciones, su quietismo y reminiscencias de la vida contemplativa, sin adelantos ni fuerza impulsiva, sucumbió ante el exceso de oxígeno de la vida moderna; en cambio, el espíritu corporativo ha llenado el mundo de potentes manifestaciones de su acción, y díganlo si no las asociaciones cooperativas, sobre todo la de los *Equitables pionners* de Rochdale, comparadas con la rutinaria y pobre existencia del antiguo gremio. Este período, este estudio es para nosotros el que con más fuego, entusiasmo y claridad nos presenta el Sr. Tramoyeres. La multitud de pruebas que nos suministra la bibliografía francesa, sumamente rica en estudios de esta índole, como hemos dicho, nos da los

elementos necesarios para comprender que la existencia del gremio, su estudio, la vida del obrero, y el espíritu de asociación en los tiempos presentes, tiene una fuerza incontrastable, y que es digna de atenderse preferentemente, encauzarse y levantar cuanto tienda al espíritu corporativo como mejora del obrero, como fuerza viva, que llevará en su día su contingente á la representación nacional, si ésta ha de ser una verdad, si ésta se ha de inspirar en aquella antigua organización de las Cortes aragonesas, que dieron entrada al gremio, le respetaron como uno de los elementos más influyentes en la reconquista y organización del país. De aquí, pues, que, si la verdadera representación nacional ha de existir, si ha de ser una cosa cierta y positiva, fuentes tenemos en nuestras antiguas libertades en donde inspirarnos, en que hallar elementos históricos que fueron buenos y sirvieron para ser respetados en lejanas épocas. Son elementos genuinamente españoles, y á ellos debemos recurrir, como hijos de nuestro modo de ser. El Sr. Tramoyeres, cual diligente arqueólogo, ha revuelto las ruinas del pasado, y sacando preciosas notas de los archivos, les ha hecho revivir, y ante la clara luz de su crítica, ha demostrado con filosófico informe lo que debe ser el gremio, lo que será indudablemente mañana, pues que la enseñanza no se pierde; que la bandera levantada por nuestro sabio y querido maestro D. Eduardo Pérez Pujol hace años no cae, y tiene quien la enarbola, y así lo demuestra la notable obra de que nos venimos ocupando, y que en las Cortes el Sr. Comenge haya no ha mucho levantado la bandera del gremio como asociación libre, llamada á ser la base de la representación nacional en la ley del sufragio; todo ello señala y manifiesta la justicia del pensamiento y su necesidad y conformidad en el cum-

plimiento de las inmutables bases de la moral y del derecho.

Las tendencias del Sr. Tramoyeres, con las cuales estamos completamente conformes, son: asegurar el derecho como base de la libertad económica, y por tanto de su libre acción, y fundar sus asertos en lo necesario de la sociedad, como base de desenvolvimiento de la libertad del individuo. Y como al estudiar el desarrollo del gremio ha tenido que analizar los elementos orgánicos que le informaron en los demás pueblos, de aquí que nos marque las tendencias que le encauzaron en la Francia del Mediodía, y sus relaciones con Cataluña y Aragón, explicando de una manera evidente su causa, origen y naturalización en nuestra patria, como obedeciendo á tan directa é inmediata influencia, que, no sólo la tuvo en este punto, sino en el arte y en el idioma. De igual suerte precisa la germana, luego más tarde, siempre con sus tendencias militarescas de uniformación, del cierre, del absolutismo hasta en los detalles, tendencias que se impusieron y predominaron en Europa, para señalar la muerte de los gremios, que cayeron con la Casa de Austria, casi coetáneamente, por el virus del estancamiento. El progreso económico inició nueva vida, y ésta es hoy el porvenir del gremio como corporación libre, como fuerza en el Estado, en la producción, y como informada en el espíritu del adelanto y de la vida moderna para facilitar la realización en fines económico-sociales. Que semejante tendencia no es hija exclusiva de ninguna escuela determinada que cierre á los ojos de la verdad y de la evidencia del hecho histórico que ante nosotros se desenvuelve, lo manifiesta la bibliografía extranjera, que es innumerable en la materia, no sólo en volúmenes, si que aun más en folletos y memorias, debiendo hacer mención de algu-

nas de las últimamente publicadas, como son: *Les associations ouvrières, Études sur leur passé, leur présent, leur condition et progrès*, por J. C. Paul Rougier. *Du mouvement coopératif international*, por Paul Matrat. *L'avenir de l'ouvrier. Travail et prévoyance*, por Chevalet. *La question sociale*, por Bonalet. *Union des classes laborieuses*, por Perrin. *L'épargne du travailleur*, por Chelusant. En Italia encontramos también que el movimiento en la materia nos da un notable contingente con las obras de Ciccone, *La questione sociale-economica* (memoria laureada), y algunas de menor importancia. Rusia, la lejana Rusia nos presenta la obra de Kavatchonuski (L. M.), *Statistique des forces de production de la Russie*, publicada en alemán, francés y ruso. Estos últimos datos nos demuestran la importancia cada día mayor que va dándose á estos estudios, y cuánto tienden el desenvolvimiento corporativo, apoyados por las sociedades católicas y fomentados por ellas como lo demuestran los trabajos del Círculo Católico de Iseghem (Bélgica) creado en 1872, y del cual han surgido muchas fundaciones de previsión y patronato. En Lovaina vive prósperamente la corporación de oficios y negocios, en la que se hallan mezclados patronos, obreros y comerciantes. Todas las naciones siguen por este fecundo camino uniendo á las clases productoras, único capaz en nuestro concepto de poder torcer el rumbo á la cuestión social. En nuestra patria, si bien no faltan espíritus ansiosos de llevar adelante un pensamiento aceptado, no sólo en el viejo, sino también en el nuevo mundo, no obstante estos deseos y noble propaganda, la política personal y de ambiciones de mezquinos partidos sin más fin ulterior que el poder, apoyado en el caciquismo rural que mantiene el malestar y ruina de nuestro pueblo, también se han publicado algu-

nos interesantes estudios referentes al punto de que venimos tratando. Aquí cuanto se hace es debido al esfuerzo individual, á la iniciativa particular, débil siempre ante el esfuerzo colectivo; y aparte de los interesantes números bibliográficos que cita el autor en la pág. 405, sólo diremos una palabra: obra sistemática sobre el asunto gremial no existe otra anterior á la del Sr. Tramoyeres. Él es quien puede decirse ha roto el hielo que encubría la materia, y al hacerlo, lo ha hecho de una tan perfecta suerte, que poco podrán mejorarse en lo sucesivo cuantas se escriban, no sólo en fondo, sino en método. Se han publicado algunas tocante á los conceptos principales y especiales sobre la materia, importantes factores todos ellos para la realización del principio, y entre ellos no podemos menos de citar la notable obra *Curso de derecho político*, Madrid, 1880, del Dr. D. Vicente Santamaría; los *Elementos de derecho natural*, del Dr. D. Rafael Rodríguez de Cepeda. Ambas notables obras infórmanse en el principio general, en cuanto concierne á la acción corporativa; y en sentido especial, no podemos menos de hacer la justicia que se merece el notabilísimo discurso de recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas del Excelentísimo señor conde de Torreanaz, con referencia á los *Gremios de Castilla* (Abril de 1886). La interesante recopilación metódica sobre *Gremios de Valencia* que publicó el erudito y estudioso cuanto celoso investigador de la historia de Valencia, Excmo. señor marqués de Cruilles, y finalmente, sobre mejoramiento de las clases obreras, se han publicado, con motivo de la información que pidió al Gobierno siendo ministro de la Gobernación el Sr. Moret, valiosas contestaciones, informándose ya muchas de ellas en el principio del gremio como asociación libre, y bajo este mismo criterio el que esto escri-



be publicó en 1879 un informe que, como ponente de una comisión nombrada al efecto, tuvo que redactar, acerca del mejoramiento de las clases obreras por el propio hogar, este trabajo, asaz insignificante, mereció aceptación del público, teniendo que hacerse hasta tercera edición de la memoria, que nada de nuevo encerraba sino la idea esparcida con claro criterio y mejor constancia por nuestro querido maestro Sr. Pérez Pujol. Posteriormente poco se ha publicado: parece haberse apoderado el marasmo nuevamente; pero la obra del Sr. Tramoyeres vemos que en el Parlamento ha hecho levantar la voz de un diputado tan celoso como el Sr. Comenge, que ha abogado por el gremio como la base del sufragio, y cuya enmienda no fué aprobada; no hay que desmayar por ello, y el Sr. Tramoyeres, al recibir merecido premio en los Juegos florales por su obra, recibirále mucho mejor con el aprecio que su interesante estudio le creará en España, y mucho más aún en el extranjero, en donde estos trabajos son estimados en cuanto representan y valen. El fondo no puede estar más enriquecido de datos, notas y acertada observaciones, y si su lectura es sumamente grata para quien con gusto estudia estos interesantes y tranquilos desenvolvimientos del espíritu social en nuestra patria, no lo es menos para quien desea conocer la historia de las clases obreras, pudiéramos llamarla así, de los tiempos medios.

Bien quisiéramos entrar en el análisis de la obra, pero ni el espacio, ni nuestra inteligencia nos lo permiten; bien quisiéramos que estas notas pudieran aquilatar el valor de la obra del Sr. Tramoyeres, pero ni nuestras fuerzas son para llegar á tal altura, ni un examen minucioso avaloraría su rico trabajo; es necesario abarcar, estudiar el conjunto, para comprender el inquisitivo, de

erudición y de análisis empleado en una obra que resulta un todo tan homogéneo y completo cual si con su estudio viviéramos en el gremio y del gremio. Si algo faltaba para brillantar tan erudito trabajo, complétalo el prólogo del Excmo. Sr. D. Eduardo Pérez Pujol, nuestro inolvidable y querido maestro: acerca de él nada diremos; somos muy pequeños para llegar á la obra siempre respetabilísima del sabio profesor; la veneramos como obra de nuestro padre en la vida científica, y repetimos con el respeto con que un hijo recuerda el nombre de sus antecesores: el prólogo «es obra del Dr. D. Eduardo Pérez Pujol».

J. CASAÑ ALEGRE.

## REVISTA ULTRAMARINA



Postdata á la división de mandos en Ultramar.— *Bochinche* á la americana.— La secretaria del Gobierno general de Puerto Rico.— El Sr. Cánovas del Castillo.— Un artículo de *El Economista* de Caracas.— Santa Isabel la Católica y San Cristóbal Colón.— Recuerdos de Bello y de Bolívar.— Cambio de tono en los poetas con respecto á España.— *Poesías* de D. Q. Sánchez y D. L. Cordero.

**G**ANAN terreno las esperanzas de un completo fracaso del Congreso de Washington, hasta el punto de limitarse ya, según parece, las pretensiones de los Estados Unidos á obtener de las Repúblicas hispano-americanas algunos vergonzantes beneficios económicos; pero, en cambio, nuestros problemas ultramarinos, de que en el artículo anterior tratamos largamente, han tropezado con una dificultad lamentable por su significación, por sus tendencias y por el retroceso que presagia de nuestras costumbres políticas. Bien se comprenderá que nos referimos á la algarada que en estos momentos produce el simple anuncio de la separación de mandos en Ultramar, así en el Senado como en el Congreso, movidos ciertos elementos militares y algunos del orden civil por una carta-proclama del senador y general Dabán, tocando á rebato á los de su clase, tan á deshora,

:

sin razón ni sustancia, que el ministro de la Guerra se ha visto precisado á imponerle dos meses de castillo, demandando al Senado autorización para sacarle de su residencia. De aquí sesiones parlamentarias tumultuosas y bizantinas, que si al pobre sistema le quedára sano algún hueso, le clavarían el puñal de misericordia, y una agitación ficticia y ruin de los elementos políticos, que no hay vocablo en nuestro idioma que con exactitud la pinte, siendo más afortunados los de América, que tienen para ello el significativo y estruendoso *bochinche*, que ya con su sonancia descubre su baja ralea, mal definido por la Academia en su *Diccionario*, á quien rectifica en estos términos el excelente *Vocabulario Río-platense* de D. Daniel Granada, que alcanza ya su segunda edición, impresa en Montevideo en este mismo año: «*Bochinche*: m: desórden, escándalo, barullo: confusión y »alteración del concierto propio de una cosa, por efecto de »la ineptitud, abandono, travesura ó malicia de la persona »ó personas que dirigen su ejecución. Así se dice, refirién- »dose á una oficina mal administrada, *es un bochinche*; »á una tertulia en que poco ó nada se ha respetado, *era »un bochinche*; á un debate que degenera en pendencia, »*fué un bochinche*.»

¡Lástima que no nos diga el Sr. Granada si en Santo Domingo y Haiti corre también la voz *bochinche*! porque de allí mayormente parece trasunto lo que estamos presenciando en España con ocasión de la proyectada reforma del gobierno superior de la pequeña Antilla, donde, como ya dijimos, se presta el Gobierno á hacer un ensayo de la división de mandos. Las infundadas y escandalosas quejas con que el general Dabán ha pretendido soliviantar, no á la milicia ni al ejército, que éstos le importan, al parecer, muy poco, sino á los generales, par-

ten del inverosímil supuesto de hallarse éstos maltratados y atropellados con total menosprecio de sus fueros y preeminencias, justamente en los momentos mismos en que el presupuesto de la Guerra es el *Noli me tangere* para todos, desde el Parlamento abajo, á quien se da en los nudillos cada vez que intenta ver claro ó menos turbio, y que no hay atropello ni menosprecio que por contraria razón no sufran las clases civiles en la administración del país; hallándose de tal modo pospuestas á las militares, que de no hacerse pronto una reforma de la ley de sargentos, verbigracia, quedará para siempre cerrada la puerta de la carrera administrativa á los jóvenes de la clase media que no puedan adquirir un título profesional en los establecimientos de enseñanza. Aquella ley adjudica á las categorías inferiores del ejército, de sargento para abajo, cuantas vacantes ocurran en los destinos públicos hasta 6,000 rs., y como éstos son los llamados propiamente de ingreso, resulta que la numerosa y necesitada juventud de la clase media está de hecho proscrita y para siempre alejada de los cargos civiles, con no pocos peligros del orden moral y social, que ya están viéndose claros, por cuya razón apunta en todos los partidos vivísimatendencia á modificar un privilegio tan absurdo como insostenible, que en la misma Prusia, país que puede compararse con un cuartel, parecería exagerado. Aquí lo es hasta el punto de adjudicarse á cabos, sargentos, y aun á simples licenciados, empleos que requieren condiciones de especial aptitud ó que despojan de su derecho de elección á corporaciones populares, como acontece con los Ayuntamientos, á quien virtualmente se ha quitado la facultad de elegir secretario, imponiéndoles personas propuestas por el ministerio de la Guerra, como si se tratase de castillos ó plazas fuertes; y no menos se ven atro-

pelladas Universidades, Academias, etc., etc., cuando ocurren vacantes en sus oficinas, pues al punto se ven entrar por sus puertas hombres que habrán sido muy hábiles en el pendoleo de listas de revista y cuentas de rancho, pero que para el manejo de libros y papeles de categoría un poco más alta no han recibido con el canuto ciencia infusa. Y sin dejarnos llevar del ardor de esta polémica, tan peligrosa como importuna, insinuaremos que la imprudencia de un periódico republicano, diciendo redondamente que *todos los ciudadanos españoles que no gastan sable son otros tantos Oteizas*, está produciendo en provincias grandes estragos en la opinión pública. El *Diario de Badajoz* de 2 de Abril publicó una réplica tan contundente como bien escrita á su colega republicano, mientras otros periódicos revolucionarios hacen en la literatura popular malicioso espurgo de coplas como esta:

«Quiéreme que soy buen mozo,  
Y escribo en la mayoría,  
Y soy sargento primero,  
Y corro con compañía»;

queriendo probar que la milicia, desde sus grados más ínfimos, abre camino y pone escuela de Oteizas, habiéndose publicado también un cuadro comprensivo de todas las ventajas y privilegios que gozan las clases militares sobre las civiles, tea de discordia y síntoma funesto para el orden social.

Ni en ocasión que tanto abundan los gobernadores civiles salidos de la clase militar, que hasta los hay capitanes, puede en justicia decirse que ésta se halle tenida en menos, y si á nuestras provincias de Ultramar se vuel-

ven los ojos, no se negará que proceden del ejército y la marina dos terceras partes de su Administración. Asistentes y ordenanzas de nuestros generales es frecuentísimo verlos allí empleados, y aun en cargos que exigen cultura para el trato de las gentes, amén de otras condiciones delicadas que no se improvisan.

¿Qué más? Por ser en todo injusto, exagerado y por contera importunísimo el *bochinche*, ocurre en días que el Gobierno por segunda vez consiente, en honor á un nuevo Capitán general ultramarino, la conculcación de un principio fundamental de todas las leyes de empleados que para aquellos países se han hecho, nombrando Secretario general del gobierno de Puerto Rico á un Jefe de Estado Mayor, hecho que por sí solo adultera, vicia y trastorna en su esencia el organismo político de la isla, aunque ese nombramiento haya recaído en persona tan estimable y capaz como el poeta dramático D. Leopoldo Cano. No es nuevo tal contraprin cipio, ni tal ilegalidad es nueva, pues si bien con circunstancias atenuantes, cuando fué nombrado para Filipinas el general Weyler, en 1888, ya obtuvo la secretaría de aquel gobierno general D. Antonio Monroy, persona peritísima, muy práctica en las cosas y negocios del país, donde ha desempeñado con lucimiento varios cargos, entre otros el de gobernador de la importante isla de Negros; pero coronel al fin, y oficial del ministerio de la Guerra, cuando fué nombrado para el cargo más civil del Archipiélago, después de la dirección de Administración. Si al menos se suprimiese el jefe de Estado Mayor, refundiéndose en uno los dos empleos, como antiguamente estuvieron, la economía para el Estado haría disimulable la irregularidad en el servicio. Mientras el general Chinchilla, con una prudencia y un respeto á la ley de que se

ven pocos ejemplos, elige su secretario entre los Consejeros de Administración de Puerto Rico, justamente en esta misma Antilla, para nombrar á D. Leopoldo Cano, se traslada al Consejo de Administración al secretario de aquel Gobierno superior, D. Fernando Fragoso, funcionario irremplazable, en verdad, por lo antiguo, benemérito y competente, que está calificado con el simple recuerdo de haber sido el único secretario que tuvo el respetable general Jovellar mientras desempeñó el Gobierno superior civil de Filipinas.

En vez de los ascensos y mejoras que sus buenos servicios merecían, el Sr. Fragoso tiene hoy que ceder su puesto á un oficial de Estado Mayor, que, no por reunir las excelentes cualidades de D. Leopoldo Cano, deja de ser nuevo en la administración ultramarina, doble rémora para los negocios de Gobernación y Fomento, ahora y casi siempre los más interesantes de la política colonial; negocios que en un año lo menos serán inextricables, así para el nuevo Gobernador superior como para el nuevo secretario, con harto detrimento del servicio. ¿No es verdad que el espectáculo desconsuela á los amantes del buen régimen y de los sanos principios en todas las cosas? Cuando los gobiernos abdicán ante clases privilegiadas en términos de no defender á sus mejores funcionarios, á sus hechuras mismas (porque el Sr. Fragoso es un constitucional de abolengo, nada menos que un ex-redactor de *La Iberia*, de la antigua *Iberia* de Abascal y Sagasta), merecen verse así escarnecidos y atropellados á su vez en *bochinches*, donde se les acusa de todo lo contrario á la verdad de los hechos, á la justicia, y hasta al sentido común.

Alardean, y con razón, no poco los opositores á la división de mandos en Ultramar del respetable nombre



del Sr. Cánovas del Castillo, que sería, en efecto, el voto más autorizado, y para nosotros más decisivo en la materia, si creyéramos que su actitud obedece al problema fundamental de que se trata, más bien que al procedimiento y conducta observada por el Gobierno con el general Dabán, que, en efecto, se presta á discusión, y aun á censuras, donde la inmunidad parlamentaria se ha extendido á límites inconmensurables. Por dar á la tradición y al principio autoritario lugar preferente en sus lucubraciones, es posible que el Sr. Cánovas olvide el verdadero estado de nuestras Antillas, que acaso no ha vuelto á estudiar á fondo desde que en 1865 inició aquella información famosa, tan ensalzada por unos como por otros censurada, que es al menos prueba del buen deseo y alto espíritu de este verdadero estadista. Cuando fije su atención en los peligros que hoy se ciernen sobre nuestras posesiones de América, principalmente desde la caída del imperio brasileño, y en los síntomas que por menor analizamos en nuestra pasada Revista, es seguro que el Sr. Cánovas, hombre tan de su tiempo y de su clase que puede aspirar á la gloria de personificarlas en nuestro país, no será indestructible rémora á la división de mandos, máxime si el espíritu del difunto general Salamanca sigue enseñoreado de algunos militares, que, por lo visto, pretenden tener á sus pies, como aquél al partido constitucional de Cuba, los partidos españoles, el Parlamento, y hasta el país con todos sus intereses y conveniencias. Pues aquella gravísima frase no se ha desmentido, fuerza será reconocer que es verbo de toda una falange más ó menos autorizada y numerosa, á quien hay que tomar en cuenta para el desenvolvimiento de la política en lo por venir, y que era una ilusión creer anulado el caudillaje en España.

Ni cerrará tampoco los ojos el Sr. Cánovas al movimiento de las opiniones en América, que puede alejarse por completo *de la idea española*, según la frase del señor Gavidia que consignamos en el número anterior, si no se ven por nosotros secundadas de una manera fraternal y discreta. Afortunadamente no existe por ahora ningún síntoma que justifique las pesimistas apreciaciones del escritor salvadoreño, antes por lo contrario, cada día nos parecen las Repúblicas americanas más inclinadas á rehacer en los moldes del españolismo los elementos principales de su vida moral, como son la historia y la poesía. El simple establecimiento de comunicaciones directas que se debe á la Compañía Transatlántica, ha producido entre España y América un desbordamiento tal de afectos y relaciones, que no lo produce mayor en el orden mercantil la apertura de istmo ó la desaparición de una frontera; y á la emigración trabajadora y fecunda que nosotros le enviamos, responde América con la visita de sus más ilustres pensadores, de sus políticos más distinguidos, de sus capitalistas más opulentos y bizarros. Este trato íntimo acabará por fundir en una la idea americana con la idea española.

Recientemente ha publicado en *El Economista* de Caracas un escritor, á quien tuvimos el gusto de conocer y apreciar en nuestros centros literarios ha pocos años, un trabajo acerca de *El libertador Bolívar, dedicado á la nueva generación de la República, esperanza de la patria*, que puede servir de justificante á las nuestras, por lo mismo que se trata de un caudillo que simboliza la independencia de América, y ha venido por ende simbolizando los odios, los rencores y los intereses creados por la guerra entre las dos razas. Y, sin embargo, allí el Sr. D. Evaristo Fombona, que es el escritor á quien nos

referimos, hace verdadera gala de espíritu español y fraternidad generosa, prueba evidente de que la juventud caraqueña, á quien dedica su trabajo, ha de recibir esa fecunda semilla como tierra bien abonada. Ora pintando con pincel caluroso al general Belgrano, uno de los caudillos de la independencia de Buenos Aires, se place en consignar de esta manera el más bello episodio de su vida militar:

«Recuerdo, exclama, un rasgo de este eminente argentino, que nos revela la hermosura del alma de Belgrano. El 20 de Febrero de 1813 derrota á Tristán, general español, en la batalla de Salta. Desde el 25 de Mayo de 1810, aurora de la independencia, es prestigioso en su patria el esclarecido D. Manuel Belgrano. El austero vencedor ordena levantar en aquel campo de batalla una gran cruz conmemoratoria de aquel desastre de familia, con esta inscripción:

*«Honor á los vencedores  
»Y á los vencidos».*

«¡Cuánta gloria para los vencedores argentinos, que saben así compartirla con los vencidos españoles! Estos rasgos son geniales de nuestra familia.»

Y más adelante, comparando á su héroe Bolívar con los de otros tiempos, llega casi á olvidar que es americano, aun escribiendo de cosas y hechos locales, y estampa estas hermosísimas ideas tras un párrafo lleno de nombres de la antigüedad clásica:

«Me agrada Carlomagno, que agota su vida en perfeccionarse para el imperio, y mira como un deber principal el ser, después de Dios y sus Santos, el guardián y el defensor del Imperio. Y sobre todo y sobre todos me

» agrada ISABEL LA CATÓLICA (*sic*), que consagra treinta  
 » años de su santa vida á levantar á España sobre todos  
 » los pueblos de la tierra.

» Es un milagro la conquista, como es un milagro la in-  
 » dependencia. La obra de la conquista, dice un sabio  
 » francés, es una obra de portentos. Si no estuviera tan  
 » comprobada, la creeríamos mitológica. En la historia an-  
 » tigua no hay un portento como la conquista de América  
 » por los castellanos. La conquista de México, llevada á  
 » cabo por Hernán Cortés y un puñado de valientes espa-  
 » ñoles, dice Prescott, como empresa militar es poco me-  
 » nos que milagrosa; demasiado sorprendente é inverosí-  
 » mil aun para una novela, y sin ejemplo en las páginas  
 » de la historia. Por eso mientras palpita en el fondo de la  
 » conciencia humana el sentimiento de justicia, y haya  
 » virtud en la tierra, vivirá reverenciada en las regiones  
 » del Nuevo Mundo aquella generación de héroes y de  
 » mártires que abatió la idolatría y plantó sobre la cum-  
 » bre de los Andes la cruz de Jerusalén.»

Véase con qué delicada parsimonia trata de la inde-  
 pendencia al imponerle la lógica una antítesis natural:

«Como ley de los pueblos, llegó, porque debía llegar, la  
 » emancipación de la América española, y la dirigió, por-  
 » que debía dirigirla, Bolívar, ungido de Dios. Son inmor-  
 » tales los campos de Boyacá, de Carabobo y de Junin,  
 » porque allí pelearon los soldados de Salamanca, de Za-  
 » ragoza y de Bailén. La grandeza del vencimiento hace  
 » grande la victoria. Los próceres de la independencia son  
 » la posteridad de los héroes de la conquista: por eso son  
 » heróicos, desprendidos, abnegados como los mayores;  
 » no desmienten la raza.»

Este caluroso ditirambo de Isabel la Católica nos  
 mueve á emitir en alta voz la idea de que aquella santa

mujer sigue velando desde el cielo por las glorias de su España y de su América, tan ahincadamente como lo hizo en vida, idea que abrigan todos los pensamientos españoles y muchos que no lo son, pero que simpatizan con todas las grandezas verdaderas, tal vez á pesar suyo, cuando un fanatismo político ó religioso no los embarga. Bajo la gloriosa advocación de Isabel I de Castilla, acaba de establecerse en los Estados Unidos una sociedad de señoras principales, que se proponen la imitación de sus virtudes y la extensión de su gloria, comenzando por erigirle un monumento colosal. En la República de San Salvador propone un poeta al mismo tiempo mucho más: propone que se la canonicé.

«Os piden que amparéis al Nuevo Mundo,  
Pues sois sus protectores naturales,  
Santa Isabel primera, Reina heroica,  
San Cristóbal Colón, profeta y mártir.»

Esta poesía de D. Juan J. Cañas merece párrafo aparte, como síntoma del tiempo. Se concibe perfectamente la tendencia místico-materialista en que están inspiradas las últimas obras del conde Rosselly de Lorgues, que, al pretender la canonización del descubridor del Nuevo Mundo, explota sentimientos é ideas universales, que hoy pueden llamarse cosmopolitas: la subordinación de todos los intereses al mercantil y utilitario. De aquí que adultere el Conde y vicie la historia del Almirante suponiéndole varón perfecto, digno de la veneración de los cristianos, con mengua de la verdad y de la propia fama de historiador que tenía ganada, pues procede sin rectitud, al revés de lo que hacían los Livios y Plutarcos, que en un César, por ejemplo, no disimulaban la ambición desapoderada y sin escrúpulos, ni en un Ale-

jandro lo colérico y supersticioso, por ser la única misión que se proponían aquellos escritores presentar á la humanidad ejemplos y modelos dignos de ser imitados, antes que satisfacer sus pasajeros intereses y preocupaciones. No procede así el postulante laico de la beatificación colombina: principalmente en su *Histoire posthume de Christophe Colomb*, impresa en París en 1885, entre infinitos errores y falsificaciones, que con su acostumbrada sagacidad observó ya nuestro amigo D. Cesáreo Fernández Duro en su informe académico, titulado *Colón y la historia póstuma*, impreso en Madrid por Tello en el mismo año, volumen no menos interesante que sustancioso, Doña Isabel la Católica aparece como figura secundaria, puesta en la penumbra y dominada por Don Fernando, para que se destaquen otras figuras de menor relieve y menos simpáticas, que con sus debilidades y aun defectos encubran los del gran navegador, que resulte así digno de los altares á la postre. En honor á la humanidad, estamos viendo que se le tienden en vano estos lazos pueriles, pues cada día aparece Doña Isabel tanto ó más alta que Colón en grandeza material, y en prendas morales tan superior y prominente, que puede llamarse única en el gran cuadro del descubrimiento de América.

Por abarcarlo hasta en sus menores detalles y hasta en su génesis histórico, peca el poemita del Sr. Cañas, que resulta prosaico y enciclopédico, si bien justifica su título de *La nación más grande*, lo que obliga también al autor á rendir tributo á ideas y frases de moda, que no caben en la poesía y deslucen su trabajo. Llamar á Colón *monomaniaco* no puede hacerse en verdad, sin notas y comentarios médico-alienistas á lo Ezquerdo, como sublimar las tres carabelas de Palos de Moguer calificándolas de *filón* de portentos repleto de riquí-

simos metales, y otros rasgos por el estilo, enfría no poco el entusiasmo que produce el espíritu y la tendencia de la obra. Atendiendo á estos principalmente, plácenos copiar aquí algunas estrofas, que también causarán hondo placer á los lectores españoles :

« Santos son del progreso y de la ciencia  
Del Nuevo Mundo, santos tutelares  
Que de la negra noche en que yacía,  
Llenos de fe volaron á sacarle.

La gratitud universal debiera  
Erigirles suntuosas catedrales,  
En lugar de mezquinos monumentos  
Y profanar su nombre al darlo á calles.

Pero siempre tendrán ferviente culto  
Al venerarse más que en los altares,  
En cada corazón americano  
Cada uno de los dos, su augusta imagen».

Cuando de Doña Isabel y Colón, pasa á ocuparse en España, dice:

« Siga en tanto la luz de la memoria  
Alumbrando la marcha del gigante,  
Á quien debe aplicarse el *non plus ultra*  
Que ostenta su moneda en los pilares.

.....  
Sólo donde la luz no ha penetrado  
Y do temen llegar los huracanes  
No ha puesto esa nación su inmenso sello ;  
¿Y otra antes que ella lo pondrá? ¿Quién sabe?

.....  
Se despobló á sí misma por dotarlas  
De invencibles y férreos capitanes,  
Como aquél que incendió sus propios barcos....

.....  
Y miles de heroes más, cuyas hazañas  
Reclaman una *Iliada* que las cante....»

Aquí acusa á los poetas en términos antipoéticos, porque

«Desdeñan empuñar la épica trompa,  
Cual lo hacen Campoamor y Núñez de Arce».

Tan ardentísimas defensas de nuestro espíritu histórico le arrebatan hasta poner en verso este argumento de café (y poderosísimo no obstante) :

«¿Quién le reprocha que en aquellos tiempos  
Hiciera de su fuerza tanto alarde,  
Si feroces los pueblos se destrozan  
Por estéril islote en los actuales?»

Fustiga por su pasado á las naciones europeas en párrafos más dignos de un trabajo histórico que de una composición poética :

«De Europa absortas las demás naciones,  
A tal altura viéndola elevarse,  
Determinan seguir de sus navíos  
Tras la estela espumosa y fulgurante.

Pero, en vez de seguir los derroteros  
Que les trazaba España infatigable,  
Donde muy bien satisfacer pudieran  
De su ambición y su codicia el hambre,  
Se lanzan llenas de rastrera envidia,  
Y á guisa de asesinos miserables,  
Lo que la noble España ha conquistado  
Impotentes queriendo arrebatarle.

Luego infestan de América las costas  
Cruels filibusteros en falanges.

.....

En tanto recibía el Nuevo Mundo  
La melodiosa lengua de Cervantes,  
La Religión y leyes de Castilla,  
Sus hidalgas costumbres y carácter».



La conclusión es uno de los mejores rasgos del señor Cañas :

«La humanidad debiera agradecida  
De España sólo al nombre arrodillarse».

Algo nos ha apartado el recuerdo de Isabel la Católica, por ser tan simpático y comprensivo, de otros documentos que, por relacionarse con el gran revolucionario á quien llama su libertador la América, muestran bien á las claras la profunda evolución que están haciendo allí las opiniones. Los que recuerden el tono con que sus primeros poetas han cantado á Bolívar y á los héroes y batallas de su guerra de la Independencia, apenas concebirán tan estupendo cambio. Casi es placentero ya traer á la memoria los insultos de que están empedradas la *Alocución á la poesía*, la *Oda á la agricultura de la zona tórrida* y las obras de la primera juventud del insigne venezolano Bello, no menores que los de Olmedo y Heredia, insultos sobrepujados por sus discípulos é imitadores.

« A manos  
De tus viles satélites, Morillo.... ,  
.....  
Pero, ¿cuál es de tu crueldad el fruto?  
¿A Colombia otra vez Fernando oprime?  
¿México á su Visir postrada adora?  
¿El antiguo tributo  
De un hemisferio esclavo á España llevas?  
¿Puebla la Inquisición sus calabozos  
De americanos, ó españolas Cortes,  
Dan á la servidumbre formas nuevas?  
¿De la sustancia de cien pueblos, graves,  
La avara Cádiz ve volver sus naves? <sup>1</sup>  
.....

(1) Es curioso observar que D. Andrés Bello, tan atildado hablista y tan erudito lexicógrafo, padeció faltas verdaderamente enormes en esta

Asaz de nuestros padres malhadados  
Expiamos la bárbara conquista....

.....  
No largo tiempo usurpará el imperio  
Del sol la hispana gente advenediza,  
Ni al ver su trono en tanto vituperio  
De Manco Capac gemirán los manes.

.....  
Saciadas duermen ya de sangre ibera  
Las sombras de Atahualpa y Motezuma ».

Véase ahora cómo el Sr. D. Quintiliano Sánchez, uno de los hombres más perspicuos del Ecuador, canta los mismos asuntos en *Sueño y realidad, canto á Bolívar*, impreso en Quito :

« Vencida estás, España;  
Muerto el prístino brío,

materia, y por la más liviana de las razones ciertamente, que es la fuerza del consonante, la menos admisible entre los verdaderos poetas. Que él mejor que nadie las conocía, y acaso por negligencia las dejaba pasar, es en mi concepto muy verosímil. Aquí, por ejemplo, las *graves naves*, suenan mal, impropia y antipoéticamente calificadas. Años adelante el maestro reprendía severamente un defecto igual, olvidándose de que él mismo lo había cometido, en la mala y pobre sátira *El condor y el poeta*, que hizo en 1848, contra la magnífica poesía de Mitre *Al condor de Chile*, poniendo en boca del poeta la siguiente estrofa :

« Despacha, pues, arranca, desarrolla  
El raudo vuelo, tiende el ala grave,  
Como la parda vela de la nave.... »

Á lo cual le contesta Bello por boca de *El condor* :

« Ya te obedezco, y tiendo, como mandas,  
El ala, aunque eso de tenerla *un ave*  
No ligera, ni leve, sino *grave*,  
Para tanto volar, no es lo mejor. »

Quizá su anti-españolismo le hizo olvidar los buenos modelos del habla castellana, que él conocía tan bien. Herrera, por ejemplo, en su *Canción á la batalla de Lepanto*, dice :

« Sobre torres y muros y las naves  
De Tiro, que á los tuyos fueron graves. »

Tu largo poderío  
 Bolívar destruyó; pero la saña  
 No alienta ya los colombianos pechos.  
 Admiradores de tus grandes hechos,  
 Tu religión y lengua  
 Eternas nos serán.»

Y más significativo aún otro poeta que á la memoria de Bolívar en su primer Centenario imprimió *Dos cantos á la raza latina*, uno propio y otro ajeno. Éste último es el conocido de Olegario Andrade, poeta típico entre los americanos por sus grandes defectos y rica fantasía, canto que obtuvo el primer premio en los Juegos florales de Buenos Aires, con el título de *Atlántida: canto al porvenir de la raza latina*, donde abundan los improperios y las injusticias con España, aunque no ya por su conducta histórica tanto como por su fanatismo religioso (hermanos gemelos, que no puede separar la más absurda filosofía). Andrade la acusa de haber dejado caer sobre su espíritu

«La sombra enervadora del Papado»,

y haber estado acurrucada

«Al pie de los altares,  
 Calentando su espíritu aterido  
 En la hoguera infernal de Torquemada»,

y otras vulgaridades semejantes.

Por haber prescindido el poeta del Ecuador al trazar el cuadro del porvenir de América, y quizá, aunque no lo exprese, por protestar también de sus ideas políticas y religiosas, otro poeta, que, en nuestro concepto, aventaja á Andrade, el señor D. Luis Cordero,

:

con el título de *Aplausos y quejas*, imprimió el cuaderno á que nos hemos referido: *Dos cantos á la raza latina*. De tan vigorosa y noble protesta copiamos por abreviar esto solamente :

«Perdón, ¡oh madre amada!,  
 Perdón si un día tus audaces hijos  
 Libertad te pedimos con la espada;  
 Tú la sangre nos diste de Pelayo,  
 Tú la férvida sed de independencia,  
 Castellano el arrojo,  
 Castellana la indómita violencia  
 Fueron con que esgrimió tajante acero  
 El que probó en la lid ser tu heredero.  
 Si para siempre roto  
 Cayó el antiguo lazo en la jornada,  
 Ese lazo no fué, madre adorada,  
 El del filial amor, vínculo tierno  
 Que ha de ligarle á ti con nudo eterno.  
 Mientras tu dulce sonoro idioma,  
 Raudal inagotable de armonía,  
 Su ritmo musical preste á los bardos  
 Que en la floresta umbría  
 Del Ande entonan cantilena indiana,  
 No morirá tu amor, y tuyo el lustre  
 Será, si en el conuento,  
 Entre las galas del primor latino  
 Luce el hispano varonil acento».

Y aun de obras más graves y trascendentales que las poesías pudiéramos sacar hartos testimonios, pues principalmente en la historia está el espíritu español recobrando su eclipsado imperio. Faltos ya de espacio, examinaremos otro día las más fundamentales que han llegado á nuestras manos, sin perjuicio de advertir, en conclusión, como corolario de nuestra tesis patriótica, que nos cumple secundar *la idea española* en América,

---

dándole cultivo en Cuba y Puerto Rico, para evitar que esos mismos apóstoles del españolismo renaciente ayuden á la realización de esta profecía de Cordero, en la misma obra que hemos citado :

«Las que en medio del Ponto gimen solas  
Y el furibundo embate  
Sufren del despotismo y de las olas,  
Cual débiles barquillas  
Dispersas en la mar, formarán libres  
La poderosa Unión de las Antillas».

V. BARRANTES.



## REVISTA LITERARIA



REALIDAD, novela en cinco jornadas, por D. Benito Pérez Galdós.

### II.

**P**ERO hay más. Aun dando por bueno que sea completamente serio y permita conservar la ilusión de la realidad ese convencionalismo de oír *pensar* y *sentir* á los personajes, nace otra dificultad aún mayor de la índole misma de esos discursos.

Los soliloquios de Augusta, de Tomás, de Federico, traspasan los límites en que el arte dramático más libre y atrevido, más convencional, en beneficio de la transparencia espiritual de los personajes, tiene que encerrar sus monólogos. En el monólogo hay siempre el *lirismo* de lo que se dice á sí propio el personaje.... para que lo oiga el público, para que se entere éste de cómo aquél va pensando, sintiendo y queriendo. En el soliloquio de *Realidad*.... hay mucho más que esto en el fondo, y la forma no es adecuada, pues siempre se ofrece también con esa apariencia retórica, para que el público se entere. Á veces el autor llega á poner en *boca* de sus personajes la expresión literaria, clara, perfectamente lógica y ordenada en

sus nociones, juicios y raciocinios de lo que, en rigor, en su inteligencia aparece oscuro, confuso, vago, hasta en los límites de lo inconsciente; de otro modo, el novelista hace *hablar* á sus criaturas de lo que ellas mismas no observan en sí, á lo menos distintamente, de lo que observa el escritor, que es en la novela como reflejo completo de la realidad ideada. Á la novela moderna, llamando moderna ya á la novela de Stendhal, sobre todo en sus progresos formales de estas últimas décadas, se debe esa especie de sexto sentido abierto al arte literario, gracias á la *introspección* del novelista en el alma toda, no sólo en la conciencia de su personaje. Mediante este estudio interior en que el artista no se coloca en lugar de la figura humana supuesta, ni recurre al aspecto lírico de la psicología de la misma, sino que toma una perspectiva ideal que le consiente verlo todo sin desproporción causada por las distancias; mediante este estudio parcial, íntimo (pero independiente del subjetivismo propio del personaje), ha podido alcanzar la *sonda* poética de algunos novelistas contemporáneos honduras á que, valga la verdad, no había llegado la psicología artística de ningún tiempo. Una de las causas de la superioridad que, en cierto respecto, hoy tiene la novela sobre los demás géneros, consiste en esta facultad de anatomía espiritual, que es, repito, cosa diferente del lirismo, y que en el drama es imposible. Tolstoi, y ya Gogol, han hecho grandes esfuerzos de ingenio, con buen éxito, en esta materia, pero con menos arte que Zola, cuyo *Assommoir* ofrece en tal particular una novedad completa, una sorpresa para todo lector atento. Porque Zola no será *psicólogo* en cuanto al fundamento de los fenómenos anímicos que observa y pinta, pero sí lo es de *hecho*; y hay una confusión, en que yo he visto caer á los más reflexivos críticos, al empeñarse en



encerrar en pura *fisiología* el estudio humano artístico en las obras de Zola. Diga él mismo lo que quiera, por sus preocupaciones sistemáticas y sus pretensiones de científico, psicología hay en sus personajes, y por lo que se refiere al modo de penetrar en ella, que es lo que aquí importa, pocos como él, tal vez nadie, tal vez ni el mismo Flaubert, saben cómo se escudriña en lo más íntimo del hombre figurado, cómo se refleja en la narración imparcial del autor el *estilo* del sentir, del pensar, del querer de un alma imaginada. Pero lo que hace Zola, esto que hace también el mismo Galdós en muchas novelas de su colección de *Las contemporáneas*, no es posible conseguirlo, ni se debe intentar, en obras de aspecto dramático. Lo que el autor puede ir viendo en las *entrañas* de un personaje es más y de mucho mayor significación, que lo que el personaje mismo puede ver dentro de sí y decirse á sí propio. Un ejemplo acaso aclare mi idea. Si un médico alienista pudiera ver *por dentro* el pensamiento del enfermo, y lo que siente y lo que quiere, sacaría mucho más provecho para su estudio que de la observación puramente exterior, aun suponiendo que el enfermo muestre, mediante el lenguaje y otros signos, todo lo que él de sí mismo sabe. Pues bien: en los soliloquios de *Realidad* el lector sólo ve de las figuras que hablan por sí lo que á ellas se les antoja que son, y en la *introspección* de la novela, según Zola, y según el mismo Galdós, otras veces, el lector ve mucho más, ve lo que piensan, sienten y quieren los personajes, tal como ello es, no tal como ellos se lo figuran.

Añádase á esto la falsedad formal que resulta de la necesidad imprescindible de hacer á los que han de *pensar* ante el público, pero pensar hablando, expresar con toda claridad, retóricamente, sus más recónditas *apren-*

*siones* de ideas y sentimientos ; de la necesidad de traducir en discursos bien *compuestos* lo más indeciso del alma, lo más *inefable* á veces. Si fuera cierta la doctrina vulgar de que pensar es hablar para sí mismo, sería menos violenta la forma dramática aplicada á tal asunto ; pero bien sabemos ya todos, y un ilustre psicólogo consagró hace años en el *Journal des Savants* un estudio curioso y profundo á la materia, que pensamos muchas veces y en muchas cosas sin hablar interiormente, y otras veces hablándonos con tales elipsis y con tal hipérbaton, que traducido en palabras exteriores este lenguaje sería ininteligible para los demás. De donde se saca que todo lo que sea usar de un convencionalismo innecesario para la novela, tomado del drama, que en ciertas honduras psicológicas no puede meterse, es falsear los caracteres por culpa de la forma. Esto sucede en la *Realidad* de Galdós ; y he insistido en este punto mucho, por lo mismo que creo que sólo á esta especie de capricho del autor, tocante á la forma de su libro, se debe la falta de verosimilitud que algunos han de achacar á los caracteres por sí mismos.

No ; hecha la salvedad que tantos renglones ocupa más arriba, bien se puede afirmar que Federico Viera es una de las figuras más seriamente ideadas y expresadas con más acierto (fuera de lo apuntado) entre las muchas á que ha dado vida el ingenio de Pérez Galdós.

### III.

Ha dicho bien un crítico: el arte cada día será más complejo ; la falsa sencillez á que aspiran, como á irracional y deleterea reacción, los perezosos y los impo-

tentes, no será más que uno de tantos tópicos, como inventa el ingenio secundario, que es el que siempre se opone á la corriente poderosa que señala la dirección del progreso. Las metáforas *solares* que, como ya notaba Mad. Staël, en Homero son nuevas y de gran efecto, no pueden rejuvenecerse; aunque algunos *bárbaros* modernos aspiran á cegar la memoria de la civilización abriendo un abismo de ignorancia entre las nuevas generaciones y la tradición literaria, tal vez, como apunta Lemaître, para darse la satisfacción de *inventar* bellezas muy antiguas, descubrir Mediterráneos poéticos, los demás no pasamos por tal pretensión; sabemos el momento en que vivimos, lo que atrás queda, y no consentimos que se nos dé por nuevo, fresco y *palingenésico* lo que hasta la saciedad hemos visto y saboreado en las obras de épocas anteriores. Nada más cómodo que no leer á los demás, especialmente á los antiguos, y después renegar de decadentismos y complicaciones y alambicamientos, y poner remedio á la sutileza *enfermiza* de las letras contemporáneas con la sencillez paradisiaca, con la *sancta simplicitas*, con la candidez y *naiveté* idílicas que cada cual ha podido saborear en la poesía de otros tiempos, en que todo eso era natural fruto de la estación, espontáneo producto de la historia. Aquel pedazo de muralla que Flaubert admiraba singularmente en el Partenón, como un modelo de sencillez hermosa, se convierte en muchos autores *simplicistas* del día en mampostería trabajada por kilómetros á destajo. No se nos quiera hacer adorar, por la sencillez del muro del Partenón, todas las obras de fábrica de la modernísima sencillez de cal y canto.

No; hoy es más natural, más *sencillo*, admitir el mundo tal como está, verlo tal como es; y fuera de casos contados, de excepcionales situaciones y de arranques

rarísimos del genio, que no han de ser buscados, porque entonces no parecerán, lo regular será estudiar la vida actual tan compleja como es, sin rehuir sus dificultades, sutilezas y complicaciones.

Federico Viera no es *sencillo*; es de los caracteres que algunos *simplicistas* llaman con desdén *compuestos* (1), porque no son de la prendería realista ó idealista, y porque no está toda la máquina que los mueve al alcance de la primer lectora sentimental y *sencilla*, de esas cuya opinión halaga á ciertos autores, ¡que después se burlan de Ohnet!

Federico tiene el alma y la vida llenas de contradicciones, y es aquél espíritu como una de esas asambleas que tiene que disolver la autoridad, porque sus miembros no se entienden, se amenazan, se atropellan y son incapaces de adoptar un acuerdo, y por la deliberación sólo llegan al tumulto. Instintos buenos y malos deliberan, luchan en el alma de Viera, y la voluntad traída y llevada por tantas opiniones, por tantas fuerzas contrarias, termina lógicamente por negarse á sí propia; puesto que no *sabe* querer nada, acaba por querer la muerte. Federico se mata, porque en el arte de la vida su torpeza para ser bueno y su torpeza para ser malo le ha llevado á profesar la religión del honor en el ambiente de la deshonra; se ha dejado arrastrar por el hábito al vicio; las costumbres, todo lo material, sensible y tangible, lo que para muchos representa toda, la única realidad, le iban sumiendo en la vida desordenada; *debía* ser uno de tantos perdidos que comercian con todo, con el amor inclusive; *debía* admitir la salvación de sus *intereses*, es de-

(1) Véase como modelo de los absurdos críticos á que lleva la teoría que combato, el desprecio con que un señor G. A. C. trata á Zola con motivo de la *Bête humaine*, en el número de 16 de Marzo de la *Nueva Antología*, de Roma.

cir, el pan de cada día, de manos del marido de su querida; á esto le llevaba la lógica de su vida *exterior*; de aquella á que se había dejado arrastrar por la corriente...., y, ¡quién lo dijera!, en este camino de flores se atraviesa una cosa tan sutil, tan aérea como el *punto de honor*.

Él, —un calavera que de tantos modos se ha degradado, va á tropezar con escrúpulos morales de los que dilucidan los galanes de Calderón, ó los catedráticos de ética casuística; como una tisis heredada, Viera encuentra dentro de sí una *caverna* moral, unos *microbios* psicológicos, y dentro de lo psicológico de lo más sutil, escrúpulos de *ética*, cosillas del *imperativo categórico*, de que tan graciosamente se burlan algunos; y parece nada, pero aquella inflamación, aquel principio disolvente de los tejidos del egoísmo, trabaja, trabaja, y llega á hacer imposible la vida del *perdis*, que tuvo la desgracia de heredar también, aunque mediante atavismo, porque su padre es un malvado en absoluto, de heredar la honrilla castellana de sus antepasados, que en tal ó cuál ramo de la vergüenza eran intransigentes.

Cuanto más se medita sobre el carácter de Viera, más belleza se encuentra en esta figura que Galdós inventó, componiéndola, sí, pero con elementos verosímiles, con datos de observación y sin salir de las normales combinaciones de que resulta un espíritu, no por complicado menos real.

Hasta en el amor es Federico una antítesis de esos héroes *sencillos* que algunos quieren resucitar. — ¡El amor en la novela! ¡Qué poco ha trabajado el realismo todavía en el amor! ¡Cuánto se deja en este asunto capitalísimo al convencionalismo tradicional y á los hábitos románticos! Muchos realistas han creído volver á la

verdad erótica exaltando el elemento *material* de esta pasión, dando más importancia á los instintos groseros. Pero era esto poco, y por otro camino había que buscar la verdad y la sinceridad. Cuando una niña, la Maupe-  
rin, dice en una novela de los Goncourt que los libros están llenos de amor, y que ella no ve que pase lo mismo en el mundo, expresa, además de una frase caracterís-  
tica de su inocencia, una regla que debería servir á los inventores de *historia* hipotética, á los artistas que imitan las relaciones de la sociedad. Un escritor ruso de los de segundo orden, una de cuyas obras dramáticas acaba de ser traducida en París, tiene por distintivo esta misma observación, aunque exagerándola : según él, no importa, no influye tanto el amor en el mundo, como dice el arte. (Entiéndase que se trata del amor sexual más ó menos fino ; el amor caritativo influye mucho menos todavía.) Pues bien : Federico Viera no es *sencillo* en amor....., porque no es un amante absoluto, un esclavo de la pasión. Empieza por tener el amor partido. En casa de la Peri está la dulce y tranquila intimidad, la paz del alma en el afecto ; en casa de Augusta, la violencia, el fuego, la ilusión, el incentivo plástico, la atracción co-  
rrosiva de la fantasía, del arte, de las elegancias. Pero el amor grande, el amor déspota, no está ni acá ni allá. De ser un Quijote Viera....., ¡parece mentira!, tendría por Dulcinea la *moralidad*. Á lo menos, por ella muere.

Y hay que tener presente que Galdós ha llegado á estas *sutilezas* sin recurrir á un héroe *filosófico*, á un *discípulo* como el de Bourget; Viera no es de esos hombres que pasan la vida en perpetuo examen de conciencia; no busca como un Amiel, el tormento interior, la angustia psicológica, como *dilettante* del desengaño ; es un distraído, un hombre de mundo vulgar en muchas

cosas; pero es la naturaleza moral *naturans*; es una energía ética luchando con adversidades, defendiéndose con instintos y con tesoros de herencia.... Si aquí la crítica de actualidad se consagrara á estudiar de veras las obras de los poquísimos hombres de talento, dignos de su tiempo, que tiene nuestra literatura, en vez de repartir la atención entre las nulidades que saben *faire l'article*, y las medianías que poseen la misma habilidad, á estas horas el Federico Viera de Galdós hubiera sido objeto de examen por muchos conceptos, como lo son en Francia, en Inglaterra, en Italia, en todas partes donde hay verdadera vida literaria, las figuras que van inventando los maestros del arte. Aquí, casi casi hay que pedir perdón por haber dedicado tantas palabras á un solo personaje de una novela.

Tomás Orozco merecería un estudio no menos detenido: en él los defectos *formales* de que tanto hablé más arriba, producen mayores estragos, hasta el punto de que á veces parece que el autor se burla de la bondad de su héroe y le convierte en caricatura; pero Orozco es también tipo grande, y á pesar de la aparente *sencillez* de su bondad de una *pieza*, es complicado. ¡Y qué complicación la suya! Á ella alude Augusta cuando duda si su marido es santo nada más, ó es un santo con manías. Debajo de esto hay problemas que no se resuelven ni con renegar de la *psico-física* moderna, en nombre de los *eternos* principios de lo *bello*, lo *bueno* y lo *verdadero*.... ni tampoco con copiar las ideas más ó menos originales y meditadas de un Lombroso, y llamar loco á Schopenhauer, y creer que el doctor Escuder, de Madrid, por ejemplo, sabe, efectivamente, en qué consiste el alma.

CLARÍN.

# ÍNDICE

---

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEUM BARCELONÉS DE

Páginas.

## SECCIÓN EXTRANJERA.

|                                                                                   |    |
|-----------------------------------------------------------------------------------|----|
| <i>Recuerdos de mi infancia</i> , por el Conde León Tolstoi.....                  | 5  |
| <i>El chiquillo espía</i> (cuento), por Alfonso Daudet.....                       | 23 |
| <i>Memento vivere</i> (cuento), por Teodoro de Banville.....                      | 33 |
| <i>Gustavo Doré</i> , por Emilio Zola.....                                        | 41 |
| <i>Flores impuras</i> (traducción de Francisco Coppée), por Teodoro Llorente..... | 53 |

## SECCIÓN HISPANO-ULTRAMARINA.

|                                                                                                                                                |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <i>La democracia en Europa y América</i> , por A. Cánovas del Castillo...                                                                      | 55  |
| <i>De la literatura mallorquina en 1889</i> , por Miguel S. Oliver.....                                                                        | 65  |
| <i>El moderno Anticristo</i> (Ernesto Renán), por Fray Zacarías Martínez, Agustiniiano.....                                                    | 79  |
| <i>La literatura de la Sociología</i> , por Adolfo Posada.....                                                                                 | 101 |
| <i>¿Por qué está descontento el ejército?</i> , por Jenaro Alas.....                                                                           | 125 |
| <i>Cartas al Sr. D. Juan Valera sobre asuntos americanos</i> , por Rafael M. Merchán.....                                                      | 139 |
| <i>Poética</i> , por Campoamor.....                                                                                                            | 161 |
| <i>Instituciones gremiales</i> , Consideraciones sobre el libro de este título, publicado por D. Luis Tramoyeres Blasco, por J. Casañ Alegre.. | 177 |
| <i>Revista ultramarina</i> , por V. Barrantes.....                                                                                             | 195 |
| <i>Revista literaria</i> , por Clarín.....                                                                                                     | 215 |

---

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEUM BARCELONÉS DE